NINA ROVIRA

Los mejores amigos no se besan







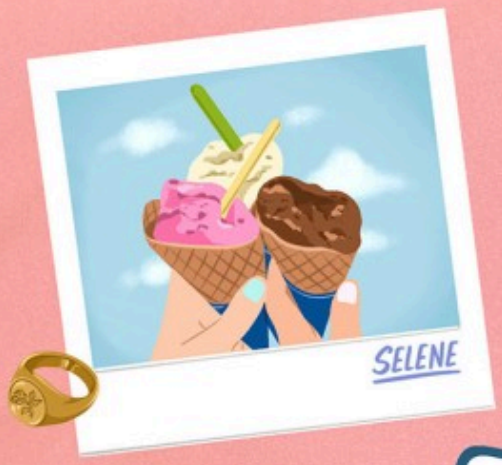


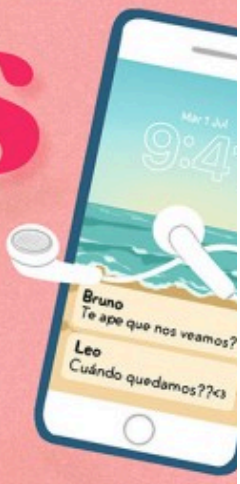


Rocaeditorial •

NINA ROVIRA

Los mejores amigos no se besan











Rocaeditorial •

NINA ROVIRA

Los mejores amigos no se besan

Rocaeditorial •

A mis padres
A mi iaionix
A mis Rallats
Y a Margaret, RIP

PRÓLOGO

El verano en el que nos encontramos



SELENE

El verano en Calella siempre me había parecido algo aburrido. Cada mañana bajabas a la playa con tus padres, comías ensalada de pasta casi para merendar, echabas una siesta larguísima y por la tarde paseabas playa del Canadell arriba, playa del Canadell abajo. Luego cenabas en algún restaurante y, de postre, helado de la Jijonenca. A dormir y vuelta a empezar.

Pero ese verano todo iba a cambiar.

Ese verano lo conocería.

Y conocerlo pondría mi mundo patas arriba.

Por primera vez en mi vida, me sentía parte de algo. Había empezado a ir a la playa con Tatiana y Carlota, mis vecinas de Calella (aunque ahora debería llamarlas amigas, ¿no?), y por las

tardes siempre encontrábamos algo que hacer. Aunque solía ser ir otra vez a la playa y jugar a las cartas. Después de cenar nos volvíamos a encontrar y, para variar un poco, íbamos a la playa, donde nos sentábamos en corrillos y hablábamos hasta las tantas con otros grupitos de amigos que, como nosotras, habían empezado a salir ese verano.

Bajar a la playa a hablar no parecía un plan muy especial, pero siempre lo era. Algunas veces, escuchabas a una chica pasar de grupo en grupo presentándose al mundo con un nombre ridículo y consiguiendo, aun así, nuevos amigos (ligues, en realidad…, y qué envidia, la verdad); otras veces, un iluminado se acercaba para hablarte de su nuevo *piercing* y tú buscabas a tu amiga con la mirada para que te salvara de tal pelmazo; y, los días en que la suerte estaba de tu lado, igual te liabas con alguien. Con el tío que tenías fichado. O con el pelmazo, qué más daba. Pero tampoco voy a hacerme la guay ahora, porque la realidad era que yo nunca me había besado con nadie; yo simplemente os cuento lo que pasaba en la playa.

Pero aquella noche era especial, porque íbamos a las fiestas del pueblo, donde, además de ver a las mismas personas de cada salida, podías llegar a bailar con ellas. Era el momento perfecto para tomar una cerveza y acercarte al fin al que te gustaba. Solo que yo nunca tomaba una copa. Y tampoco me gustaba nadie. Todavía.

A lo primero, pensaba ponerle remedio. Tatiana, Carlota y yo habíamos decidido que aquella noche sería el momento perfecto para probar nuestro primer sorbo de alcohol. Yo nunca había tomado nada que no fuera zumo, salvo un trago de cerveza que me había dejado probar mi primo un tiempo atrás, pero ahora tenía ganas de

hacerlo. Sentía curiosidad por los efectos que tendría en mi cuerpo y en mi cabeza; había visto a gente mayor haciéndolo y siempre parecían pasarlo en grande. ¡Yo también quería saber qué se sentía! Y aquella noche estábamos dispuestas a descubrirlo: nuestro plan era conseguir un poco de vodka, que seguro que sabía mejor que la cerveza, gracias a la hermana mayor de Tatiana, y llevarlo a las fiestas del pueblo para probarlo juntas. Habríamos estado emocionadísimas si el plan hubiera salido como lo teníamos pensado.

—Tías, malas noticias. —Tatiana siempre tan dramática—. No puedo pedírselo a mi hermana. Está cabreadísima.

—¡No! —gritó Carlota, desesperada. Era la única oportunidad para conseguir nuestro objetivo esa noche. ¡Tenía que ser nuestra primera copa con alcohol de verdad!

—¿Queréis que se lo pida a mis padres? —Yo siempre tan inocente.

—Sí, seguro que a tus padres les encanta la idea de que su hija perfecta pruebe el alcohol con solo catorce años —dijo Tatiana, entre divertida y desesperanzada.

—Bueno, pues habrá que pensar en algo. —Carlota no desistía.

—¿Y si simplemente vamos y se lo pedimos a alguien? —propuso Tatiana—. Además, puede ser una buena forma de conocer gente y ampliar nuestro grupo, que lo de ser tres empieza a ser aburrido.

—Perdona por no ser suficientemente interesantes para tu gusto. —A Carlota le encantaba hacerse la ofendida.

—¡Ya me entiendes! —se disculpó nuestra amiga—. Aquí todo el mundo tiene grupos grandes, somos las únicas que nos quedamos apartadas y, lo más importante, ¡nos faltan chicos!

—Yo estoy con Tati. ¡Vamos a hacer amigos! —Soné más cursi de lo que pretendía.

—Tía, te quiero, pero a veces eres un poco ridícula.

Le di un golpe cariñoso en el brazo y nos reímos. A pesar de que a mí me encantaba hablar con todo el mundo y conocer a gente nueva, no siempre me resultaba fácil. En especial, ese último año. Todas mis amigas del instituto habían empezado a tener novio o se habían dado algún beso… Todas, menos yo. Y me sentía un poco apartada. Comenzaba a pensar que era porque no estaba tan desarrollada como ellas y no parecía tan madura, o quizá solo era porque yo nunca había sido la guapa del grupo. Siempre había destacado por ser la buena, la maja, la chica a la que los tíos hablaban para preguntarle por sus amigas o pedirle los apuntes para el examen de lengua, y nunca me había parecido mal. Hasta ahora. ¿Era un bicho raro por no haber besado a nadie a mis catorce años? Y ¿merecía la pena correr solo por la presión de alcanzarlas? Puede que quisiera probar, pero tampoco quería hacerlo con el primer chico que se cruzara en mi camino si resultaba ser un estúpido. Algo de amor propio me tenía.

La voz de Carlota intentando imitar mi tono me sacó de mis pensamientos:

—Supongo que no tenemos opción, pues. ¡Vamos a hacer amigos!

—Que os den —dije, divertida—. Subo ya, mis padres me esperan para cenar.

—Nos vemos en una hora —dijo Tatiana.

—¡Os quiero! —grité justo antes de cerrar la puerta del edificio.

—¡Y nosotras a ti!

Carlota vivía en el mismo bloque que yo, en el piso de abajo, y Tatiana en una clásica casita de pescador, justo enfrente de la calle. Muchas veces, nuestras conversaciones eran de balcón a balcón. Excepto cuando nos teníamos que contar el nuevo cotilleo de turno y no queríamos que nuestros padres se enteraran, claro.

Calella, como todos los pueblecitos de la Costa Brava, destacaba por el contraste de sus casitas bajas y blancas y un mar a ratos turquesa, a ratos de un azul profundo. Las callejuelas de piedra guardaban los secretos del pueblo y las buganvillas trepaban por las paredes y las tintaban de un intenso fucsia. Por las mañanas, las calitas se llenaban de tanta gente que las toallas nunca se podían desplegar en la gruesa arena, y, por las tardes, las tiendas y los restaurantes de la calle principal rebosaban vida. A pesar de no tener mucho, siempre había algo que hacer en ese pueblo. Y yo estaba enamorada de él.

Quién iba a decirme que no era lo único de lo que me enamoraría en ese lugar tan mágico.

Tatiana
Qué os ponéis?

Carlota
Top blanco y vaqueros

Selene
Largo o corto?

Carlota
Largo, por las noches refresca

Tatiana
Corto, y si se me ve el culo, mejor

Selene
Jajaja

Claro que sí, estás buenísima

Tatiana
Lo sé, cari, pero gracias por recordármelo ♥

Tú cómo vas?

Selene
Creo que crop top negro y shorts negros

Tatiana
Un clásico, pero nunca falla

Carlota
Estoy lista. Vamos?

Selene
Vamos!

Tati, te recogemos

Cuando llegamos al barrio del Sant Roc, conformado básicamente por una calle, una cala y cien mil escaleras que llevaban al típico hotel de la zona, la música ya sonaba, aunque aún eran pocos los que bailaban. En su mayoría, personas mayores; es decir, nuestros padres. Las calles estaban decoradas con banderines y habían montado una barra de bar y un escenario para las actividades de

aquellos días de fiesta. Todo el mundo estaba alegre y unos hablaban con otros acercándose demasiado para poder escucharse, pues los altavoces no daban mucho espacio a la conversación.

Entre gritos, Tatiana nos señaló el final de la calle, donde se había reunido la gente de nuestra edad en corrillos. Al pasar entre la gente que bailaba, Tatiana recogió una lata de cerveza vacía que alguien había dejado en un banco y siguió caminando.

—Así parecemos más guais —dijo, y dimos su explicación por buena.

Cuando nos acercamos al lugar donde hablaban, reían y bebían algunas caras medio conocidas, Tati se aventuró a hablar con un grupo de tres chicos y dos chicas. Con tal de cumplir su misión de conseguir una cerveza, o algo más fuerte, mi amiga haría lo que fuera.

—¡Hola! —los saludó, como si fueran amigos de toda la vida—. Oye, ¿por casualidad tendríais un poco de algo para compartir con nosotras? Se nos ha acabado y no sabemos dónde comprar.

—¿Y eso que llevas en la mano? Parece «un poco de algo». Además, quizá deberías ir al oculista, porque hay una barra literalmente a veinte metros de ti —dijo uno de los chicos con tono vacilón, y las dos chicas que estaban sentadas a su lado le rieron la gracia.

—Y tú parecías simpático, pero veo que la inseguridad te puede. Eso de meterte con la gente para sentirte mejor ya está muy visto. Llámame cuando madures.

—¡Y tú llámame cuando consigas alcohol! —gritó el chico mientras mi amiga se alejaba. Se había enfadado tanto con el comentario de Tati que se le pusieron rojas hasta las orejas.

—Imbécil —dijo ella cuando sintió que la alcanzábamos.

Carlota y yo nos miramos e hicimos una mueca. Ya conocía lo suficientemente bien a Tatiana para saber que no se le podía decir nada mientras estaba cabreada. Y también para saber que los cabreos no le duraban más de dos minutos. Nos sentamos en las escaleras observando el panorama y sin decir nada, con la música y las risas de los desconocidos que nos rodeaban de fondo. Como era de esperar, nuestra amiga no tardó mucho en recuperarse:

—¿Quién quiere bailar? —Tatiana se puso en pie de un salto y su expresión traviesa me daba a entender que no había opción de negarle un bailoteo.

—¿Y el alcohol? —preguntó Carlota, a sabiendas de que había sido la preocupación del día.

—¿Quién necesita alcohol cuando os tengo a vosotras? —Tati sonó más cursi de lo que pretendía.

—Oooh —suspiró exageradamente Carlota—. Te creería, si no fuera porque te conozco.

—Menos de lo que crees, si piensas que no puedo hacer esto sin ir borracha. —Lo dijo mientras empezaba a moverse al compás de la música, bailando exageradamente mal y dando la nota de una forma ridícula.

Carlota y yo no pudimos contener la risa y pronto nos unimos a un baile en el que manos y pies no seguían ningún tipo de ritmo y luchábamos por ver quién lo hacía peor. Empezamos a reírnos sin control y nuestras carcajadas casi sonaban más fuertes que la música de los altavoces. Tati se subió a uno de los bancos de la calle, que servía de podio para esa discoteca al aire libre, y nos agarró a cada una de una mano para unirnos a ella. Bailamos,

bailamos sin vergüenza y sin pensar en qué dirían, y fue una sensación de libertad increíble. Yo, que venía de un año de preocuparme por no ser como las demás, ahora solo quería seguir siendo un bicho raro. Porque ser un bicho raro dejaba de importar en el momento en que lo eras en compañía, o al menos cuando tu gente te quería aun siéndolo. ¿Qué más daba lo que pensara el resto, si yo era feliz? Me había pasado la vida intentando encajar, aunque ello significara perderme un poco a mí; ahora entendía que encontrarse a una misma no tenía precio, y mucho menos uno tan caro como el de apagarme.

—Os quiero, chicas —les dije sin poder contener esa ola de amor que acababa de llegarme pensando en lo afortunada que era de tener unas amigas con las que ser yo misma.

—Yo mássss —respondió Tati con un grito que hizo que se girara más de una persona.

—No sé qué os está pasando hoy para estar tan ñoñas —repuso Carlota—, pero yo también os quiero. Mucho.

Nos fundimos en un abrazo patoso que casi nos hizo caer de aquel podio improvisado. Nos reímos con más ganas que nunca, borrachas de amor y de felicidad, sin darnos cuenta de que mucha gente nos observaba. Y, entre ella, un grupo de cuatro chicos que acababa de llegar a la fiesta y que no pudo evitar reparar en estas tres amigas que daban la nota en medio del barullo. Quién iba a decirme que ese primer encuentro marcaría mis próximos ocho veranos.

LEO

Necesitaba saber quién era. La había visto por primera vez en la fiesta del Sant Roc, la noche anterior, subida a un banco con dos chicas más, bailando y riendo sin tapujos. Pero, cuando había querido acercarme, ya había desaparecido. Y ahora no podía dejar de pensar en ella.

No habría sido un problema, si no fuera porque yo tenía novia. Marina, mi primer amor. Aunque habíamos empezado el verano enamorados y con toda la ilusión del mundo para reencontrarnos en un mes y medio, las cosas comenzaron a flojear cuando ella se fue de viaje a Estados Unidos con su familia. La diferencia horaria y los problemas de conexión habían hecho que cada día habláramos menos… y con menos ganas. Nos llamábamos de vez en cuando y nos mandábamos mensajes, pero sentía que me estaba desconectando de ella y, de una forma extraña, iba olvidando incluso sus facciones. A pesar de eso, la quería, y estaba dispuesto a aguantar unas semanas más así si a la vuelta todo volvía a ser como antes. Pero la misteriosa chica del banco acababa de trastocar mis planes.

Aquella noche había quedado con mis amigos para cenar, y luego íbamos a ver cómo estaba el panorama en el barrio del Sant Roc. El tío de Bruno era uno de los organizadores de las fiestas y nos había dicho que nos invitaría a una cerveza si nos pasábamos a verlo. ¿Quién se niega a una cerveza cuando tienes quince años y todo lo que quieres es sentirte un hombre?

Llegamos a la fiesta un poco más tarde de lo esperado; era ese momento justo en el que la gente se había animado a bailar y los más peques empezaban a bostezar, de manera que las familias se iban retirando y en la pista solo quedábamos los que éramos lo

suficientemente mayores como para salir hasta las tantas, pero no tanto como para entrar en la discoteca. En realidad, ese era el primer año que habíamos conseguido poner un pie en Costa Este, la discoteca por excelencia de la Costa Brava. Se trataba de unas carpas con luces violetas en medio de un descampado, en la carretera que unía Calella con Palafrugell, y cada noche había un evento distinto. Ese año habían incluido en su programa una fiesta para la gente de más de dieciséis años que tenía lugar todos los jueves, y nosotros habíamos logrado colarnos con carnés de identidad falsos y mucho morro. Pero ese día era miércoles, así que habría que conformarse con la fiesta mayor del Sant Roc.

Bruno se había enzarzado en una discusión con su tío, que nos dio una sola cerveza para los cuatro.

—Te dije que os invitaba a una y cumplo mi promesa —dijo Jaime, su tío, y nos guiñó un ojo.

—¡Pensaba que decías una para cada uno! —se quejó Bruno.

—Eso es lo que tú interpretaste. Mis palabras fueron claras. Venga, a bailar, que me estás colapsando la cola.

Bruno se apartó a regañadientes, pero yo no podía atenderlo porque estaba demasiado ocupado intentando localizar a la chica de risa contagiosa y dudosa coordinación. ¿Dónde se había metido? Hacía un segundo estaba bailando sobre el banco y ahora no la veía por ningún lugar. Nos abrimos paso entre los grupos de gente hasta encontrar un espacio lo bastante amplio como para bailar sin morirnos de calor. «Bailar», si a eso que hacíamos se le podía llamar así. Bruno era el que tenía más gracia moviéndose; Javi y Guille, mis dos otros colegas, eran más tímidos y daban pequeños pasos al ritmo de lo que sonara. Tampoco parecían divertirse demasiado con

el plan. Y yo, que en otras circunstancias estaría bailando despreocupadamente, no hacía más que buscar con la mirada aquella risa que, sin ningún tipo de explicación, me había cautivado.

No la volví a ver en toda la noche; en realidad, no la volvería a ver hasta dentro de mucho tiempo…, pero ese día me había despertado pensando en ella. ¿Era normal tener aquella sensación? ¿Le habría pasado a Marina algo parecido con otra persona? No quise darle más vueltas al asunto, pues era de los que preferían ignorar un problema hasta que le estallara en la cara. Aunque en ese momento no era consciente de la magnitud del problema. Y no lo sería hasta un año después, cuando me volviera a cruzar con ella.

1

El verano en el que nos conocimos



SELENE

Aquella noche volvíamos a salir. En realidad, cada noche hacíamos algo; así eran los veranos en el pueblo. Cuando no había una fiesta mayor, había un evento en el pueblo de al lado; y, si no se había organizado nada específico, íbamos a la playa del Canadell a sentarnos en la arena húmeda y hablar con los otros jóvenes que habían bajado a pasar el rato.

Ese día, y como cada jueves, en Costa Este había una fiesta para los mayores de dieciséis años. Aún no habíamos ido a ninguna, pues no habíamos dado con la forma para podernos colar. Quizá ese era el día. Tatiana nos había dicho que podía conseguir el carné de su hermana y, con suerte, los de sus amigas, pero aún no lo sabíamos con certeza y, siendo honesta, a mí me daba un poco de miedo dar el paso. Yo siempre había sido muy responsable y todo lo que fuera

salirme de la norma me daba terror. ¿Y si nos pillaban? ¿Y si mis padres se enteraban? ¿Y si les daba la mayor decepción del mundo siendo la hija que no esperaban? ¿Y si la policía me detenía y acababa quedándome en la cárcel porque mis padres no podían pagar la fianza? No, era mucho mejor quedarse en la zona de confort y acatar las reglas. Así evitaría sorpresas y siempre tendría todo cuadrado y controlado. Aún no sabía que la mayoría de las cosas en la vida se escapan de nuestro control…, pero estaba a punto de aprenderlo.

Llegamos al Canadell a las once de la noche y vimos que no había mucha gente. Seguramente estaba todo el mundo en el parking de Costa Este, algunos con la suerte de poder entrar en la discoteca legalmente y otros buscando la forma de colarse. Mientras esperábamos el mensaje de la hermana de Tati para saber si podría conseguirnos los carnés, nos sentamos cerca del mar y observamos el reflejo de la luna llena sobre un agua negra, serena e imponente. Al poco rato, el ruido de fondo —las pocas personas que habían bajado a la playa, el restaurante del paseo, una moto a lo lejos— se hizo tan pequeño que lo único que podía escuchar eran las olas al romper en la orilla. Era una sensación mágica con autovía directa al corazón: la cura de todos los males, el olvido de ese recuerdo que aún te dolía, la voz de tu madre diciéndote que todo iría bien.

—Tías, tengo una idea. —Rompí el silencio de repente—. Tirémonos de la roca.

El Canadell tenía una roca de unos tres metros de alto que se utilizaba de trampolín para tirarse al agua. De pequeña, siempre me tiraba con mi padre, pero ya no recordaba cuándo había sido la última vez que lo habíamos hecho. En ese momento, unas ganas

irrebatibles de ser niña otra vez se habían apoderado de todo mi ser y mis amigas sabían que, cuando se me metía algo en la cabeza, no había quien me parara.

—Venga, estoy *in*. —Tatiana era fácil de convencer, aún más cuando se trataba de un impulso de los míos.

Miramos a Carlota, que para esas cosas era más recatada, aunque entre las dos podíamos convencerla.

—La verdad, chicas…, no se me ocurre un plan mejor.

No llevábamos el bikini puesto, pero la ropa interior nos servía igual. Total, venía a ser lo mismo, pero con un nombre distinto. Además, era de noche y no se veía nada. ¿Quién iba a decirnos algo? Sin pensárnoslo dos veces, nos quitamos los pantalones y los tops y subimos las escaleras laterales de la playa que llevaban a la roca.

—Uno, dos…, ¡tres! ¡Yujuuu! —Fui la primera en lanzarse, llena de la energía de alguien que vuelve a ser niña por unos instantes.

—Joder, con el mar así de negro da un poco de yuyu, ¿eh? —Carlota miraba hacia abajo desde la punta de la roca.

—¡Venga, tía, esto es una pasada! —grité desde el agua, moviendo los brazos despacio hacia un lado y el otro como si bailara con ella.

Carlota se acabó lanzando con los ojos cerrados y Tatiana la siguió con un salto en bomba, entre las risas de una y de otra. Nos quedamos un rato charlando en el agua, ajenas al resto; ajenas al mundo.

—¿Sabéis que esta luna llena es especial? —empecé—. Dicen que, si te bañas en su reflejo, tendrás salud todo el año.

—¿Y un poco de dinero, ya de paso? —Carlota no creía en esas cosas—. Este verano me he arruinado.

—Pues yo lo que desearía es que este verano no se acabara nunca —dijo Tatiana—. Y dinero, claro. Así podría costearlo.

—Yo, con que cada verano sea el mejor verano, me conformo —puntualicé—. Y a vuestro lado siempre lo es.

—Oooh —exageró Carlota para reírse de mí, pero sabía que en realidad le encantaba cuando me ponía en plan cursi.

—Vale, va —dijo Tatiana—. Vamos a pedirle eso a la luna. Que cada verano sea nuestro mejor verano.

—¡Me encanta! —No pude contener la emoción—. Solo nos falta una cosa: tenemos que enseñarle el culo.

—¿A la luna? —Carlota no podía creérselo.

—No, a la gente de la playa, para que se distraigan —soltó Tatiana—. Pues claro, ¡a la luna!

Así que las tres, sin dudarlo, nos bajamos los tangas, hundimos las cabezas y enseñamos los culos a la luna. El blanco de nuestra piel contrastaba con el negro del agua y, desde la arena, alguien podría creer que eran boyas.

Entre risas y gritos ahogados, sacamos la cabeza del agua hasta recuperar una respiración normal. Mientras intentaba relajarme, hubo algo en el ambiente que, sin saber cómo ni por qué, me hizo mirar hacia la orilla. Era una energía magnética, aquella que sientes cuando notas una mirada clavada en ti aun estando de espaldas, y entonces lo vi: a lo lejos, la silueta de un chico robusto se había quedado petrificada en la orilla. No le distinguía la cara, pero sabía que me estaba mirando y, sin entender muy bien por qué, un cosquilleo recorrió mi cuerpo. Sería el frío. Claramente, no era el

frío; era que acababa de conocer, aunque fuera solo con los ojos, a la que se convertiría en mi persona favorita.

LEO

En el Canadell todo parecía más tranquilo de lo habitual; la gente ya debía de estar en el parking de la discoteca. Nosotros, que no teníamos ni coche ni moto ni a nadie que nos llevara, preferíamos tomar algo en la playa y luego ir a Costa Este a pata, entre risas y algún que otro cubata. Al acercarnos a la orilla, escuché a lo lejos una risa inconfundible; era lejana y, a la vez, resonaba en mi mente como si la hubiera escuchado el día anterior: era la misma que me había cautivado un año atrás en las fiestas del Sant Roc. No me preguntéis cómo, pero estaba seguro de ello. Busqué su origen en la arena, pero pronto me di cuenta de que venía del mar. Ahí estaban: las tres chicas que hacía exactamente doce meses habíamos visto bailar libremente, ahora le enseñaban el culo a la luna y se reían como si el océano fuera suyo. Sin duda, tenía que conocer a esa risa.

—Leo, ¿vienes o qué? —Guille me llamó desde unos metros más allá. Mis amigos ya habían encontrado nuestro sitio para hacer botellón ese día.

Me acerqué a ellos, aun mirando al mar; mirando a esa chica.

—¿Alguien se anima a un bañito nocturno? —pregunté.

—¿Se te ha ido la olla? —respondió Bruno mientras metía hielo en cuatro vasos.

—Oye, pues yo igual me apunto. —Nunca sabías por dónde te saldría Javi.

—¡Vamos! —Esa respuesta me valió para empezar a quitarme las Nike.

—¿Se puede saber a qué viene eso? —Bruno seguía sin entender nada.

—Tío, me apetece y punto. Mira qué calmado está el mar —dije señalando el agua.

Bruno miró hacia esa dirección y entonces lo entendió todo:

—Tú lo que quieres es ligar. Tío, córtate, que tienes churri.

—No. Yo lo que quiero es bañarme. Y dudo que Marina se moleste porque su novio se dé un chapuzón.

Pero había algo en esas palabras que ni yo mismo me acabé de creer. Vale, no había hecho nada malo, ni siquiera pensaba en tontear. Las cosas con Marina iban bien, sin grandes destacados. El verano anterior nos habíamos reencontrado después de un tiempo desconectados y todo había vuelto a la normalidad. Aunque no sabía dónde estaba la línea que separaba la normalidad de la comodidad. Tampoco quería saberlo.

Lo único que tenía claro ahora era que había algo en esa voz, en esa risa, en esa chica, que no podía perderme; y eso, en realidad, ya era algo por lo que debería haberme asustado. Aunque ese no era el momento de pensar en ello. No, pensar demasiado en las cosas no hacía más que complicarlas; mejor hacer ver que no pasaban.

—Lo que tú digas. Pero yo sí que quiero ligar. —Bruno empezó a quitarse la ropa.

—Entonces ¿te bañas?

—¡No me lo pierdo por nada del mundo!

—Yo me quedo aquí, tíos —dijo Guille mientras se apalancaba sobre la arena—. Alguien tendrá que quedarse vigilando todo esto.

Observé cómo mis dos amigos corrían hacia la roca y algo en lo más profundo de mi ser se maldijo por ello. Bruno ya había sacado a pasear al ligón que llevaba dentro y en unos minutos tendría a esas tres chicas loquitas por él. Incluida mi chica. Un momento: *¿mi* chica? Bueno, qué más daba ya, iba tarde. Y, además…, yo tenía novia. Estaba con Marina. Me gustaba Marina. Disfrutaba pasando el tiempo con ella.

—Ojo, ¡que voy! —gritó Javi mientras cogía impulso para saltar.

El mar estaba muy oscuro y no teníamos luces cerca, así que desde lo alto de la roca solo podía intuir las caras de las chicas.

—Tío, podrías habernos hecho daño —soltó una de ellas, mosqueada, cuando mi amigo sacó la cabeza a la superficie y la sacudió rápidamente con una especie de espasmo. Era ese movimiento que hacíamos todos cuando salíamos del agua con el pelo mojado, y nos creíamos los más guais por eso. Luego se nos quedaba todo el flequillo pegado a la frente y lo peor de todo es que pensábamos que nos quedaba bien.

—Podría —dijo Javi—. ¿Alguna herida?

—Tati, tranquil… —empezó a decir otra de ellas, pero Bruno la interrumpió saltando también sin avisar. Cuando mi amigo salió a flote, lejos de poderle decir algo y seguir quejándose, la chica que antes se había quejado se quedó ahora sin palabras.

—Dios, eres guapísimo. —Esa tal Tati no tenía pelos en la lengua.

—¡Tía! —gritaron sus amigas a la vez, aunque seguramente coincidieran con ella.

—¿Qué? Joder, ¿acaso no lo habéis visto? —Había que reconocer que la chica tenía gracia hablando.

—Ahora ya no os molesta tanto que nos lancemos, ¿eh? —intervino Javi.

—Cuidado, que viene Leo. —Escuché que decía Bruno, y le hice una mueca desde arriba—. Apartaos un poco, que no se le conoce por ser el tío más hábil de Calella.

Me habría gustado rebatirlo, pero la verdad es que tenía razón. Y con ese salto quedó más que demostrado. Al lanzarme, me di un fuerte golpe en el agua y me hundí casi hasta tocar la arena. En cuanto intenté salir a la superficie, me quedé enredado entre dos piernas que pataleaban sin tregua para zafarse de mí. No diré que casi muero, pero casi muero.

—¿Os habéis propuesto matarme, o qué? ¡He estado a punto de ahogarme! —grité sin saber a quién me dirigía, intentando recuperar el aire.

—¡Perdón, perdón! ¡Es que de repente he sentido algo entre las piernas y me he asustado! —Era ella. No sé explicar cómo lo tuve tan claro, pero estaba seguro de que era ella. La chica del podio del banco.

La voz de su amiga me devolvió a la realidad:

—¿Algo entre las piernas? Selene, tía, ¡córtate un poco! —Esa tal Tati me empezaba a resultar realmente divertida. Y gracias a ella ya conocía su nombre. Selene. ¿Por qué sonaba tan bien? Ahora que la tenía cerca, pude fijarme mejor en su rostro y en esa sonrisa que me tenía atrapado. Era preciosa. Justo en ese instante se giró hacia mí y, al mirarnos por primera vez a los ojos, supe que acababa de encontrar algo muy especial; era una sensación extraña, como si

acabara de descubrir la magia y, sin embargo, llevara conociendo el truco toda mi vida.

—Yo te he avisado de que el tío era un bruto. —Bruno rompió el silencio.

—Yo no os he avisado aún, pero Bruno es un vacilón —dije.

—Lo sabemos; se puede ver desde las Islas Hormigas. —La tercera chica entró en el juego.

—¿Sabéis lo que se puede ver desde ahí también? —preguntó Tatiana al tiempo que señalaba a Bruno—. Su necesidad de encantar. —Entonces se dirigió a este—: Que sí, que tienes unos abdominales que se te va la olla, pero no creas que eso es suficiente para enamorarme.

Todos estallamos en una risotada y charlamos un rato más dentro del agua; nos contamos historias de verano, hablamos de algunos conocidos del pueblo que teníamos en común y descubrimos que todos coincidíamos en edades. Quince, dieciséis años. Lo suficiente como para comenzar a hacer cosas de adulto sin ser adulto y seguir haciendo cosas de niños sin ser niños. Fue así como la noche, que había empezado sin ser especial, se acababa de convertir en una recta final de verano inolvidable. En realidad, solo era el principio de aquella amistad, pero estábamos demasiado ocupados disfrutando del presente como para pensar en todo lo que íbamos a vivir juntos. De haberlo pensado, ¿hubiera cambiado algo?

SELENE

—¿Dónde tenéis vuestras cosas? —preguntó Javi, uno de los chicos que acabábamos de conocer, mientras nadábamos hacia la orilla—. Quizá podemos unirnos.

—Cuando dices «unirnos», ¿quieres decir «compartir»? —Tatiana no desaprovechaba ni una—. No tenemos alcohol.

—Nosotros tenemos de sobra —dijo Bruno—. Pero solo hemos traído ron.

—¡Me sirve!

Javi y Bruno saludaron a otro amigo que los esperaba en la arena y a lo lejos vi como Tatiana y Carlota se presentaban. Leo y yo nos habíamos quedado un poco atrás, aprovechando hasta el último segundo de esa sensación de nadar en la oscuridad en la noche más mágica del año.

Hacía un rato, en el agua, mil emociones me habían invadido casi a la vez, y ninguna de ellas parecía tener sentido. Primero había visto al chico más increíblemente guapo que había conocido en mi vida, Bruno, y lo mejor era que me había guiñado un ojo. ¡A mí! ¿Lo había grabado alguien? ¿Podían enviarme el vídeo? A ver, tras cinco minutos hablando con él estaba segura de que se lo hacía a todo el mundo. Pero ¿qué más daba? ¿A quién no le gustaba ser todo el mundo en un caso así?

Luego había llegado la parte más confusa de todas: Leo, otro de los chicos del grupo, se tiró al agua de la forma más torpe humanamente posible, y se había chocado conmigo bajo el agua. Al salir, su forma de hablar, entre alterada y exagerada, me había parecido muy divertida. Y, en cuanto le vi los ojos, un huracán de emociones arrasó conmigo. Hacía solo unos momentos me estaba deshaciendo frente al otro dios griego y, unos segundos más tarde,

el mundo se había reducido a aquellos ojos que me miraban como si lo hubieran hecho por primera vez y, al mismo tiempo, cada día durante toda mi vida. ¿Qué me estaba pasando?

Leo y yo nos dirigimos a nuestro grupo de amigos sin decir nada, pero algo en mí podía escuchar sus pensamientos e, inexplicablemente, sabía que a él le pasaba lo mismo, así que hablamos en silencio de las ganas que teníamos de saber más el uno del otro.

—Espero no haberte matado muchas neuronas con las patadas que te he dado en la cabeza —dije al fin, cuando ya alcanzábamos al resto.

—Bah. Total, las que te hayas dejado me las va a reventar este cubata. —Me tranquilizó él con una sonrisa, mientras buscaba su camiseta entre el montón de ropa, bolsos y botellas que había en la arena.

—Eres un tío gracioso, Leo.

—¿Por qué sabes mi nombre?

—Soy buena recordándolos.

—También eres una buena repelente.

—Pensaba que el vacilón era Bruno.

Sonreí y me acerqué a ese grupo que parecía ser de amigos de toda la vida. Entre ellos me sorprendió ver una cara conocida:

—¿Guille?

—¡Selene! Ya me había parecido que eras tú. ¿Qué tal? —me saludó.

Guille iba a mi instituto, aunque no hablábamos mucho. Él tenía la misma edad que yo, pero iba un curso por encima: lo habían adelantado cuando era pequeño, al descubrir que aquel niño ya

sabía hacer todo lo que sus compañeros intentaban aprender. De ahí que no habláramos mucho.

—¿Qué haces por aquí? Nunca te había visto en estas fiestas —pregunté.

—Ya ves, estos *liaos*, que me han arrastrado.

—Estos *liaos* te acaban de alegrar el verano —intervino Leo—. Así que muestra un poco de gratitud y pásame el ron.

Guille sonrió y le tendió un vaso de plástico y la botella de Negrita que había conseguido de extranjis.

—¿Quieres? —preguntó Leo mirándome de reojo. Aquellos ojos me ponían nerviosa, mucho más de lo que me atrevía a admitir.

Di un sorbo al cubata y, tal cual me entró por la boca, salió por la nariz.

—¡Qué asco! —me quejé casi tan exageradamente como Leo cuando se había tirado al agua, y mis amigas me miraron.

—Bueno, bueno, ¿Selene tomando algo que no sea sangría? —dijo Carlota—. Leo, ¿qué has hecho con ella?

Me puse roja como un tomate, algo clásico en mí, y di gracias a Dios de que la oscuridad lo ocultara.

—¿Solo bebes sangría? —me preguntó Leo, divertido—. ¿Qué tienes, doce años?

—A los doce no sabía ni que existía el alcohol —intervino Tatiana.

Miré a mi amiga con reproche, exagerando mi enfado, aunque la realidad era que Tati no había dicho nada que no fuera verdad: yo siempre había sido muy inocente, una chica ejemplar en los estudios y educada en la vida. Beber alcohol antes de cumplir dieciocho años ya había sido todo un reto; hasta hacía cuatro días, mi mayor preocupación era que mis padres se enteraran de ello y me dijeran

que los había decepcionado. Pero, por lo que había podido comprobar, ni se habían alterado en exceso ni pasaba nada por decepcionarlos un poquitín. A ver, es que ellos también habían sido jóvenes…

—Entonces ¿cuál es el plan? —Guille se estaba animando.

—El plan es Costa Este —dijo Bruno.

—Pero ¿no piden DNI? —preguntó Carlota.

—Sí —respondió el chico sin añadir nada más.

Mi amiga se giró para mirar a Guille con ojos expectantes, pues sabíamos que él no tenía aún dieciséis años y que tendría el mismo problema que nosotras para entrar. El chico suspiró, rebuscó en su bolsillo hasta que sacó su cartera y, de ella, un carné de identidad que claramente había sido tuneado.

—¿Cómo…?

Bruno la interrumpió:

—Dame tu DNI.

Mi amiga buscó el monedero en su bolso y le tendió el carné. El chulo del grupo sacó una barra de típex del bolsillo de los pantalones y empezó a borrar el último número de su fecha de nacimiento. Luego sacó un punta fina de color negro y cambió el número que había hecho desaparecer por otro.

—¿Siempre llevas típex en el bolsillo?

—Nunca sabes cuándo va a ser útil —dijo—. A veces aparece un grupo de chicas que te necesita para que les animes la noche. —Y le devolvió el carné amañado guiñándole un ojo.

O sea, que sí, que le guiñaba el ojo a todo el mundo. El tío era un ligón profesional. Y, por lo que se veía, también un falsificador profesional. En pocos minutos, las tres habíamos cumplido los

dieciséis años sobre papel y estábamos listas para salir de fiesta. Solo hacía falta prepararnos para ella. Y Tatiana era experta en animar el ambiente.

—Vale, venga, vamos a jugar —empezó mi amiga—. Yo nunca nunca me he besado con nadie.

Todos bebieron. Menos yo. Bueno, y Guille. Pude notar las miradas de reojo del resto, pero nadie dijo nada… Y lo agradecí. Era consciente de que mis amigas no me juzgaban, pero igualmente sentí la necesidad de parecer más guay.

—Yo nunca nunca me liaría con nadie de este grupo. —No me preguntéis de dónde me salió hacer esa propuesta, yo fui la primera en sorprenderme por lo que acababa de decir.

Y aún me sorprendí más cuando tomé un sorbo.

No sabía si bebía por Bruno o por Leo. Quizá por los dos. Quizá por uno más que por otro. Lo que ahora sí que sabía era que tanto Bruno como Leo también se liarían con alguien del grupo. De hecho, todos menos Carlota lo harían.

—Carlota, ¡mentirosa! —gritó Tatiana, divertida.

—Chicos, sin ofender —dijo ella con total tranquilidad—. Pero es que no sois mi tipo.

Y esa era la clase de reto que Bruno necesitaba aquella noche para activar su modo «ligón total».

Seguimos hablando y bebiendo hasta que dieron las once y media y tuvimos que recoger nuestras cosas y empezar la marcha por un caminito pegado a la carretera que nos conduciría a la discoteca. A veces, veces como aquella, eso de no tener dieciséis era una mierda.

Guille y Tatiana se pusieron delante de todo, liderando el grupo y decidiendo cada cuánto paraban para rellenar los vasos. Los seguíamos Javi, Leo, Bruno y yo; Carlota se había quedado un poco atrás. Bruno no pudo desaprovechar aquella oportunidad y la llamó:

—¡Carlota, ya me ha quedado claro que no quieres nada conmigo! Puedes venir con nosotros, ¡prometo portarme bien!

—No digas chorradas —dijo ella mientras aceleraba el paso para atraparnos—. Estoy un poco cansada, eso es todo.

—Entonces ¿aún no he perdido mi oportunidad contigo? —la vaciló Bruno.

—Nunca la has tenido.

—¡Buuum! —soltó Leo, que se divertía con la conversación.

Los cuatro nos reímos, aunque hubo algo en la expresión de Carlota que, aunque fuera por un milisegundo, dejó entrever atisbos de tristeza. ¿O quizá era miedo? Yo se lo había notado, del mismo modo que me había percatado de su mirada ausente unos días atrás, pero no quise decir nada. Conocía a mi amiga y sabía que, si había algo que la preocupara, solo lo explicaría cuando estuviese preparada; era mejor no forzarla y, mientras tanto, recordarle que podía contar con nosotras. Así pues, la cogí por el brazo, saqué mi móvil, busqué una canción —*la* canción— y le di al *play*.

—Tati, ¡deja de ligar y ven aquí! —la llamé.

—¡Serás cabrona! —maldijo mi amiga mientras se acercaba a nosotras. Pero le cambió la cara en cuanto escuchó aquellas primeras notas y vio que empezábamos a movernos.

—Un pacto es un pacto… —dije alejándome un poco, mientras me dejaba llevar por la música.

—… y yo una mujer de palabra.

Y así, sin más, Tatiana se unió a nosotras para mover el culo al ritmo de la canción que no dejaba de sonar ese verano, cumpliendo su promesa de cantarla y bailarla cada vez que la escucháramos, sin importar el momento, el lugar… o la compañía. En realidad, siempre que se trataba de bailar, yo me olvidaba de todo cuanto había a mi alrededor y me dedicaba a fluir con la melodía. Sí, se podría decir que era lo único en lo que sabía fluir. Fluir de verdad. Era en esos momentos cuando recordaba que vivir, a veces, se reducía a aquella sensación, a unos instantes donde los gritos eufóricos del corazón acallaban los pensamientos y yo dejaba de ser un cuerpo rígido para convertirme en energía que se fundía con el resto del mundo. Sí, sin duda, vivir era eso: aquella sensación efímera de que podías hacerlo todo; de que eras libre, libre de verdad.

Cualquiera que nos hubiera visto habría pensado que estábamos locas, pero aquellos chicos que acabábamos de conocer parecían querer formar parte de esa locura. Poco a poco se fueron acercando y empezaron a moverse con nosotras, al ritmo de la música, entre risas, tarareos y pasos torpes; y ahí estábamos, un grupo de chicos y chicas que parecíamos amigos de hacía años con ganas de comernos el mundo, bailando y cantándole a la vida, y riéndonos de esos problemas que aún no entendíamos. Y no, quizá no éramos amigos de siempre, pero algo me decía que sí lo seríamos para siempre. Debería haber sabido que los «para siempre» solo existían en los cuentos de hadas…, aunque estaba a punto de aprenderlo.

Carlota
Bufff, pero… y esta resaca?

Tatiana
Nada que un buen chapuzón no pueda quitar.

Buenos días! ♥

Selene
Por favor, decidme que no vomité otra vez

Tatiana
JAJAJAJAJA

Joder, tan mal ibas?

Selene
Pero vamos a ver

Que yo solo bebo sangría!

Carlota
Nadie lo hubiera dicho anoche

Selene
Hice mucho el ridículo?

Tatiana
No más que el resto

Pero qué más da?

Brillabas, tía

Carlota
Literal

Estabas radiante, amore

Selene
Vosotras siempre me veis con buenos ojos

Tatiana
Sabes quién te ve con buenos ojos, también?

Selene
Ni se te ocurra

Carlota
Jajajaj

Puedo decirlo yo?

Selene
Sssh

Tatiana
Te lo cuento en la playa

Espabila, que ya estoy ready

Selene
Me pongo el bikini y bajo

Lota, te recojo en 5

La imagen de las tres con gafas de sol escondiendo rímel mal quitado, pelo recogido y un caminar perezoso pero lleno de energía era bastante divertida. Hablábamos y nos reíamos sin preocupaciones, recordando anécdotas de anoche: de cómo Guille perdió toda su timidez y se subió a la tarima («Ojo, que no bailaba mal»), de cuando Tatiana le escribió a dos de sus ex («¿Te respondió

alguno?»), de los peculiares comentarios sobre el universo que no dejaba de hacer Javi («¿Cómo va a plantar zanahorias en el espacio?»), de lo desesperado que estaba Bruno buscando a Carlota («Por cierto, Carlota, ¿dónde te metiste?») y de lo pegaditos que bailamos Leo y yo toda la noche («Pero en plan amigos, ¿eh?»).

—Amigos, mis ovarios —dijo Carlota tajante.

—Tía, que tiene novia —le recordé.

—Molesta, pero no impide. A ellos no les suele importar. —A Tatiana, su exnovio le había puesto los cuernos con una conocida del pueblo y, desde entonces, había decidido que no confiaría en ningún chico más.

—Os lo digo en serio: no va a pasar nada.

—Lo que tú digas.

Hablamos un poco más de las aventuras de la noche anterior hasta que llegamos a la playa. Como de costumbre, no había mucho sitio donde colocarse, pero siempre encontrábamos la forma de hacernos un huequito. Al cabo de poco rato la gente se iría a comer y nosotras podríamos tumbarnos. Mientras tanto, dejamos nuestras bolsas y las toallas como pudimos y nos metimos en el agua; ese remedio contra la resaca nunca fallaba.

Me encantaba sumergirme y desaparecer por unos instantes del mundo de ahí afuera. El ruido de la gente, de las barcas y de las olas parecía chocar contra la capa azul cristalino de la superficie y yo sentía que, cuanto más lejos estaba de la realidad, más cerca me encontraba de mi corazón; aquella sensación calmaba mi ansiedad.

Estaba vagando por mi mundo interior cuando vi desde el fondo del mar cómo tres cuerpos se acercaban a los de mis amigas. Salí a la superficie y me alegré de verlos: eran Javi, Bruno y Guille, que,

por lo visto, ese día habían decidido ir a la misma playa que nosotras. Sin pensarlo, mis ojos empezaron a buscar a alguien antes de que mi cabeza se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

—Se ha quedado vigilando las toallas. —Guille me había calado.

—¿Quién? —pregunté con disimulo, aunque no fui para nada disimulada. Y entonces lo vi a lo lejos, colocando las toallas y tumbándose en una de ellas; ahí estaba Leo, ese chico al que ya podía llamar amigo, amigo de verdad, incluso conociéndolo desde hacía menos de veinticuatro horas.

—Va, yo salgo ya —dijo Carlota, claramente echándome un cable —; estoy pillando frío.

—¡Voy contigo! —Yo ya estaba nadando hacia la orilla.

—Pero ¡si nos acabamos de meter! —se quejó Bruno, y añadió—: ¿Tan mal lo pasáis con nosotros?

—Eh, ¡que yo me quedo! —Tatiana se hizo la ofendida—. Va, os echo una carrera hasta las boyas.

Los cuatro empezaron a nadar agitando brazos y piernas como si no hubiera un mañana. Guille ganaba por mucho y escuché cómo Bruno se quejaba a lo lejos, diciendo que eso había sido trampa, porque su amigo jugaba a waterpolo y, para él, nadar era tan fácil como caminar.

Al otro lado del agua, yo ya salía a la superficie de la forma más patosa posible. Me había resbalado con un par de rocas y la parte superior del bikini se había desplazado a la izquierda, a punto de revelar mis pezones.

—Se te está saliendo la teta. —Fue lo primero que dijo Leo al verme. Estaba tumbado en la arena y se cubría los ojos del sol con una mano.

—Buenos días a ti también —contesté mientras me colocaba bien el top, haciendo ver que no me importaba, aunque me muriera de vergüenza por dentro.

—¿Mucha resaca? —preguntó él.

—Yo nunca tengo resaca —me hice la chula.

Carlota justo había llegado a nuestro lado, cargando las bolsas que antes habíamos dejado unos metros más allá. Como la playa ya estaba un poco más vacía, teníamos suficiente espacio para ponernos todos juntos. Desplegamos las toallas en fila, Carlota se tumbó y yo saqué mi librito de sudokus. Leo se desplazó haciendo la croqueta hasta llegar a mi lado y observó cómo iba rellenando las casillas. Mi corazón se aceleró y mi cabeza colapsó un poco, pero tenía que actuar como si nada; *y rellenar algún número, por Dios, Selene, va a pensar que eres una lenta*.

—Aquí un cuatro —dijo él.

Lo comprobé.

—Gracias.

—Aquí un dos.

—¿Me vas a dejar hacer algo a mí? —Me giré, haciéndome la molesta, y lo miré directamente a los ojos sin poder evitar que se me escapara un poco la risa.

—Conmigo puedes hacer lo que quieras —me retó Leo devolviéndome la mirada.

—Eh, ¿hola? —intervino Carlota—. Estoy aquí, por si lo habíais olvidado.

Un poco sí que lo habíamos olvidado.

—Tía, que está de coña —dije sin creérmelo mucho.

Leo dibujó una media sonrisa que también le decía lo contrario a mi amiga. Nos quedamos así unos segundos más, perdiéndonos en los ojos, los labios, el rostro del otro; hasta que unas gotas de agua fresquísima chocaron contra mi espalda.

—¡Aaah! —grité mientras me incorporaba de un salto. Al descubrir el origen de aquella interrupción, me quedé sin palabras. Bruno se había colocado de pie a mi lado para escurrir el agua salada de su cabello sobre mi cuerpo. Al mirarlo desde la toalla, vi cómo los rayos de sol se escapaban por detrás de su figura y unas gotas traviesas le bajaban muy lentamente por el torso.

—Eh, ¿qué tenéis ahí? —dijo el chico, devolviéndome al mundo real y señalando el cuadernillo que tenía entre las manos—. ¿Sabéis que soy el maestro de los sudokus?

—Demuéstramelo. —Le lancé el librito y un lápiz—. Haz uno de los difíciles y termínalo antes de que se acabe el día.

Bien, Selene, ahí has sido rápida.

—Eso está hecho —dijo Bruno guiñándome el ojo. Y con esa ya iban dos veces.

Cuando llegó la hora de comer, mis amigas y yo recogimos nuestras cosas y nos despedimos de los chicos. Quedamos en volver a vernos por la tarde para ir a comer helado y jugar a cartas en la playa.

LEO

Las chicas habían llegado primero y nos las encontramos casi terminando sus helados —vainilla para Carlota, marron glacé para

Tatiana y pistacho para Selene—, relajadas en la Platgeta, una pequeña cala que había a pocos metros de la Jijonenca, tu heladería de confianza. Hablaban despreocupadamente, aunque aquella tarde las inundaba una alegría exagerada que de costumbre; quería pensar que estaban especialmente ilusionadas porque los nuevos fichajes para el grupo (es decir, nosotros) habían traído un poco de emoción a su verano.

Tatiana y Carlota estaban empezando una partida de cartas y Selene estaba perdida entre sus pinturas; aunque ellas estaban acostumbradas a que su amiga se evadiera de vez en cuando entre acuarelas y rotuladores, era la primera vez que nosotros veíamos lo que dibujaba y nos quedamos pasmados. Esa chica no dejaba de sorprenderme. Mientras Javi y yo admirábamos lo que Selene estaba pintando, Bruno dejó caer el cuadernillo de sudokus justo encima del cuaderno de la chica; estaba abierto por una de las páginas del final, donde se encontraban los sudokus de nivel avanzado, y uno de esos estaba completo. Selene ignoró que mi amigo le acababa de arruinar la acuarela, cogió el cuadernillo, lo observó, comprobó las soluciones y le tendió la mano a Bruno.

—Felicidades; realmente, no confiaba en que fueras a lograrlo.

—Siempre consigo lo que me propongo —respondió él mientras le estrechaba la mano y le aguantaba la mirada. Joder, es que realmente era bueno ligando. Y no sabía por qué me empezaba a molestar tanto.

Pasamos la tarde entre los dibujos de Selene, las cartas de Tatiana, las pipas que había traído Javi y las preguntas que no dejábamos de hacernos para descubrir más cosas los unos de los otros. Bruno estaba especialmente atento a los movimientos de

Selene y a ella no le pasó desapercibido. Le reía todas las gracias y le seguía el juego, y yo cada vez me sentía más nervioso.

—¡Paraaa! —gritó la chica cuando Bruno le intentó robar una carta a traición.

—¡Esa carta es mía! —dijo él, tirándosele un poco encima.

—Chicos, por favor, que hay niños delante —soltó Javi, divertido.

Todos nos reímos, pero yo no podía ser más falso. Aunque la situación no me hacía ninguna gracia, tenía que disimular; no tanto para los otros como para mí mismo. ¿Por qué me entraban esos ataques de celos si yo tenía novia? Se suponía que era feliz. Y seguramente lo era; lo que pasaba era que nadie me había explicado que lo de tener pareja no implicaba no sentir atracción por otras personas. Así que opté por pensar que me sentía celoso porque quería ser igual de amigo de Selene que Bruno. Sí, definitivamente era eso. Amigos. Solo amigos. No, *mejores* amigos.

Cuando se puso el sol, recogimos las cosas y empezamos a subir las escaleras de la playa que daban al paseo principal. Las chicas vivían cerca, mientras que nosotros teníamos que cruzar el pueblo entero para llegar a nuestras casas; el Prat Xirlo, una gran explanada de campos, torres y pequeñas carreteras agrupaba varias urbanizaciones en la zona de la colina de Calella. Mientras caminábamos, Selene y yo nos quedamos atrás. En cuanto tuve la oportunidad, saqué el tema sin pensar claramente:

—Conque te gusta Bruno, ¿eh?

¿De dónde había salido aquello?

Por Dios, Leo, que da lo mismo. Que no quieres saberlo.

No, en realidad no quieres que la respuesta sea afirmativa.

Pero lo era: al ver como ella se sonrojaba, solo pude confirmar mis palabras. Y otra vez esa sensación en el pecho; esa sensación de amigo protector, no me malinterpretéis.

—A ver, «gustar» no sería la palabra —dijo ella—. Nos acabamos de conocer.

—¿Sabías que en realidad se necesitan ocho segundos para decidir si te gusta alguien?

—En ese caso… Vale, puede que «gustar» sí sea la palabra.

Vaya, esa no era la respuesta que esperaba.

—Bueno, solo te digo que vigiles —la advertí—. Es buen tío, pero es un *player*. Y creo que le tiene el ojo echado a Carlota.

—C… ¿Cómo? —Selene no pudo disimular su decepción—. Entonces ¿me está utilizando para ponerla celosa?

—Eso no lo sé, puede que también le gustes tú. Le gustan todas.

—Vaya, gracias. —Selene se ofendió.

—No quería decir que tú seas como todas. Solo que él siempre se va a fijar en la que se lo ponga más difícil.

—¿Y quién dice que yo se lo vaya a poner fácil?

—«¡Paraaa!» —me salió imitar la voz que Selene había puesto cuando estaban jugando a cartas, dando por obvio que difícil, precisamente, no se lo estaba poniendo con ese tonteo evidente.

Nuestros amigos, que iban unos metros por delante, se giraron al escuchar mi grito. Estaban llegando al cruce donde tendríamos que despedirnos y aproveché los últimos segundos con Selene:

—Yo lo que te digo es que Bruno se pasea por los campos de girasoles pensándose que es el sol, y se fija en la flor que le da la espalda. Y tú, Selene… —carraspeé—, tú serías una rosa.

No hubo tiempo de reacción, pues habíamos alcanzado el grupo, y vi como Selene intentaba procesar lo que acababa de escuchar, mientras sus amigas se despedían de nosotros y quedábamos para vernos esa misma noche todos. No íbamos a salir de fiesta, pero nos esperaba un plan mejor: nos bañaríamos en la piscina de la comunidad donde vivía yo. Aquella noche jugaba en casa.

SELENE

Me encontré con las chicas después de cenar. Habíamos quedado con el resto en casa de Leo, que vivía en una comunidad con jardín y piscina en el Prat Xirlo, y de camino hablamos animadamente de lo gracioso que resultaba Guille, de las teorías que explicaba Javi, lo guapo que era Bruno y la chispa que tenía Leo. Me pareció un buen momento para contarle a Carlota lo que me había dicho Leo antes, que tenía la sospecha de que Bruno quería algo con ella, pero mi amiga ni se inmutó. Lo de pasar de él no era una táctica para gustarle; realmente, no estaba interesada lo más mínimo en el tío. Tuve la sensación de que mi amiga quería añadir algo al respecto, pero se frenó ella misma. Esto de guardar su secreto se le estaba empezando a hacer duro, pero sabía que lo revelaría en cuanto se sintiera preparada. Solo quería que supiera que podía confiar en nosotras.

A los diez minutos llegamos a la comunidad de Leo, esperamos a que uno de los chicos nos abriera la puerta de entrada y nos instalamos en el césped. Era una comunidad pequeña, de unos seis vecinos, y la piscina me pareció sorprendentemente grande. Solo

vimos encendidas las luces de dos de los apartamentos del edificio; el resto parecía dormir o no estarían en casa. Los chicos tenían puesta música bajita de fondo para animar el ambiente y manchaban las cartas con las manos mojadas; por lo visto, se habían bañado, y tuve unas ganas repentinas de imitarlos.

—Tías, ¿nos metemos? —les pregunté señalando el agua.

—Pero ¿tú estás loca? —gritó Carlota—. ¡Con el frío que hace!

Mi amiga a veces era un poco exagerada. A ver, era verdad que por la noche en Calella refrescaba un poco, pero de ahí a decir frío había un trecho.

—Además, no llevamos bañador —puntualizó Tatiana.

—¿Y desde cuándo eso ha sido un problema para ti? —No podía creer que mi amiga tuviera esa excusa barata.

—También es verdad —repuso sin poder negarlo.

Antes de que nos decidiéramos, unas manos fuertes me pillaron desprevenida y me levantaron al aire para dejarme colgando como un saco de patatas. Empecé a golpear la espalda de… ¿Leo? ¿Era él quien me había cogido? Y ¿por qué, de repente, me dieron ganas de permanecer ahí colgada toda la noche?

—¿Ya no puedes más? —me soltó él, refiriéndose a mis golpes. Se ve que había parado y no me había dado ni cuenta; estaba demasiado ocupada pensando en cómo sentía las manos de mi nuevo amigo sujetando mis piernas.

Antes de que me diera tiempo a responder, sentí como Leo se balanceaba y me dejaba volar. Y no sé si me dio más pánico saber que en un milisegundo caería en el agua congelada o el hecho de que sus brazos ya no estuvieran alrededor de mi cuerpo. ¿Qué había sido aquella sensación? ¿Era normal sentir eso por un amigo? No,

espera: ¿era normal sentir eso por un amigo *que tenía novia*? Además, yo pensaba que me gustaba Bruno. De hecho, tenía esperanza de gustarle yo a él también. Era la primera vez que alguien tan guay se fijaba en mí y no pensaba desaprovechar la oportunidad de ser alguien con un mínimo de dignidad, alguien que encajaba y en quien la gente… no, *los chicos* se podían fijar. Yo era consciente de que esos días había estado tan centrada en gustarle a Bruno que, a ratos, me olvidaba de quién era y me mimetizaba con esas chicas que bajaban al Canadell y a las que tanto aborrecía. Era esa clase de comportamiento sin personalidad que, años más tarde, haría que me avergonzara de ello. Pero, siendo honestas, todas hemos sido esa chica alguna vez.

Conseguí sacar la cabeza del agua unos segundos más tarde de comprender que me habían tirado a la piscina con la ropa puesta. Tati y Carlota se estaban riendo a carcajada limpia hasta que Bruno, Guille y Javi empezaron a perseguirlas a ellas también con la intención de hacer lo mismo que Leo había hecho conmigo. Pero todo lo que sucedía a mi alrededor se hizo muy lejano en cuanto descubrí la mirada de mi amigo clavada en mí, buscando algo en mis ojos que ni yo habría sabido encontrar. ¿Eran imaginaciones mías o me estaba hablando de amor con su mirada? No podía ser, porque tenía novia… Pero ahí había algo, lo que sentía (o, quizá, sentíamos) era una conexión innegable. Aquellos fueron unos segundos eternos en los que el mundo se paró a mi alrededor.

El ruido de gritos cercanos y alguien cayendo al agua a mi lado rompió el encantamiento: era Tati, que había terminado igual que yo. No pasaron ni dos segundos y Carlota ya estaba en el agua, también empujada por los chicos. Sin previo aviso, Leo dio un paso

atrás para pillar carrerilla y se unió a nosotras. Y los demás hicieron lo mismo en cuanto lo vieron.

En menos de dos minutos, todos habíamos acabado en la piscina con la ropa puesta, riéndonos con más ganas que nunca y pensando que la vida no podía ser más increíble. Empezamos a cantar la canción que sonaba en el altavoz y nuestros gritos inundaron la noche. Ese era mi último día en Calella, pues a la mañana siguiente partía con mis padres hacia San Sebastián para acabar de pasar el verano, así que aquella me pareció la mejor despedida posible. Ese verano lo había cambiado todo, aunque yo poco sabía aún…

—¡¡¡Sssh!!! —Alguien nos mandaba callar desde uno de los balcones.

—¿De dónde ha salido eso? —pregunté, repasando casa a casa.

—No lo sé —Leo bajó la voz—, pero será mejor que nos vayamos. No quiero más problemas con los vecinos, ya la he liado demasiado este verano.

—¿Por estar en la piscina de noche? —Bruno no bajaba la voz; de hecho, parecía hasta que hablaba cada vez más alto—. ¿Por cantar? —Su tono de voz iba subiendo—. ¿Por disfrutar de la vida mientras seamos jóvenes? ¿Por disfrutarla aun sabiendo que un día vamos a morir?

Ahí se había flipado, pero no le faltaba razón y todos entendimos lo que estaba intentando hacer: cabrear más al vecino. Sin más reparo, se puso a cantar tan alto como le permitieron sus pulmones y Leo, lejos de pedirle que se callara, se unió al coro. Pronto nos encontramos todos cantando a pleno pulmón, parábamos solo para soltar incontenibles carcajadas y movíamos los brazos al son de la melodía.

Vimos como el porticón de uno de los balcones se cerraba con fuerza y todos vitoreamos para celebrar nuestra victoria. Pero se ve que nuestra batalla no había acabado aquí: dos minutos más tarde, la puerta que unía los apartamentos con la piscina se abrió de par en par y apareció un vecino con cara de mala leche, pelo alborotado y un pijama de vaquitas con alas. A ver, con esas pintas al señor no se le podía tomar muy en serio. Pero todo cambió cuando nos amenazó con llamar a la policía. O, mucho peor…, con hablar con nuestros padres.

—Vale, vale, Paco —lo calmó Leo—. Ya nos vamos. Solo estábamos divirtiéndonos.

—Divertíos a las diez de la mañana —respondió el vecino Paco, tajante—. Estas no son horas.

Y, sin más, dio media vuelta y desapareció por donde había venido. Todos contuvimos una risotada antes de que se cerrara la puerta de nuevo. Luego estallamos a carcajada limpia y decidimos seguir con la noche en casa de Leo. Salimos todos de la piscina, con la ropa pegada a nuestro cuerpo y tiritando de frío. Entonces Bruno empezó a desnudarse.

—Tío, ¿qué haces? —Javi fue el primero en reaccionar.

—¿No es evidente? —respondió su amigo, tranquilísimo—. Paso de pillar algo, y hace un frío de la hostia. Deberíais hacer lo mismo.

Así que lo hice. Siempre había pensado que lo de ser impulsiva, actuar sin temor a que me juzgaran o atreverme a probar cosas nuevas no iba conmigo, pero ese verano había descubierto que quizá lo que me había pasado siempre era que no me sentía lo suficientemente cómoda como para dejarme llevar como lo estaba haciendo ahora.

Al final, todos terminamos en ropa interior y envueltos con solo dos toallas. Tati la compartía con Guille y Javi y Carlota, Bruno, Leo y yo nos envolvimos en la otra. Sentí sus cuerpos pegados al mío y me puse tan nerviosa que las gotas de la piscina empezaron a camuflarse entre las del sudor frío. Intenté resolver mentalmente la primera multiplicación que se me vino a la cabeza solo para olvidar los nervios y no ponerme totalmente roja, pero fracasé en ambas cosas. No resolví el problema y mi cara parecía un pimiento. *Bien, Selene.*

Cuando estuvimos lo bastante secos como para no dejar el rellano y la casa de Leo empapados de agua, subimos a su apartamento y nos acomodamos en los sofás del comedor. Sus padres habían bajado a la ciudad para pasar la noche, así que teníamos la casa entera para nosotros. Bruno se sentó a mi lado y por un milisegundo sentí mariposas revoloteando por mi estómago. Después vi como Leo se colocaba en la otra butaca y el corazón me dio un respingo de rabia. Definitivamente, si seguía así, me iba a volver loca.

Estuvimos en casa de Leo hablando durante horas. Confesamos nuestros anhelos, nuestros sueños y nuestros miedos; hablamos de amor, de deseo y de los primeros besos, y todos explicaron cómo lo habían vivido ellos. Todos, menos Guille y yo, que, como había quedado patente con el juego de yo nunca, aún no habíamos besado a nadie. No pude evitar tener otra vez ese sentimiento de ser la rara, de ir más tarde que el resto, de no encajar. Me pregunté si me faltaría mucho para entender algo de lo que decían. Estaba acostumbrada a escuchar a otros hablar de ello, pero nunca había experimentado nada parecido porque no había conocido a nadie que

despertara en mí esas ganas de probar un beso. Y, de repente, tenía a dos en la cabeza que habían revolucionado mi mundo. Por primera vez, sentí curiosidad real acerca de la sexualidad y los besos; así descubrí que, hasta ese momento, lo que pensaba que habían sido ganas de probar no había sido otra cosa que el deseo de sentirme un poco más cerca del resto.

A las cuatro de la madrugada, Tati y Carlota dormían con sus cabezas reposando la una en la otra, Guille y Javi se habían ido hacía un rato y Bruno dio un último bostezo antes de cerrar los ojos. Leo y yo nos miramos divertidos ante el panorama y salimos al balcón para poder seguir hablando. Nos tumbamos en las hamacas y el silencio inundó la noche. El cielo estaba despejado y, con la calle a oscuras, las estrellas parecían multiplicarse por momentos. Quedé absorta en un cielo infinito y sentí la mirada de reojo de Leo. ¿Qué estaría pensando?

Lo último que recuerdo antes de caer rendida fue la mano de Leo rozando mi vientre para taparme con una ligera manta. Y luego ya no supe si estaba soñando o imaginando, pero pude sentir su presencia toda la noche.

Me desperté desubicada y confusa, pero los primeros rayos de sol colándose por detrás del Far de Sant Sebastià me recordaron que estaba en el balcón de la casa de Leo. Miré el móvil y descubrí un montón de llamadas perdidas de mis padres. ¡No les había dicho que no pasaría la noche en casa! A ver, tampoco lo sabía, pero ¡no les había avisado! Me levanté a toda prisa, me puse la ropa, que aún seguía un poco húmeda, y desperté a Tati y a Carlota para avisarlas de que me iba y que hablábamos más tarde para despedirnos. Pero

no hubo tiempo para ello: cuando llegué a casa, mis padres ya estaban cerrando la última maleta y empezando a cargar el coche. Se me encogió el corazón, como si así me protegiera del dolor que sentí al saber que el verano se acababa. Ahora que por fin tenía un grupo de amigos, uno de verdad, separarme de ellos me parecía el fin del mundo.

Mandé un mensaje a mis amigas para decirles que me iba, pero que nos veríamos pronto; que se despidieran por mí de los chicos. Aunque quise pensar que en realidad no era una despedida, porque esta historia solo acababa de empezar. Ahora me esperaba la bronca de mis padres combinada con las siete horas de coche hasta Donosti. Parecía terrible. Pero en verdad el viaje se hizo más ameno cuando, una hora y media después de arrancar, el mensaje de WhatsApp de un número que no tenía guardado iluminó la pantalla de mi móvil:

Desconocido
🌷

Selene
Quién eres?

Lo pregunté sin poder evitar sonreír, porque algo dentro de mi cabeza ya sabía la respuesta.

Desconocido
Quién te regalaría una rosa y te diría que tú eres una?

Selene
Jajajajajaj Leo?

Leo
Qué tal las primeras horas de coche?

Quieres compañía virtual?

Desde aquella conversación, Leo y yo hablaríamos cada día por WhatsApp. Al menos, durante un tiempo. Luego nos iría a épocas, pero os voy contando por el camino.

2

El verano de todos nuestros «primeros»



SELENE

—Pero, bueno, ¿y esos pibones? —Bruno se levantó de golpe cuando nos vio a Tatiana, a Carlota y a mí aparecer por las escaleras de piedra que bajaban a la playa.

—Por favor, quiero que ese sea el saludo del verano. —Tati tiró sus chanclas al lado de las toallas de los chicos.

Nos fundimos todos en una mezcla de besos y abrazos que nos recordaron cuánto nos habíamos echado de menos. Nos habíamos ido viendo durante el año, pero sin duda no era lo mismo que estar ahora ahí, a cinco minutos de distancia caminando y disponibles 24/7 para sumarnos al plan que hubiera esa mañana, esa tarde o esa noche, el cual solía ser el mismo cada día. Eso era lo bueno del verano: no había horarios, no había tareas y, sobre todo, no había obligaciones. Éramos libres de hacer lo que quisiéramos en todo

momento, nuestros días se llenaban de planes improvisados y nos creíamos capaces de todo.

No le temíamos a nada… Ni siquiera al amor. Aún no sabíamos lo que era que alguien te rompiera el corazón y algunos de mis amigos vivían felizmente de flor en flor, disfrutando de aquellos besos inexpertos con lenguas despistadas y manos desesperadas, mientras que otros, como yo, vivíamos por primera vez algo parecido a amar. A finales del verano pasado, al fin había sucedido…: me había besado con alguien. Y ese alguien ahora era mi novio. El primer beso había sido raro, al principio no tenía muy claro qué hacer con la lengua ni con las manos, pero pronto me di cuenta de que era una cuestión de práctica y que, cuanto menos lo pensaba, mejor lo hacía. Así que poco a poco fuimos encajando nuestros labios y encontrando nuevas formas de besarnos.

Había conocido a Asier en San Sebastián, era el hijo de unos amigos de mis padres que vivían ahí, y lo nuestro fue un flechazo absoluto. Nos enamoramos al instante y decidimos que no había distancia que pudiera con nuestros corazones, así que llevaba casi un año de relación: en total, habían sido once meses hablando por el móvil y, a lo sumo, dos semanas juntos. Pero merecía la pena, porque el primer amor podía con todo. O, bueno, eso pensaba entonces.

Al fin y al cabo, estábamos aprendiendo a amar y, a pesar de que nos íbamos a equivocar repetidas veces, lo estábamos haciendo bien. Porque no hay nada más bonito que un amor que no le teme a nada. Con los años entenderíamos que el miedo sería siempre nuestro peor enemigo.

Colocamos nuestras toallas frente a las de los chicos y nos quitamos la ropa antes de tumbarnos. Yo me tumbé justo delante de Leo, haciendo ver que no me había enterado de que no había dejado de observarme desde que habíamos llegado.

—Se nota que es tu primer día de playa —se burló él entonces—. Eres transparente.

—Manda huevos que me lo digas tú, precisamente —repliqué. Lo miré fugazmente a los ojos, pero había algo en mí que no me permitía aguantarle la mirada más de dos segundos—. Además, en dos días estaré morenísima.

—O quemadísima, como no te pongas crema. —Carlota intervino mientras me lanzaba un tubo de protección solar—. Anda, úntate bien.

—¡Sí, mamá! —me burlé.

—Esta se cree que porque en septiembre empieza bachillerato ya es una tía chula —soltó Leo, riéndose—. ¡Que solo nos llevamos unos meses, pringada!

—Ay, Guille, ¿al final ya sabes qué carrera quieres hacer? —le preguntó Carlota, cambiando el rumbo de la conversación. Los chicos habían terminado la ESO un año atrás y se acercaban al momento de tener que decidir su carrera. Todos se habían decantado por el bachillerato de Ciencia y Tecnología. Sin embargo, tanto Leo como Guille estaban un poco perdidos con su futuro: mientras que a Leo no terminaba de gustarle nada de lo que estudiaba, a Guille le apasionaba tanto lo que aprendía que no sabía decidirse. Siempre había sido un prodigio con los números, pero también era un absoluto fenómeno con las letras, y tuvo una época

de muchas dudas acerca de qué camino elegir para su futuro cuando tuvo que decidir la rama de bachillerato.

—Creo que voy a decantarme por Ingeniería Matemática y Física —repuso él tranquilamente—. Y, si puedo, me apuntaré a una escuela de idiomas para perfeccionar mi francés y aprender alemán.

—Vas a poder. Siempre puedes con todo —concluí, pues sabía que Guille era uno de los tíos más listos del planeta. Él rio con un deje de timidez—. Yo finalmente voy a hacer el bachillerato de Arte. He dudado mucho, pero es lo que me dice el corazón.

—Si todos escucháramos a nuestro corazón, el mundo sería un lugar mejor —soltó Carlota.

—¿Desde cuándo eres tú la ñoña del grupo? —sonrió Tatiana.

—¡Eso, no me robes el papel! —les seguí la corriente—. No, en serio, estoy de acuerdo contigo, Carlota: si todos nos dejáramos llevar por nuestro talento y apostáramos por esa chispilla que nos emociona, todo iría mejor.

—¿Y si no me emociona nada? —preguntó Leo, más concentrado en la conversación de lo que esperaba.

—Siempre hay algo que te emociona —repuse—. Simplemente, crees que no puedes hacer nada con ello. Pero el truco está en ser creativo y buscar de qué forma puedes convertir tu pasión en tu trabajo. —Vi que todos me miraban con curiosidad y, a la vez, reflexivos, y pensé que ya estaba bien de ponernos filosóficos, así que cambié de tema—: Chicas, ¿alguien me echa crema en la espalda?

—¿Quieres que te ayude? —dijo Bruno, saliendo de su cabeza y dirigiéndose a mí con un tono que, sin entender por qué, me puso nerviosa.

—Eeepa, ojito *cuidao*, que Asier se va a poner celoso —saltó Tatiana.

—¿Quién es ese?

—Vamos, Bruno, como si no lo supieras. —Mi amiga se giró hacia mí mientras hacía como que me limpiaba la barbilla—: Si Selene lleva meses que se le cae la baba cada vez que habla de su novio maravilloso. —Volvió a dirigirse a él—. Y créeme: no son pocas veces.

—¿Cuándo llega aquí? —preguntó Carlota.

—El lunes que viene —respondí, entre emocionada y tímida.

—¿Irás a buscarlo a la estación?

—¡Claro! Me muero de ganas. —Y era verdad. Quién iba a decirme que en una semana podrían cambiar tanto las cosas.

Asier tendría que hacer unas cuantas peripecias para llegar a la estación de autobuses de Palafrugell. Su viaje empezaría por la mañana, con el tren de San Sebastián a Barcelona de las diez de la mañana. Llegaría a Sants pasado el mediodía y entonces tendría que coger un autocar que pararía en cada pueblecito de la Costa Brava, por lo que la ruta sería más bien larga. Y, mientras tanto, yo me pasaría el día nerviosa, esperando a que llegara el momento de ir a recogerlo, abrazarlo con todas mis fuerzas y recolocar el recuerdo de su cara, sus manos y su olor. Con las relaciones a distancia pasaba eso: tenías que irte recordando a ti misma cómo era la otra persona; cómo se movía, cómo hablaba y cómo besaba. En cuanto os reencontrabais, había que hacer encajar todas las piezas del puzle que guardabas en tu memoria con la realidad, y siempre había que hacer algunos ajustes. A veces, incluso, llegabas a preguntarte si

estabas enamorada del chico que tenías delante o del novio que habías ido creando en tu mente. ¿Acaso no eran la misma persona?

—Bueno, pues habrá que exprimirte bien antes de que llegue Asier —dijo Tatiana—, que ya sabemos que luego desapareces.

—¿Qué tal si empezamos con un bañito? —propuso Leo—. Estoy sudando como un cerdo.

Y, con ese primer chapuzón en el agua congelada, empezó mi verano en Calella.

LEO

Qué pesadilla, de verdad. Que sí, que Selene estaba muy enamorada. Me había quedado clarísimo las primeras cien veces que lo había dicho. En realidad, creo que no habían sido tantas, pero había algo en ese tema que me irritaba a más no poder. Había sentido una pequeña punzada en el pecho cada vez que las chicas habían hablado de Asier, aunque eso no iba a reconocerlo nunca. Y no solo era el hecho de que Selene tuviera novio, porque ¿qué más daba eso? Tampoco es que estuviera celoso ni nada. Es que iba a traerlo aquí, a Calella, nuestro lugar, con nuestro grupo; o quizá simplemente lo iba a traer a Calella y desaparecería con él hasta que se fuera, lo cual era casi peor, porque quería decir que solo podríamos disfrutar de cuatro días junto a nuestra amiga al final del verano. Cuatro días para recuperar el año perdido y tres noches de salir a perrear las nuevas canciones que se habían acumulado durante el invierno. Parecería poco, pero todos sabemos que el

verano da para mucho…, y que cuatro días son suficientes para ponerlo todo patas arriba.

Bruno
Chicas, salimos ya

Mi madre se está poniendo nerviosa

Leo
Siempre tan impaciente jajaja

Estoy listo, me recogéis?

Bruno
Yes

Estamos ahí en 3

Selene
Yo ya estoy!

Mi padre dice que cuando queráis

Carlota
Por mí, ya

Tati?

Tatiana
Id bajando, entre que sacáis el coche del parking y todo estoy ready

Guille
Avisadme cuando estéis por llegar y les digo a

mis padres que me acerquen

Bruno
OK!

Selene
Hasta ahora!

Habíamos quedado en media hora en el centro comercial de Platja d'Aro para pasar la tarde entre tiendas y terminarla en el cine. Ese día llovía, así que no podría haber mejor plan que ese. La madre de Bruno nos llevaba a él, a Javi y a mí y las chicas irían con el padre de Selene; Guille ya estaba ahí con sus padres y su hermana, así que todo estaba cuadrado.

Nosotros fuimos los primeros en llegar y, al salir del coche y despedirnos de la madre de Bruno, corrimos hacia la entrada del centro comercial para no empaparnos. Diez metros bajo esa lluvia eran suficientes para parecer que habías salido con ropa de una piscina. Guille llegó dos minutos después. Mis amigos hablaban despreocupados mientras esperábamos a las chicas y yo movía la cabeza y sonreía por inercia, haciendo ver que seguía la conversación, pero mentalmente muy lejos de ella.

Algo dentro de mí no descansaba desde que había visto a Selene otra vez ese verano; era una mezcla de ilusión y enfado a partes iguales. Mi mejor amiga tenía novio desde hacía casi un año y, aunque me alegraba por ella (a ver, igual «alegrarse» no era la palabra, pero ya me entendéis), me daba rabia que sacrificara algunos de nuestros días juntos para estar con él en Calella. ¡Era el único momento del año en el que podíamos aprovechar para estar juntos de verdad! Y es que ese curso pasado, aunque no nos

habíamos visto muchísimo, habíamos hablado constantemente por WhatsApp y nos habíamos unido un montón: ella había empezado a descubrir el amor con Asier y yo, que me creía un experto en la materia, le daba mis mejores consejos sobre las relaciones; al mismo tiempo, yo lo había dejado con Marina y ella había estado a mi lado en todo el proceso de ruptura. A pesar de que era evidente que tenía que pasar, romper con ella fue bastante duro. Al fin y al cabo, había sido mi primer gran amor.

Ahora era verano y todo lo que quería era pasarlo bien con mis amigos. Y, bueno…, en especial con ella. No me preguntéis por qué, porque no era que estuviese enamorado ni nada por el estilo. O eso creía. Pero daba igual, porque plantearme algo con ella era inútil, así que simplemente diremos que tenía muchas ganas de aprovechar cada segundo con mi mejor amiga.

El ruido de un coche acercándose y aquella risa que tanto conocía me sacaron de mis pensamientos.

—¡Corre, corre! —Carlota gritaba mientras salía del coche y le pedía a Tatiana que le diera sus cosas desde dentro.

—¡Joder, se ha atascado! —Escuché que Tati soltaba todos los improperios del diccionario mientras intentaba zafarse del cinturón de seguridad y pasar las cosas a su amiga al mismo tiempo.

Carlota se estaba desesperando y, con cada segundo que pasaba, se mojaba más. Nosotros contemplábamos el espectáculo divertidos y me di cuenta de que teníamos a muchos otros espectadores a nuestro alrededor. Entonces Selene salió del asiento del copiloto y, entre risas, dio la vuelta al coche para ayudar a su amiga a desenredarse. Tardaron lo que pareció una eternidad hasta que Tati

pudo salir del asiento e hizo el amago de empezar a correr para ponerse a cubierto, pero Selene y Carlota la agarraron por el brazo.

—Tías, ¿¿¿qué hacéis??? —Tatiana abrió los ojos sin entender lo que estaba pasando, un poco molesta.

—Anda ya, nosotras empapadas y tú tan seca —dijo Selene—. Ahora te solidarizas y te esperas un ratito aquí con nosotras para estar en las mismas condiciones.

Carlota empezó a moverse alrededor de su amiga y Selene le siguió el juego, ajenas a toda la gente que las estaba mirando. Ante aquella situación, había dos posibles reacciones por parte de Tati: o bien se cabreaba más de lo que había visto en mi vida, o bien se reía. Al principio todo apuntaba a una bronca monumental, pero algo en su expresión cambió en cuanto miró a sus amigas a los ojos y, en un segundo, se unió a ese baile ridículo y las tres empezaron a dar vueltas y a cantar bajo la lluvia.

—No puedo con vosotras, ¡sois lo peor! —gritaba Tati por encima del ruido del agua.

—¡Y cómo nos quieres! —dijo Selene.

—Mañana nos arrepentiremos de esto —añadió Carlota entre risas, pues estaba claro que podían pillar un resfriado guapo.

—¡Sin duda! —Selene las abrazó y las tres rieron escandalosamente como hacían siempre.

Y viéndolas así, olvidando el mundo de su alrededor como de costumbre, me enamoré un poco más de Selene. Como amiga, claro. O como algo más. Aunque no fuera a reconocerlo aún.

SELENE

Un silbido nos sacó de nuestro mundo de locura bajo esa lluvia poderosa y Tati reaccionó al instante:

—¡No somos perros, imbécil! —gritó mi amiga sin saber de dónde había salido el ruido. Era una respuesta típica de ella, pero con ese tono la había sentido especialmente a la defensiva.

No era la primera vez que me daba la sensación de que atacaba de esa manera… Algo le pasaba, y estaba a punto de contárnoslo. Solo le hacía falta encontrar el momento y sentirse lo bastante cómoda. Carlota también estaba un poco rara, más cohibida que de costumbre, y sabía que estaba a punto de estallar. Aunque el año pasado había conseguido conservar su secreto, esta vez no se iba a ir sin contarlo. Así que sí: se venía un verano lleno de confesiones.

—Joder, ¡que iba a buenas! —Una voz familiar respondió diez metros más allá.

—¿Bruno? —Las tres nos giramos siguiendo la voz.

—¿Quién iba a ser, si no? —Efectivamente, Bruno estaba con los chicos en la entrada del centro comercial.

—Ay, ¡con la lluvia no te había visto! —dijo mi amiga, y toda ella se destensó—. En ese caso: silba, silba, que un poco perras sí que somos.

Todos nos reímos con la salida de Tati y la golpeé en el hombro sin poder evitar soltar una carcajada. Era aquella carcajada que, dos años atrás, había llamado la atención de Leo. O eso me había dicho en uno de sus mensajes de WhatsApp. No sabía si había sido un intento de tonteo por su parte, porque sentía que él era así de cariñoso y honesto con todo el mundo. Era curioso, porque tenía la sensación de que nuestra conexión había sido instantánea, como si nos conociéramos de otra vida, y, por mucho que nos hubiéramos

hecho mejores amigos y nos lo contáramos todo, había algo que no nos estábamos diciendo y no entendía muy bien qué era. O quizá no quería entenderlo. Pero nuestros silencios muchas veces hablan más fuerte que las palabras.

¿Qué estaría pensando él ahora? En sus ojos había un atisbo de algo que, en otras circunstancias, me habría atrevido a llamar amor. ¿O quizá lo estaba confundiendo por la alegría del rencuentro? No tuve tiempo de dar más vueltas a nada, pues Bruno ya se había acercado a mí y me estaba dando una vuelta sin poderse resistir a silbar:

—Qué guapa estás, Selene. Eso de tener novio te sienta bien.

Y otra vez ese maldito guiño de ojo. *Selene, tranquila, que a ti eso ya no te afecta.* O eso quería creer. Pero la verdad era que haberme reencontrado con Bruno había despertado en mí una sensación extraña, como si el hecho de tener novio ahora me hiciera más merecedora de su atención. De su atención. ¿Estaba sintiendo algo por él? No era nada exagerado, pero sin duda era algo. Algo que, de momento, iba a ignorar.

Entramos en el centro comercial y el aire acondicionado nos congeló al instante. Con lo empapadas que nos había dejado la lluvia, el aire frío nos caló en los huesos y en dos minutos estábamos todas tiritando. Eso me dio una idea:

—Oye, ya que estamos en un centro comercial… —empecé—, ¿por qué no vamos a por ropa seca?

—No tengo mucha pasta —dijo Tati—, pero seguro que algo encontramos.

—Chicas, no. —La voz de Bruno fue tajante—. Qué pereza. Id vosotras, si queréis, y nos vemos luego para la peli.

Vaya.

—A mí no me parece mal plan —saltó Leo, y una chispita se despertó en mi interior—. Solo que hay que hacerlo más interesante.

—¿Qué propones? —Mis ojos se iluminaron, pues conocía a Leo lo suficiente como para saber que estábamos a punto de pasar una de las tardes más entretenidas de nuestras vidas.

—Nosotros os compramos la ropa —respondió—. Elegimos lo que queramos y os lo tenéis que poner sí o sí. Sea lo que sea.

Eso daba un poco de miedo, porque estaba claro que no irían a escoger el top más mono que encontraran, pero sin duda era mucho más divertido que pasarnos la tarde buscando algo que nos gustara.

—Me encanta la idea —dijo Carlota contra todo pronóstico—. Pero ¿qué ganamos nosotras a cambio?

—Vosotras elegís la peli. —Leo no dudó.

Bruno estuvo a punto de quejarse, pero mi amiga interrumpió cualquier intento de ello:

—¡Brutal! —Tati estaba emocionadísima.

—No se hable más, pues —sentencié—. ¡Que empiece el juego!

Nos dimos media hora para que los chicos fueran de compras. Les habíamos dado algo de dinero y, si querían ser más originales (es decir, ser más crueles) tendrían que pagarlo de sus bolsillos. Mientras tanto, nosotras nos fuimos a tomar un batido en una terracita cubierta, donde no hubiera aire ni nos congeláramos, y charlamos de nuestras cosas. Carlota y yo éramos las que más hablábamos, lo cual era raro, porque Tatiana siempre tenía algo que decir.

—Oye, Tati, ¿estás bien? —preguntó mi amiga leyéndome los pensamientos.

—Bueno…, sí.

El hecho de que hubiera admitido tan rápido que algo pasaba era un claro indicador de que, realmente, algo pasaba. Algo gordo.

—Sabes que nos puedes contar lo que sea, ¿verdad? —la animé.

—Lo sé, chicas. —Suspiró e hizo una pausa, como si intentara ordenar las ideas y coger fuerzas para contarnos lo que fuera que estaba preocupándola—. Mis padres se van a divorciar.

La noticia me pilló por sorpresa y lo único que me salió fue acercarme a mi amiga para abrazarla y que lo soltara todo. Y eso hizo.

—Sé que es lo mejor para todos, últimamente discutían muchísimo y en casa había un ambiente horrible. Intentaba llegar tarde cada día para evitar estar mucho rato con ellos y después de cenar me encerraba en mi habitación para no tener que aguantar una situación incómoda donde nadie hablaba. O, bueno, si ellos hablaban era para enfadarse otra vez. Ha sido muy duro. —Tatiana no pudo contener sus lágrimas.

—Ostras, amor, no me imagino por lo que estás pasando… —Reflexioné en voz alta—. Debe de haber sido durísimo. ¿Cómo te sientes ahora?

—Un poco más tranquila —logró decir, y al fin respirar—. Saber que van a poner una solución, aunque sea la que menos me gusta, me deja más tranquila. Al final quiero que sean felices, y quiero que lo seamos mi hermana y yo. Y ahora no lo éramos ninguno de nosotros.

—Va a ser duro, pero sin duda va a ser lo mejor —dijo Carlota—. No tiene sentido sostener algo que no hace bien a nadie. Y, al final, me parece una gran prueba de amor: en vez de seguir juntos por

inercia y sin ganas, prefieren apostar por su felicidad. Aunque sea separados. El amor debería ser eso.

—No sé, tía, ahora mismo solo me sale decir que el amor es una mierda.

—Está bien. Ahora lo sientes así.

—Nos tienes para todo lo que necesites, ¿vale? —intervine—. Cuando quieras llorar, cuando quieras reír, cuando quieras bailar o cuando quieras destrozar algo. Avísanos y vamos contigo.

—Hasta el fin del mundo —terminó Carlota.

—Hasta el fin del mundo —repetí.

Y Tatiana nos abrazó con una ternura que hacía tiempo que no sentía en ella.

Los gritos de los chicos a lo lejos nos sacaron de nuestra burbuja y nos giramos para ver qué era lo que estaba generando tanto alboroto. Eran ellos corriendo bajo la lluvia e intentando que las bolsas de papel en las que estaban nuestros nuevos atuendos no se mojaran.

LEO

¡Qué bien lo habíamos pasado eligiendo la ropa de las chicas! Y digo ropa por decir algo, porque más bien eran trapos, medias, cintas, sombreros y otras cosas sin sentido. Nos habíamos dejado más pasta de lo previsto, pero merecería la pena solo por verlas pasearse con esos trajes ridículos.

Acabábamos de llegar a la cafetería donde esperaban y nos sentíamos tan eufóricos que no reparamos en la mirada triste de

Tatiana. Aunque, a decir verdad, tampoco nos hubiera dado mucho tiempo… Mostrar sus emociones no era su fuerte y cambió de expresión al segundo de llegar nosotros.

—¿Estáis listas para vuestro gran cambio de look? —dijo Guille visiblemente animado.

—Miedo me dais —respondió Carlota entre risas—, pero ¡dale!

Dimos una bolsa a cada una de las chicas y, una a una, iban yendo al baño para volver con sus mejores outfits. No podíamos contener la risa y pronto contagiamos a toda la cafetería con nuestras carcajadas.

La primera en salir fue Carlota. Llevaba una falda de hada, una camiseta de fútbol de ocho tallas menos, rodilleras y una pamela exageradamente grande. Luego fue el turno de Tatiana: la vestimos con unos pantalones ridículos de pijama, un top de plumas y el gorrocóptero de Doraemon. Finalmente le tocó a Selene, que se acercó entre risas y muerta de vergüenza con un top lleno de diamantitos pegados y unos calzoncillos de Superman por encima de unas mallas fluorescentes. En la cabeza llevaba un velo de novia. No podía ser mejor. Y, lejos de parecerme que estaba horrorosa, la vi más increíble que nunca. Sus mejillas estaban sonrojadas y en sus ojos había una chispa que le iluminaba la cara; su sonrisa irradiaba vida y nadie podía dejar de mirarla, era magnética. Lo mejor llegó cuando uno de los camareros tuvo la fantástica idea de rematar el ambiente con música que acompañara a nuestras amigas. Por los altavoces de la cafetería empezó a sonar a todo volumen la canción del verano, la gente de la cafetería se puso a aplaudir y los que pasaban por delante se paraban curiosos a ver qué estaba ocurriendo. Justo entonces apareció de detrás de la barra otro

camarero con un micrófono en la mano, y no tuvo reparo en animar a Tati, Carlota y Selene para que dieran un poco de *show*. Las ayudó a subirse a una de las mesas y bailó con ellas. Sin duda, aquello no dejaba de mejorar.

Después de un par de canciones más y muchos pasos prohibidos, las palmas del público habían empezado a desvanecerse y nuestras amigas supieron que era el fin del espectáculo. Se bajaron de la mesa entre aplausos y fuertes vítores y volvieron con nosotros. Vi que Selene me buscaba con la mirada y el corazón se me subió a la boca del estómago, pero el encantamiento se rompió en cuanto Bruno se puso de pie para pasarle el brazo por los hombros y soltar:

—Joder, chicas, menudo espectáculo. ¡Eso ha sido mucho mejor que la peli que vamos a ver! Por cierto, ¿habéis elegido?

—Vamos a ver una comedia romántica —dijo Tati.

—Me parece bien —respondió Bruno, tranquilísimo.

—¿Cómo? —Javi no daba crédito—. ¿Te hace ver una cursilada?

—Claro, tío. Es el sitio perfecto para ligar. Estará lleno de chicas que quieren convertirse en la prota de la peli. Y entonces me verán y sabrán que yo puedo cumplir sus sueños.

Y en ese instante vi la decepción en mi mejor amiga. Y, también en ese instante, la misma decepción rompió un trocito de mi corazón.

SELENE

Había sentido mariposas cuando Bruno me pasó el brazo por el hombro. Y huyeron en el instante en el que dijo que quería ligar con

otras. Empezaba a tener la sensación de que ese verano estaba especialmente interesado en mí y, aunque yo tenía novio, no podía evitar sentirme halagada cada vez que me decía algo o que me miraba con esos ojos pícaros. Estaba confundida, aunque pensaba que la llegada de Asier lo colocaría todo de vuelta a su lugar. Quién iba a pensar que pasaría justo al contrario y que mis dudas se multiplicarían al final de ese verano.

La peli que vimos en el cine no era ninguna obra de arte, pero nos distrajo a todos. Sobre todo, a Leo y a mí. Nos habíamos sentado al lado y éramos los típicos que comentaban cada frase del guion para reírnos o criticar cualquier cosa que pasara. Yo no podía dejar de reír y nos habían hecho callar en más de una ocasión, pero ¿qué más daba? Lo estaba pasando en grande.

En un momento dado, la señora que teníamos delante nos echó la bronca delante de todo el mundo y supimos que teníamos que relajarnos. Coloqué mi brazo en el reposabrazos y, sin darme cuenta, me apoyé sobre la mano de Leo… y sentí algo que no puedo explicar. Era una sensación nueva y a la vez familiar, como si nuestro roce fuera algo del día a día y, sin embargo, despertara en mí fuegos artificiales. Aparté la mano enseguida y la coloqué a escasos milímetros de la suya. Intenté concentrarme otra vez en la peli, pero no hubo manera. El corazón me iba a mil y no podía dejar de pensar que tenía los dedos de mi mejor amigo suspicazmente cerca de los míos. Como si me pudiera leer la mente, su dedo meñique rozó el mío. Una ola de calor inundó todo mi cuerpo y me quedé inmóvil. ¿A qué estábamos jugando? Y ¿por qué me sentía incapaz de apartarme?

Nos quedamos el resto de la peli con los meñiques pegados, moviéndose tímidamente en algún momento hacia delante y hacia atrás para sentir la piel del otro. Ese cosquilleo en el estómago, ese sutil revolotear de alas de mariposa, era algo totalmente nuevo para mí. ¿Cómo se defendía una de ello?

Llegamos a casa pasada la medianoche, después de cenar en el McDonald's que había en el centro comercial mientras esperábamos a que nuestros padres nos vinieran a recoger. Yo ya estaba lavándome los dientes cuando recibí un mensaje:

Bruno
Cabrona

Selene
???

Bruno
Hoy no he ligado por tu culpa

Selene
Qué dices?

Bruno
Ese conjunto tan ridículo te quedaba… WOW

No podía dejar de mirarte JAJAJAJA

No, en serio

No podía dejar de mirarte

Por si no hubiese tenido bastante ese día, solo faltaba aquello. Se me aceleró el corazón y mi cabeza empezó a dar vueltas. O sea, ¿era real que Bruno me estaba tirando la caña? ¿Bruno Bruno? Y, joder, ¿había decidido meterme ficha justo ahora que yo tenía novio? ¿Qué se suponía que debía responder a eso? Empecé a escribir cuando me llegó otro mensaje:

Leo
Estabas increíble hoy

¿Ahora Leo? Pero ¿qué estaba pasando? Vi que mi mejor amigo seguía escribiendo y esperé antes de decir nada.

Leo
Tan contenta, tan libre

No sé, brillabas

Me alegro de verte así ♥

Vale, ese mensaje era muy bonito. Y eso no contaba como tirar la caña. ¿No?

Selene
Ayyy, gracias ♥

Es que ser feliz hace guapa

Leo
Por eso yo estoy tremendo

Selene
Jajajajaja

Buenas noches, Leo

Leo
Buenas noches, Selene

A la mañana siguiente, un rayo de sol abrasador se filtraba por la ventana de mi habitación. Me había vuelto a dormir con las persianas medio levantadas y la luz y el calor reinaban en mi cuarto. Me levanté, me lavé la cara y fui a prepararme el desayuno.

—¿Qué tal el cine? —preguntó mi madre al verme, y escondió una sonrisa mientras le daba un trago al café.

—Muy divertido, mamá.

—¿Qué tal están los chicos?

—Bien, mamá.

—¿Estaba el guaperas ese? Bruno era, ¿verdad?

De repente, recordé la conversación que tuve la noche anterior con él. ¿Qué había sido aquello? Y, ahora que lo pensaba… ¡Mierda! No había respondido a su último mensaje. Corrí a mi habitación para coger el móvil y busqué el nombre de mi amigo.

Selene
Perdón, me quedé dormida

Bruno aparecía en línea y, a los pocos segundos, ya estaba escribiendo. Entonces paró. Entonces volvió a escribir. Y volvió a parar. Y ya no estaba en línea. Vale, eso había sido raro.

Bloqueé el móvil y volví a la cocina.

—Hija, ¿todo bien?

—Sí, perdón, mamá. Se me había olvidado comentar algo a las chicas.

—Ya, a las chicas. —Haríamos ver que una decía la verdad y que la otra se lo creía—. ¿Y Leo cómo está? Ese chico me cae bien.

—Está como siempre, mamá. Bien.

Bajé un poco la cabeza, como si me concentrara mucho en mis tostadas con mermelada, para disimular el leve sonrojo que apareció en mis mejillas. Recordar nuestros dedos rozándose me puso nerviosa. Pero ¿qué me estaba pasando?

—Vaya, ya veo que tienes pocas ganas de hablar.

—Estoy un poco cansada, nada más. Dame unos minutos para despejarme.

Media hora más tarde, ya estaba desayunada, cambiada y lista para bajar a la playa. Me sentía un poco nerviosa, aunque no sabía explicar muy bien por qué. O quizá sí, pero por el momento prefería evitarlo. Por aquel entonces, ignorar las cosas todavía me parecía una forma eficaz para gestionarlas. Qué equivocada estaba.

LEO

No entendía nada de lo que había pasado la noche anterior en el cine, pero me encantaba. No podía dejar de pensar en ello y en mi estómago sentía un leve aleteo de mariposas cada vez que recreaba la imagen y me acordaba de la mano de Selene rozando la mía. O mi mano rozando la suya. Qué más daba, yo estaba feliz.

Me había levantado más temprano que de costumbre y ya estaba listo para bajar a la playa. Habíamos quedado con las chicas y no podía esperar a ver cómo estarían las cosas con Selene. ¿Se pondría nerviosa? ¿Me echaría alguna miradita? A ver, sí, debía recordar que

ella tenía novio. Pero las ganas de verla me nublaban un poco la vista con todo ese tema.

Las vimos a lo lejos, tumbadas en la arena, y mi corazón dio un vuelco cuando Selene se giró justo en ese momento. La busqué con la mirada…, pero ella buscó otros ojos. Bruno, que estaba a mi lado, saludaba al grupo con la mano, y ella le correspondió. Fue algo raro, porque cuando bajamos las escaleras para sentarnos a su lado, mi amigo ignoró descaradamente a Selene y se fue al lado de Tatiana.

—¿Qué pasa? —dejó ir con indiferencia.

—Buenos días, guapo —respondió Tatiana con un tono más sensual de lo que pretendía.

Y, sin más, Bruno tiró la toalla al suelo y se fue al agua. ¿Qué le pasaba? ¿Se había enfadado con alguien? Antes de llegar me había parecido que todo estaba en orden, pero ahora estaba actuando de forma muy rara. Mi instinto me decía que había pasado algo con Selene, pero no quería escucharlo. La idea de que se hubieran enfadado daba a entender que había mucho más entre ellos de lo que aparentaba. Y eso, por más que me costara admitirlo, me jodía.

—¿Venís o qué? —nos gritó mi amigo desde la orilla.

Selene fue la primera en levantarse.

Yo, el último.

Aquella noche era el cumpleaños de uno de los amigos de Bruno y nos habían invitado a todos a celebrarlo en la casa del chico. Mi amigo había dicho que podría ser divertido, así conocíamos a más gente y, cito textualmente: «¡Nuevas pavas, *bro*!». No entendía que yo no necesitaba buscar más.

Quedamos con las chicas en casa de Guille, así hacíamos la previa juntos y luego iríamos a la casa donde se celebraba la fiesta.

—¿Alguien le puede decir a Carlota que una camisa no es la mejor opción para salir de fiesta? —dijo Tatiana, divertida, señalando a nuestra amiga.

—Hoy hace rasca, no quiero pasar frío —respondió Carlota, tajante.

—Tengo la solución para ello: perreo hasta el suelo y entras en calor a los dos segundos. —Tati se divertía con aquello.

—Eso o ponerte una camisa. —Carlota no tanto.

—Serás aburrida.

—Y tú pesada —interrumpió Selene—. ¡Que se ponga lo que quiera!

—Tía, sé defenderme —saltó Carlota.

Selene y Tatiana se quedaron mirándola con los ojos muy abiertos. Era la primera vez que su amiga respondía de aquella manera delante de todos y se quedaron unos segundos en silencio sin saber qué decir. En ese preciso instante empezó a sonar música por el altavoz; era Bruno, que había elegido el mejor momento para darle al *play*. Aunque al principio fue un poco tenso, realmente fue la manera de empezar a cantar y disipar cualquier rastro de mal rollo que pudiera haber en el ambiente.

—¡Vamos a jugar a un juego! —dijo Tatiana—. Todos ponemos nuestros nombres en un papelito; luego, los intercambiamos al azar para que cada uno escriba un reto que tendrá que cumplir esta noche la persona que le haya salido. Quien no consiga cumplirlo, pringa.

—*In!* —Javi se animó rápidamente.

—Bua, carta blanca para ser un cabrón. Me apunto —dije.

—Todos, ¿no? —cuestionó Bruno, y miró directamente a Selene por primera vez desde que había llegado. Vaya, parecía que ya había dejado de ignorarla.

—Soy la fundadora de este juego —respondió mi mejor amiga, visiblemente alentada por las intenciones de Bruno—, ni de coña lo hacéis sin mí.

—¡Voy a por papel y bolis! —gritó Guille mientras se levantaba de la silla.

SELENE

Acabábamos de llegar a la casa donde se hacía la fiesta y me sentí un poco incómoda. Estar rodeada de tanta gente que no conocía y que seguramente era más interesante que yo me daba apuro. Por suerte, tenía a mis chicas y a estos cuatro personajes a los que tanto queríamos ahora, y eso me daba un poco de margen para poder ser yo misma y no querer huir de esa casa cada diez minutos.

Al cabo de una hora, la casa estaba llena y todo el mundo tenía algo que hacer: hablar, bailar, cantar, buscar a la amiga que se había perdido, conocer a gente nueva… Y lo mejor: nosotros teníamos unos retos por cumplir. Y ya habíamos empezado a hacerlo. Nos reímos como locos cuando Javi se subió a una silla como si fuera una tarima, se puso las gafas del revés y comenzó a bailar solo con toda la torpeza que pudo; luego Tatiana sacó una zanahoria del bolso y empezó a masticarla como si nada mientras saludaba a la gente, y Bruno se metió entre un grupo y se lanzó al suelo para

bailar *breakdance* en medio de ellos. De repente, llegó el turno de Leo… y yo no supe reaccionar. Mi mejor amigo había aprovechado que la pista se había despejado y que todos estaban en corrillo y se acercó a mí, se arrodilló e hizo ver que me pedía matrimonio. Mi cerebro colapsó y sentí cómo la música se perdía en la lejanía y me dejaba sola en ese instante de falsa proposición que había enloquecido a la gente de nuestro alrededor. Al cabo de unos segundos, los gritos de la multitud me hicieron volver en sí:

—¡Que se besen, que se besen!

Busqué a mis amigas con la mirada, pero me encontré con los ojos preocupados de Leo y, antes de poderle decir nada, vi como mi amigo se levantaba con disimulo y se dirigía al baño. Lo seguí como pude, pero no me dio tiempo a alcanzarlo. Me quedé afuera esperando; en algún momento, Leo tendría que salir. En ese instante, Bruno apareció de entre el meollo de gente y se acercó a mí.

—¿Estás bien?

—¿Quién ha decidido ese reto para Leo? —dije, probablemente gritando más de lo que quería—. ¡No ha molado nada!

—Pero ¡no la tomes conmigo!

—¿No has sido tú? —pregunté dudosa.

—¿Por qué iba a querer que Leo hiciera eso? Si hubiera tenido la oportunidad, me habría puesto ese reto a mí.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que estoy diciendo, Selene… —Se acercó a mí y me miró intensamente a los ojos—. Que ojalá me hubieran dicho a mí que te besara. Lo habría hecho sin dudarlo.

Y entonces, sin casi darme cuenta, se abalanzó sobre mí para pegar sus labios a los míos. Pasaron dos segundos hasta que pude reaccionar, abrí los ojos como platos y no supe hacer otra cosa más que darle un leve empujón para apartarlo. Antes de poder decir nada, sentí una mirada clavada en mi nuca y, al darme la vuelta, me encontré con mi amiga. Carlota se acercó a mí, me tomó de la mano sin decir palabra y me arrastró a la terraza de la casa. Leo salía en ese preciso instante del baño y vi como Bruno le pasaba el brazo por los hombros y se lo llevaba de nuevo a la pista. Yo no podía procesar nada.

—Qué-acaba-de-pasar —soltó de golpe Carlota cuando por fin estábamos a solas y lejos del ruido.

—Yo no… —dudé—, no sé. Leo estaba rarísimo, lo he seguido, Bruno me ha seguido a mí y, sin saber cómo ha pasado, me estaba besando. Nos estábamos besando. —Me corregí. Al procesarlo al fin, me puse muy nerviosa—. ¡Ay, no! ¡Nos estábamos besando! ¿Cómo le voy a explicar eso a Asier?

—Eeeh, calma, amiga —dijo Carlota—. A Asier no hay que contarle nada porque no ha pasado nada. Él te ha besado. Tú lo has apartado.

—Ya, pero creo me ha gustado.

—¡No te jode! ¿A quién no le gusta el beso de un tío bueno?

—Pensaba que no te parecía guapo.

—Ese no es el tema. La cuestión es que tú no has hecho nada. Ha sido él. —Se quedó pensativa—. A no ser que le hayas pedido tú que te besara. ¿Lo has hecho?

—¡Claro que no!

—En ese caso, asunto zanjado. —Hizo un gesto con la mano como si se sacara el recuerdo de la cabeza y dijo—: Ese beso nunca ha sucedido.

—Gracias, de verdad. —Sonreí y abracé a mi amiga. Luego me separé de ella y la miré a los ojos—. ¿Ahora me vas a decir tú qué te pasa?

—¿A mí?

—No, a la madre Teresa de Calcuta.

Carlota se rio. Abrió la boca para responder y, tras dudar, la volvió a cerrar. Pensó unos segundos en lo que iba a decir y al fin encontró las palabras que buscaba:

—¿Sabes por qué no me parece atractivo Bruno?

—Pensaba que habíamos cambiado de tema —dije extrañada.

—Créeme, lo hemos hecho.

Al ver que mi amiga se había puesto muy seria, retomé la conversación:

—Dime, ¿por qué no te parece atractivo?

—No me gustan los chicos como él.

—¿Con ojos que hipnotizan, pelo de anuncio y rostro de dios griego, quieres decir? Amiga, pues no sé cuál es tu tipo, pero, desde luego, tienes gustos peculiares.

—No me gustan los chicos —siguió Carlota—. A secas.

Se hizo una breve pausa en la que nos miramos intensamente a los ojos: yo intentando buscar una confirmación de que lo había entendido bien; Carlota esperando a que el silencio respondiera por ella. Me lancé a los brazos de mi amiga y quise quitarle hierro al asunto, pues sabía que, para ella, no poder hablar libremente de su orientación sexual había sido un gran peso durante mucho tiempo:

—Tía, pero ¡eso es genial! ¡Así no vamos a discutir nunca por hombres!

Carlota se rio, pero rápidamente quiso aclarar las cosas:

—Por favor, no se lo digas a nadie. Eres la primera persona a quien se lo cuento.

—Tu secreto está a salvo conmigo. Solo espero que pronto te sientas preparada para que deje de ser un secreto.

Nos fundimos en un abrazo sentido durante unos segundos más y decidimos que ese día ya había dado bastante de sí. Mandamos un mensaje por el grupo avisando de que nos íbamos y volvimos a casa cogidas de la mano, unidas por las confidencias de la noche y las verdades que la luna se llevaría con ella.

Dos días más tarde, con sus dos mañanas de playa y sus dos tardes de cartas y sus dos noches de salir por ahí, me desperté de un salto. No sabría decir si era por una emoción desbordante o por unos nervios aterradores o quizá por una mezcla de ambas cosas. Por fin había llegado el día en el que Asier y yo nos reencontraríamos. A pesar de lo ocurrido en la fiesta de cumpleaños y las rayadas con las que tuve que lidiar al día siguiente, yo había conseguido apartar el tema del beso con Bruno y me había centrado en mi relación con mi chico. Recordé nuestro casi un año juntos, desde que fui de viaje a San Sebastián con mis padres y tuvimos un romance fugaz paseando por la Concha y saliendo por las calles del casco antiguo. Pensé en cómo nos habíamos enamorado rápidamente y habíamos decidido intentarlo a distancia; de momento, nos había funcionado. O algo así.

Me estaba arreglando con la emoción de quien ve a su amor después de dos meses y no podía dejar de ir apartamento arriba, apartamento abajo en busca de todo y de nada: que si el colorete, que si la falda, que si la pinza de pelo… Estaba nerviosísima. Por suerte, tenía conmigo las acuarelas y el cuaderno que siempre llevaba en el bolso y que había ido ganando volumen durante el año. A la que podía, me ponía a dibujar y dejaba sobre el papel todo aquello que en mi interior no era capaz de gestionar. Para mí, pintar era terapéutico. Y ahora lo necesitaba si no quería terminar con una taquicardia importante. Carlota tocó el timbre justo antes de que empezara mi dibujo.

—Tía, vas a derrumbar mi apartamento como sigas así —dijo al entrar.

—¡No me toques los ovarios!

—Pero bueeeno, ¿y esos modales? —Tatiana apareció riéndose detrás de Carlota.

—Perdón, perdón, es que estoy muy nerviosa.

—Nunca pidas perdón por expresar tus sentimientos. —Me impuso mi amiga con voz seria y mirada divertida.

—Hablando de sentimientos —aprovechó Carlota—, ¿le has dicho algo ya a Bruno?

Después de lo que había pasado en la fiesta con Bruno, mis amigas y yo habíamos estado comentando la jugada (con la fascinación incluida de Tatiana) y llegamos a la conclusión de que tenía que hablar con mi amigo de lo sucedido para dejarle claro que no quería nada con él. O, bueno, al menos para decirle que ese beso no había estado bien. Volvamos a intentarlo: para hacer la observación de que besar a alguien que tenía novio no era

apropiado. Vale, ahora sí. Sea como fuese, aún no había encontrado el momento para tener esa charla con Bruno. Y no es que hubiera buscado una excusa (que igual un poco también), sino que el domingo los chicos no bajaron a la playa y, por la tarde, se habían quedado en casa de Guille para echar un partido de tenis y jugar a la Play. Ahora ya era lunes y tenía que hacer mil cosas antes de que llegara mi novio, por lo que era yo quien no se uniría al grupo hasta la noche, cuando fuera junto a Asier a la cena que habíamos organizado para darle todos la bienvenida y, ya de paso, que lo conocieran.

El rótulo de la estación anunciaba que el autocar en el que iba Asier estaba a punto de llegar. Me recoloqué el pelo cinco veces, me olí el aliento cerrando las manos alrededor de la boca y de la nariz repetidamente y paseé pasarela arriba, pasarela abajo sin descansar. En una de esas idas, un autocar de color naranja y rojo con las letras de «Sarfa» en el lateral entraba en el parking. Había llegado el momento. Mi corazón iba a mil. Cuando el bus pasó por delante, pude ver a mi novio de refilón mientras el vehículo daba la vuelta para aparcar, y luego ya estaba saliendo por la puerta y bajando los escalones del autocar. Se acercó a mí, yo me acerqué a él, sonreímos y sentí que todo pasaba a cámara lenta, como en una peli…, hasta que me alcanzó y me tendió la mano.

—¡Qué pasa, tronca! —soltó.

Eh… ¿Qué?

Me quedé sin palabras. ¿Qué había sido aquello? ¿Dos meses sin vernos y ese era el mejor modo de saludarme? Reaccioné como pude: aparté la mano de mi chico para acercarme a él, lo abracé y le

di un beso en los labios, ignorando por completo lo que acababa de pasar. Quería pensar que eran los nervios.

Y entonces recordé la magia: ah, eso era, así nos besábamos. Primera pieza del puzle encajada.

Fuimos a casa a dejar las cosas, nos preparamos y nos dirigimos al restaurante donde nos esperaban mis amigos. Llegamos cogidos de la mano y no quise entender lo que me decían los ojos de Bruno… Lo había mirado fugazmente y casi pude sentir cómo se había puesto celoso. Decidí mirar para otro lado y me encontré con la mirada de Leo, que, de algún modo, no distaba mucho de la de su amigo. Pero eso sí que debían de ser imaginaciones mías, pues Leo solo era mi mejor amigo. Y los mejores amigos no se ponen celosos.

Saludamos a todo el mundo y nos sentamos en las dos sillas que había libres, dejando que la conversación siguiera donde la habían pausado antes los otros. Al cabo de un rato ya teníamos las pizzas sobre la mesa y, mientras nos las comíamos, Javi se dirigió a Asier:

—¿Hasta cuándo vas a estar por aquí?

—Nada, solo un par de días. Luego iré a las montañas cuatro días, que tengo familia por allí y hace bastante que no la veo. Y después me quedaré unos días más en Barcelona con Selene.

Me tensioné al instante, pues aún no les había dicho a mis amigos que volvería a la ciudad antes de lo previsto. Por las caras que ponían, más de uno había hecho cálculos y había llegado ya a esa conclusión. El último en reaccionar fue Leo:

—Pero un momento… Entonces ¿a finales de semana ya te vas? Y ¿no vas a volver?

Se quedó mirándome con unos ojos que nunca había visto en él. Era incredulidad y enfado… y, si no fuera porque lo conocía, diría

que estaba a punto de llorar. Y esa sensación me rompió el corazón. Y me hizo querer llorar, también.

—Yo… Bueno —empecé, con la esperanza de que alguien me cortara, pero no fue así, por lo que intenté dar la vuelta a la tortilla —, había pensado que podría subir algún otro finde en septiembre. Si alguien me acoge, claro, que ya sabéis que mis padres alquilan hasta finales de agosto.

—¿Eso significa que no vas a estar por aquí en lo que queda de mes? —preguntó Carlota.

—¡Voy a estar toda esta semana! —Yo seguía intentando convencerlos. O convencerme a mí.

—Dejadla, ella se lo pierde.

Ese había sido Bruno. Todos se giraron hacia él con caras de sorpresa, un poco extrañados. Bueno, y Asier con incomodidad. Pero Bruno no miraba a ninguno de los presentes, su expresión se esforzaba por mostrar indiferencia y tan solo añadió:

—Me voy a fumar un piti. —Se levantó y salió del restaurante.

No pasaron ni diez segundos cuando me separé de la mesa.

—Chicos, ahora vuelvo. —Miré a Asier a los ojos a modo de disculpa y él me sonrió con cautela.

—¿Ahora fumas? —Fue lo primero que dijo Bruno al verme salir por la puerta, con una sonrisa burlona.

—¿Ahora me miras? —Y la sonrisa se le borró de la cara—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Me pasa que me apetecía un piti.

—¿Y no podías esperar?

—Podía, pero no quería. —Resoplé y me di la vuelta para volver a entrar en el restaurante, pero Bruno me cogió del brazo al segundo

—. Lo siento.

—Vaya, por fin algo con sentido. —Tomé aire—. No te entiendo, Bruno. Primero me dices lo que me dices y luego me ignoras. Y después te enteras de que me voy y te enfadas. ¿Mañana qué va a ser?

—Si pudiera, mañana sería besarte.

Aquella respuesta me pilló tan por sorpresa que no me salieron las palabras. Lo miré a los ojos con la esperanza de encontrar algo en ellos que delatara si lo que había dicho era broma o no. Pero no hubo respuesta por su parte, la expresión de mi amigo era indescifrable. En aquellos segundos en los que sentimos la eternidad, no nos dimos cuenta de que nuestros amigos nos estaban observando desde dentro. Asier parecía absorto en sus pensamientos, aunque no tenía claro qué debía estar pasando por su mente. Carlota y Tatiana estaban tensas, pues se imaginaban lo que podía estar ocurriendo ahí fuera y querían despistar al resto a toda costa. Sin embargo, todos estaban concentrados en una conversación que no podían escuchar, pero sí imaginar. Yo seguía sin decir nada, así que Bruno prosiguió:

—Me gustas, Selene; me gustas más de lo que imaginaba. Cuando te he visto con Asier, me he muerto de rabia. Quiero ser él. Quiero que te pongas nerviosa por verme y que pases horas arreglándote sin entender que para mí ya eres preciosa sin hacerte nada. Quiero que me recojas en casa igual que lo has ido a buscar a él y que me saludes con un beso cada vez que me veas. —Abrí los ojos como platos, intentando procesar lo que estaba escuchando, y él vio su oportunidad para seguir—. Y a ti ese tío no te gusta, Selene.

Aquello sí me hizo reaccionar:

—No hables de lo que no sabes. Quiero a Asier.

—Lo quieres, pero no estás enamorada. —Hizo una pausa—. ¿Qué sentiste cuando me besaste?

Tuve que pensar la respuesta. Ese beso, unos días antes, me había pillado tan por sorpresa que no me había parado a pensar cómo me sentía al respecto. Culpable, aturdida, confundida, sí; pero ¿qué sentía en mi corazón? ¿Había encendido algo en mí? No lo tenía claro y no sabía qué responder, aunque no hizo falta, porque alguien nos interrumpió. «Alguien», o sea, mi novio:

—Selene, ¿nos vamos? —Asier intentó parecer indiferente, pero su intranquilidad era evidente.

—S-sí —respondí, todavía en *shock*—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy cansado y me duele la cabeza.

Hicimos todo el camino de vuelta en silencio. Solo eran quince minutos caminando, pero parecieron horas. Era evidente que teníamos una conversación pendiente, pero ninguno de los dos sabía por dónde empezar. Cuando estábamos llegando a casa, no pude contenerme más e intenté sonar cautelosa cuando pregunté:

—¿Quieres contarme lo que te pasa?

—¿Quieres contarme tú lo que hay entre vosotros dos? —replicó él, más brusco de lo que pretendía.

—No hay nada, Asier —dije con la voz más calmada que pude—. Al menos, por mi parte.

—He visto cómo lo miras. —Tomó aire antes de seguir—: Y he visto cómo te mira.

—Asier… —empecé, pero él me interrumpió.

—¿Os habéis besado?

Aquella pregunta me pilló por sorpresa. Noté cómo se me cerraba la garganta y, al hablar, solo me salió un hilo de voz:

—Una vez. —Y añadí rápidamente—: Me besó él. Yo lo aparté.

Bien, el discurso de Carlota había calado.

—¿Te gustó?

Joder, qué pesados con la pregunta.

—Yo qué sé, Asier, fue un beso y ya. ¿No te parece más importante el hecho de que lo apartara?

—No, si no querías apartarlo.

Touchée.

—Asier, lo que yo quiero es estar contigo. —Tomé su cara entre mis manos y, al mirarlo a los ojos tan de cerca, sentí una breve punzada cruzando mi corazón, como avisándome de que ahí no era. Pero quise ignorarla—. Te quiero a ti.

Asier me besó con suavidad y yo le correspondí. Y otra vez aquella maldita punzada. Y otra vez decidí pasar de ella.

Nos fuimos a dormir en cuanto llegamos a casa y caí en un sueño profundo a los pocos minutos de tumbarme. Demasiadas emociones para una sola semana. La primera de otro verano inolvidable.

A la mañana siguiente, me desperté sin saber casi quién era. Pasé el brazo por la cama, buscando el cuerpo de mi novio tumbado en la cama que habíamos apañado a mi lado, pero no lo encontré. Abrí los ojos como pude y me di cuenta de que no estaba ahí. ¿Dónde se habría metido? Cogí el móvil para saber la hora que era y lo primero que vi fueron unos mensajes de WhatsApp:

Asier
Lo siento, no puedo hacerlo

No quiero estar con alguien que tiene a otro en la cabeza

Y reconozco esas miradas, Selene

Necesito un tiempo, estaré con mi familia

Se me resbaló el móvil de las manos. ¿Se había ido sin avisarme? ¿Lo habíamos dejado? Y lo peor de todo: ¿por qué me sentía tan liberada? Dudé antes de responder, pero opté por ser honesta.

Selene
Me sabe fatal

Ojalá pudiera controlar lo que siento

Bloqueé el móvil, me vestí con lo primero que encontré y salí de mi habitación. Sin poder contener alguna lágrima, le conté a mis padres que Asier se había ido y que nos íbamos a dar un tiempo. Luego les dije que necesitaba tomar aire y salí por la puerta en dirección al Prat Xirlo en busca de campo y tranquilidad. A esas horas de la mañana no habría nadie por allí; solo algún corredor que se metería en el bosque y aquellos que tenían perro y era su hora de paseo. Me metí entre unos escalones de madera que había entre arbustos y, cuando encontré mi sitio, empecé a llorar. Ahora sí, a llorar de verdad. Con cada lágrima, dejaba atrás un poco de aquella relación que había vivido tan intensamente al principio y que había dejado morir con el paso de las semanas. A esa edad, mantener una relación a distancia era muy complicado y quizá hacía falta más que estar enamorados para conseguirlo. Ahora lo sabía.

Saqué todo lo que necesitaba dejar ir y, cuando me sentí más aliviada y pude ver con claridad, me sequé las lágrimas y empecé a pensar. ¿Qué quería yo de verdad? ¿Sería buena opción apostar por algo con Bruno? Él me había dicho claramente que quería estar conmigo, así que estaba en mis manos decidir hacia dónde iba eso. De hecho, él me había dicho que desearía que lo saludara con un beso cada vez que nos viéramos. ¿Era muy loco presentarme en su casa y plantarle ese beso esperado?

Como yo solía pasar bastante de si una idea era loca o no, no le di más vueltas y me levanté, lista y empoderada, para ir a hablar con mi amigo. Su casa estaba cerca de donde me encontraba, así que tardaría pocos minutos. Al llegar, mi amigo abrió la puerta con los ojos medio cerrados, el pelo enmarañado y una única pieza de ropa puesta: unos calzoncillos a cuadros que, para mi gusto, le sentaban fenomenal. Al verme, pareció confundido.

—¿Qu-Qué haces aquí? —preguntó.

—Asier se ha ido.

—Se ha ido ¿adónde?

—Con su familia. Creo. Lo hemos dejado.

Aquello pareció abrir de golpe sus ojos.

—Vaya, eso no me lo esperaba.

—¿Y esto…? —Avancé hacia él y le di un beso tímido—. ¿Esto te lo esperabas?

Bruno se rio. *Se rio. Qué cojones.*

—Selene, no estoy entendiendo muy bien nada de lo que está pasando —dijo entonces—, aunque no sé si esto es buena idea. Es decir, gracias por el beso. Pero creo que estás confundida.

—¿No era esto lo que querías? —Dudé unos segundos—. Ayer dijiste que…

—Sé lo que dije ayer. —Me cortó él—. Y no sé si fue la noche o un cúmulo de emociones, pero quizá me dejé llevar demasiado por todo eso. Eres una tía de puta madre y me encantas… como amiga. No creo que haya nada más entre tú y yo.

Oh.

Una vez más, me quedé sin palabras. Las lágrimas volvieron a mis ojos en una mezcla de tristeza, rabia e impotencia, y me fui de casa de mi amigo justo antes de que la primera gota asomara y resbalara mejilla abajo. ¿Qué estaba diciendo Bruno? Y ¿dónde estaba el Bruno de la noche anterior? Además, ¿no era ese el motivo principal por el cual lo habíamos dejado con Asier? No entendía nada. Y entendí todavía menos cuando recibí un último mensaje de mi ahora exnovio:

Asier
Lo entiendo, Leo es un buen tío

Solo que ahora quiero romperle la cara

Cuídate, Selene

Un momento. ¿¿¿Leo???

3

El verano en el que empezamos a ser adultos



SELENE

Miraba por la ventanilla del coche, pero no me fijaba en nada de lo que íbamos dejando atrás de la carretera que llegaba a Calella; mi mente estaba en otro lugar. En unos minutos llegaría al pueblo y no tenía claro lo que me esperaba. Me imaginaba una y otra vez el momento en el que me iba a encontrar con Bruno y todos los escenarios que creaba mi mente terminaban con mariposas en mi estómago. Hacía un año que no nos veíamos y la realidad era que, por muy ensayado que lo tuviera en la cabeza, no sabía cómo iba a reaccionar al tenerlo delante.

Después de la última conversación que tuve con él el verano anterior, había bajado a Barcelona antes de lo previsto y no había vuelto a subir. Ahí quedé con Asier, mi ahora exnovio, quien estuvo unos días por la ciudad, y pudimos hablar con calma de lo nuestro.

Decidimos dejarlo definitivamente, lo cual no sorprenderá a nadie, puesto que yo había ido a besar a Bruno a los minutos de saber que Asier se había ido. Ahora me sentía un poco mal por ello, pero supongo que era parte de la complejidad de las relaciones… y de ser humana.

Asier y yo quedamos como amigos, a pesar de que sabíamos que la distancia nos iba a privar incluso de eso. O quizá la distancia solo era una excusa para poder justificar que no siguiéramos en contacto. Durante la conversación, que se alargó unas horas, hablamos de cómo la relación se había ido muriendo sin que nos pudiéramos (o quisiéramos) dar cuenta. Nunca mencionamos el último mensaje que Asier me había mandado, ese mensaje que me había trastornado por completo, por más que yo me lo hubiera negado; simplemente hablamos de nosotros. Hacía un tiempo que ya no era lo mismo y éramos muy jóvenes para vivir el amor sin ilusión. De hecho, yo era fiel defensora de que la ilusión tenía que estar siempre presente. Y no era una cuestión de romantizar el amor. Bueno, en esa época quizá sí, pero con los años entendería que querer a alguien de verdad implica esforzarse por mantener viva la relación.

Pero volviendo a lo que nos interesa: no había visto a Bruno en un año y eso me tenía paralizada. Iba a volver a montar mil escenarios en mi mente cuando la vibración del móvil me frenó.

Leo
Ya estás aquíííí?

Selene
Casiii, nos faltan como cinco minutos!

Leo
Genial, voy saliendo!

Aparcamos delante del apartamento para descargar las maletas y, nada más bajar del coche, me encontré con aquella mirada familiar y no pude evitar echarme a sus brazos.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —El abrazo de Leo mientras me saludaba me reconfortó al instante.

—Es que ahora voy con moto, nena. —Me separé un instante para darle un puñetazo amistoso en el pecho—. ¡Ay!

—Vuelve a llamarme «nena» y te vas a quejar de verdad.

Nuestra relación nunca había ido mejor. Después de todo lo ocurrido hacía un año, Leo se dedicó a llamarme para asegurarse de que estaba bien y cuidó de mí más de lo que quería admitir. Pero era mi mejor amigo, no podía hacer otra cosa.

—¿Lista para el mejor verano de tu vida? —dijo él con una sonrisa en la cara.

—¡Lo será para ti, que empezó hace unos cuantos meses! —Leo había dejado bachillerato a las pocas semanas de empezar el segundo curso. Como no tenía claro qué quería hacer con su vida, se había ido un par de meses a Inglaterra a perfeccionar su inglés y luego había vuelto a casa para trabajar de camarero y ahorrar un poco. Yo estaba contenta por él y sentía que, de alguna forma, ya no tenía a un niño delante. Lo miré a los ojos y sonreímos con la mirada—. ¿Cómo te sientes?

—Bien, mejor que el año pasado. He estado dando muchas vueltas al asunto y creo que voy a apuntarme a una FP.

—Oye, pues no suena mal. ¿Hay alguna que te llame la atención?

—Hay un par de ellas que no están mal. Temas de ingeniería eléctrica y así.

—¿Cuánto tiempo tienes para decidirlo?

—No mucho, pero creo que ya tengo bastante claro por dónde irán los tiros. Estos días acabaré de decidir, ¡no hay mejor sitio para reflexionar que este! —dijo, extendiendo sus brazos y mirando a su alrededor.

—Sí, seguro que la fiesta y la adrenalina de Calella te dan para pensar mucho —dije, divertida.

Leo no era el único con mil dudas en la cabeza. Aunque yo estaba haciendo felizmente el bachillerato artístico, seguía pensando que se me escapaba algo. ¿Cómo íbamos a saber con tan solo dieciséis años a qué querríamos dedicarnos el resto de nuestras vidas? ¡Era injusto tener que tomar una decisión así tan pronto! Pero no había otra, así que había seguido mi corazón y confiaba en que mi amor por el arte diera sus frutos en esos dos años de bachillerato.

—¿Tú estás disfrutando de bachillerato? —preguntó él, casi leyendo mis pensamientos, mientras me ayudaba con las maletas.

—Sí y no. Sigo sin saber a qué quiero dedicarme. Necesitaría un año más para aclararme, como mínimo. Pero tengo que seguir estudiando.

—O no —repuso él tranquilo.

—No sabría qué hacer con mi vida.

—Te lo digo yo: vivirla. Literalmente.

—¿Lo dejamos todo y nos vamos?

—Yo ya lo hice —me recordó, y yo sonreí por inercia, aunque algo dentro de mí se encendió con aquella pregunta.

Entre Leo, mis padres y yo conseguimos descargar el coche y organizar un poco el apartamento en apenas quince minutos. Me puse el bañador, unos *shorts* fluidos y un top blanco, y ya estaba lista para salir. Lo de si sería el mejor verano de mi vida o no aún estaba por ver, pero lo que estaba claro era que no me había recibido nada mal.

Llegamos a la piscina de Leo y, al cabo de poco rato, aparecieron Guille y Javi por la entrada principal. Tatiana y Carlota vendrían un poco más tarde, pues habían ido a pasar el día con sus padres a Pals, un pueblo cercano a Calella con playas de arena fina, algo parecido a una ciudad y un casco antiguo que te hacía vivir en el pasado. La verdad es que yo no había ido muchas veces, porque Calella tenía algo que te atrapaba; por mucho que pensaras que ese verano ibas a hacer mil planes distintos y a ver nuevos pueblos y nuevas playas, siempre terminabas bajando al Canadell, pasando la tarde entre cartas y saliendo las noches donde pudieras. Y me encantaba.

Así que ahí estábamos, reunidos de nuevo, esperando a mis amigas y… a Bruno. No pasaron ni cinco minutos hasta que lo vi cruzando el caminito de la zona de la piscina que conducía al lugar donde nos habíamos instalado. Se me aceleró el corazón, la sangre se me subió a las mejillas sin poder disimularlo y unas gotas de sudor empezaron a amontonarse en la espalda. Por suerte, el bañador me cubría.

—¿Qué pasa, tíos? —Bruno curvó un poco su espalda para saludar a los chicos con un choque de mano. Cuando su mirada se encontró con la mía, se acercó a mí y me dio dos besos—. ¿Qué tal, guapa?

—Bien. ¿Y tú? —soné más nerviosa de lo que pretendía.

—Bien, también.

Y dibujó esa maldita media sonrisa que, por más burlona que pareciera, era irresistible. Pero yo tenía una cosa muy clara, y era que, aunque Bruno fuera un dios en la Tierra, no podía sucumbir a sus poderes. No después de haberme ridiculizado de esa manera el año pasado. *Buena teoría, Selene; a ver en la práctica qué tal.*

Pasamos la tarde hablando, jugando a cartas y bañándonos en la piscina, entre piques y risas. Javi contó que había sacado buenísima nota en la selectividad y que estaba muy emocionado por empezar Ingeniería Aeronáutica, y Bruno, que había escogido Ingeniería Industrial, prefirió explayarse con el intercambio que había hecho en Estados Unidos durante la mitad del curso. Carlota nos explicó a todos qué carrera había decidido hacer: aunque Química le llamaba mucho la atención, al final se había decantado por Farmacia. Además, su familia tenía una botica en Barcelona y ya podría empezar a practicar.

Seguimos hablando de nuestros planes de futuro, del presente que estábamos viviendo y del pasado que nos había unido, y me fui calmando a medida que pasaban los minutos y descubrí que la situación con Bruno no era tan terrible como me había imaginado. Él intentaba actuar como si nada hubiera ocurrido, aunque se notaba que estaba un poco tenso, lo cual (no os lo voy a negar) me hizo sentir mejor. Y, sin darme cuenta, ya había superado la primera prueba: el reencuentro.

LEO

Habíamos quedado para ir a pasar la tarde en Peratallada, un pequeño pueblo con mucho encanto que había a unos veinte minutos del nuestro. Sus callejuelas de piedra te transportaban a otra época, casi a otro mundo, y las enredaderas y las flores violetas a veces hacían de techo natural. Había un silencio sepulcral que solo se rompía con nuestros pasos; hablar demasiado alto parecía romper la magia del lugar.

Bruno y yo éramos los únicos que conducíamos y nuestros padres nos dejaban utilizar sus coches, así que el resto se repartió entre los dos vehículos y prometieron pagarnos la gasolina a cambio. Qué inocentes éramos por creérnoslo. Yo llevaba a Selene, a Carlota, a Guille y a Laika, y había algo en mí que encendió el orgullo. Quería que mi mejor amiga me viera como el adulto que era, un tío independiente que conducía, que se espabilaba, que la protegía. *Bueno, igual ahí me he pasado. Lo de espabilado estaba por ver.*

—¿Quién es la perrita más guapa del universo entero? —Selene ponía una voz aguda a la vez que enganchaba su nariz al morro de Laika—. ¡Síií, tú! —Entonces se dirigió a mí—: ¿Crees que me reconoce?

Selene era la primera persona que Laika había conocido de mi mundo. Mis padres y yo la habíamos adoptado en una feria que había en el Parc de la Ciutadella ese mismo año y Selene, que no vivía lejos, se había pasado a saludarnos y a dar la bienvenida a la nueva integrante de nuestra familia.

—Yo creo que ahora ya sí —dudé—. Os habéis visto unas cuantas veces, ¿no?

—No tantas. Al menos, no cada vez que nos hemos visto tú y yo.

—Bueno, es que con este trabajo de mierda este año te he visto más que a mis padres.

—¡Eh! ¡Menos con el trabajo! —se quejó Selene—. Encima que te enchufo…

Selene había conseguido que entrara en la agencia de azafatos en la que ella trabajaba desde los dieciséis. Cubríamos eventos y conciertos y era un sueldo extra que nos iba bastante bien. Además de eso, yo hacía de camarero en un bar algunos días a la semana, y con ello me empezaría a pagar la FP. Mis padres me habían dicho que me ayudarían con ello, pero que debía demostrarles que realmente ese era el camino que quería tomar y pagarlo de mi cuenta. Me pareció justo, y en realidad ya había conseguido ahorrar un poco desde que había vuelto de mi viaje. Parecía que todo se iba colocando.

—Vale, es verdad —repuse, y entonces tomé su mano y le di un beso en el dorso.

—Pon la mano en el volante, anda, que no quiero morir y quedarme sin mi magdalena de manzana.

En Peratallada tenían las mejores magdalenas de Cataluña. Las hacían en una tienda del pueblo, escondida en una placita tan pequeña que las casitas bajas le daban sombra, y siempre que íbamos ahí salíamos con paquetes dulces para toda la familia. Tatiana fue la última en pagar y luego seguimos su ruta por aquellas calles mágicas.

—Tú siempre la última, ¿eh? —la chinchó Javi.

—Hacerse esperar es de reinas.

—No hace falta esperarte para saber que lo eres.

Nadie del grupo había escuchado esto último, pero todos nos habíamos fijado en que había algo diferente entre Javi y Tatiana. No queríamos interrumpir, así que los dejamos unos metros atrás para que pudieran descubrir solos qué era lo que estaba pasando. Nos paseamos sin rumbo y con mucha calma, disfrutando de nuestras meriendas y de los paisajes que ese pueblo nos regalaba. En uno de los callejones había varias tiendas y Selene ya se había metido en una antes de que alguno de nosotros reparara en ello. Al darnos cuenta de que la habíamos perdido de vista, nos repartimos para buscarla. Vi como Bruno desaparecía calle abajo y pronto descubriría que él sería quien la encontrara.

SELENE

Me había perdido, como siempre. Vivía tanto en mi mundo que solía dejarme llevar por ese ímpetu de descubrir, de curiosear y de observar. Me había topado con una tienda repleta de pendientes, collares y pulseras de plata que me tenían fascinada; había algo en ellos que conectaba con mi ser, como si llevar ese tipo de accesorios me diera poderes y me hiciera sentir especial. Me estaba probando un collar con una piedra de ópalo y me miraba en el espejo cuando una voz que reconocí al instante apareció por detrás:

—Estás muy guapa. Y este collar te queda…

—¿Wow? —terminé yo la frase.

Eran justo las palabras con las que, un año antes, Bruno me había tirado la caña por WhatsApp. Seguramente él las había olvidado, pero yo tenía grabado en la cabeza cada uno de los

mensajes que habíamos intercambiado. Dejé el collar donde lo había encontrado, di las gracias a la dependienta y salí de la tienda. Bruno me siguió rápidamente.

—Selene, ¿podemos hablar?

—Claro, dime —dije sin mirarlo ni dejar de caminar.

—¿Me perdonas?

Ahora sí, paré en seco y me giré para mirarlo a los ojos.

—¿Por qué te tendría que perdonar? —lo reté.

—Porque… fui un capullo el año pasado.

—Bien. ¿Por qué fuiste un capullo?

—Porque… ¿me gustabas, pero no me gustabas?

Volví a darle la espalda y seguí caminando. Estaba claro que aquellas disculpas no eran sinceras y que el único motivo por el que me había pedido perdón era porque mis amigas habrían hablado con él y le habrían dicho que lo hiciera. *Buen intento, pero no cuela*.

Caminé sin saber muy bien adónde ir, pero parecía que el destino estaba de mi parte y muy pronto vi a mis amigos a lo lejos. Me acerqué a grandes zancadas, casi como si estuviera huyendo (ni confirmo ni desmiento que lo estuviera haciendo), nos reunimos con el grupo unos metros más allá y seguimos paseando hasta que rehicimos el camino hacia el aparcamiento. Por la noche nos esperaba una cena y luego saldríamos de fiesta, así que no podíamos volver muy tarde.

Dos días y dos resacas después de aquel intento de disculpas en Peratallada, Bruno buscó una nueva oportunidad para disculparse: habíamos decidido ir a pasar el día en la Platja del Castell, que quedaba un poco más lejos del pueblo y a la que había que llegar

con el coche; nos llevamos tápers y juegos para pasar el día. Solía estar más vacía que las calas de Calella y los árboles que dibujaban su contorno permitían apalancarse en la fina arena con una maravillosa sombra natural.

Llegamos sobre las doce del mediodía, colocamos las toallas en dos filas y nos tumbamos un rato antes de meternos en el agua. Saqué mi cuaderno de dibujo y los chicos, que aún no habían visto mis nuevas ilustraciones, se acercaron a mí para curiosear y admirarlas.

—Esta es increíble —dijo Leo señalando un dibujo que para mí era muy especial, pues me recordaba al final del verano pasado.

—A mí me mola esta. —Bruno intentó entrar en la conversación para allanar el terreno conmigo, pero no me convenció; se notaba de lejos que lo único que le molaba del dibujo era que podía ser su redención.

Así que no, no lo fue.

—¿Alguien me pone crema? —preguntó Tatiana aprovechando que los chicos estaban de pie, mientras que ella se encontraba tumbada bocabajo y con la mano alzando el pote de Avène.

Javi se puso en pie de un salto.

—Bueeeno, si nadie se ofrece…

Todos nos reímos ante aquella escena de tonteo evidente. En las dos noches anteriores habíamos podido comprobar que aquellos dos se gustaban y no hacían nada para ocultarlo. La pregunta ahora solo era quién de ellos daría el primer paso, pues eran unos cabezotas y, además, eso de jugar se les daba de maravilla.

—Selene, ¿te pongo crema? —Bruno sorprendió a todo el mundo con su pregunta.

—No, gracias. Voy primero al agua.

—¡Voy contigo! —Carlota se incorporó al momento.

Al final, todos menos Javi y Tatiana fuimos a darnos un baño. Los observábamos de lejos, tumbados en la arena y riendo exageradamente.

—Vaya par de tortolitos —dijo Guille.

—Mira quién fue a hablar —contestó Leo—, el que cada noche se pasa horas al teléfono hablando con la churri.

Guille trató de salpicarle con agua medio de broma, medio protestando, pero no pudo negar que fuera cierto. Se había echado novia ese año y, por lo que parecía, estaba muy enamorado. Era bastante tímido para esas cosas, así que no contaba mucho al respecto, pero las llamadas y los comentarios que se le escapaban hablando de ella eran suficientes para saber que estaba pillado de verdad.

Una pelota de plástico que apareció de la nada nos interrumpió y, al cabo de unos segundos, una chica de tez morena y una larga melena rubia y rizada nadaba hacia nosotros entre quejándose y pidiendo disculpas.

—Joder, es que mi hermano es lo peor, perdón. —Hizo una pausa para tomar aire, cuando reparó en Carlota. Se miraron fugazmente y eso bastó para ver como una sacudida de electricidad les recorría los cuerpos. Para mí había sido muy evidente, aunque no sabía si mis amigos habían reparado en ello. —¿Queréis echar una partidita? —nos preguntó, sin dejar de mirar a la chica que la había cautivado. O sea, a mi amiga.

Todos nos animamos rápidamente y, sin darnos cuenta, estuvimos media hora jugando en el agua. Tatiana y Javi habían

aparecido en algún momento de la partida y todos disfrutábamos de un caluroso día de agosto en la playa. Como siempre, fui la primera en coger frío y me dirigí a las toallas. Estaba tumbada bocabajo cuando una conchita me cayó al lado de la cabeza. Al girarme para ver quién la había tirado, me encontré con los abdominales de Bruno.

—¿Y esto? —pregunté.

—Es una ofrenda de paz —dijo él mientras se sentaba en la misma toalla que yo—. El año pasado fui un capullo, pero ayer también. Debería haber sido claro contigo y no besarte si no tenía intención de nada más. Y debería haberte respondido a los mensajes.

—Habría estado bien, sí. —Me quedé pensativa ante tal honestidad—. No entendía nada. Y ver que me dejabas en leído dolió todavía más. Porque me da igual lo que pasara entre nosotros, pensaba que éramos amigos.

—Y lo somos. Lo que pasa que soy un amigo de mierda. —Aquello dibujó una leve sonrisa en mi cara, lo cual animó a Bruno a seguir—: Al principio no supe qué decirte, luego pasaron las semanas y después me centré con los estudios para aprobarlo todo. Fue un poco la excusa perfecta para no tener que pensar en nada y ocupar mi cabeza… y mi tiempo.

—Ya.

No era la mejor disculpa del mundo, pero al menos era honesta.

—Lo siento, Selene. De verdad. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—De momento, esta concha no está mal —dije, con una mirada suave y una expresión más relajada.

Justo entonces llegaron Tatiana, Javi, Guille y Leo.

—¿Y Carlota? —pregunté.

—Se ha quedado en el agua —respondió Leo—. Como siga mucho rato más, tendremos una amiga de unos ochenta años. Como una pasa, vamos.

Todos reímos y, con disimulo, dirigí la mirada al agua para buscar a mi amiga. Y ahí la encontré, brillando como nunca lo había hecho. Se reía sin miedo y sus movimientos en el agua eran libres; jugaba como una niña y todos sus poros irradiaban felicidad. Estaba claro: Carlota se había enamorado.

A las cuatro de la tarde sacamos el picoteo, las bebidas y los tápers de nuestras mochilas y nos lo zampamos todo con ganas mientras hablábamos de todo y de nada. Pasamos la tarde entre palas, pelotas y cartas y, sin darnos cuenta, el sol se fue escondiendo detrás de los árboles hasta que dejó el cielo pintado de rosa, púrpura y azul, perfectamente combinados. Volvimos a casa y quedamos en vernos a la mañana siguiente, pues el día nos había dejado KO. Yo ya estaba en la cama cuando recibí una notificación de WhatsApp:

Bruno
🐚

Si te doy otra… estoy un poco más cerca de que me perdones?

Selene
Tú prueba

Bruno

Y si te invito a un helado de la Jijo?

Qué haces mañana por la noche?

Selene
He quedado

Bruno
Oh, vaya…

Selene
Para tomar un helado en la Jijo

Él invita

Bruno
Si no lo hace, huye

Selene
Creo que tengo motivos mayores para huir…

Y entonces abrí el chat de Leo y le mandé un mensaje:

Selene
Tú confiarías en Bruno?

Leo
Depende de para qué

Para que me guarde el ron? No

Selene
Jajajaj

Va, ya me entiendes

Leo
Yo iría con cuidado

No quiero ver cómo te hace daño otra vez

A pesar de saber que tenía razón, leer esas palabras dolió un poco. Y, una vez más, iba a ignorar esa intuición dentro de mí que me pedía que parara a tiempo.

Selene
Gracias por estar siempre ♥

Dejé el móvil en la mesilla y no pude evitar sonreír un poco al recordar que, al día siguiente, quizá, tenía una cita. Vamos, que lo de no sucumbir a los encantos de Bruno ya no se me estaba dando tan bien. Y, a pesar de que tenía claro dónde me estaba metiendo, hay cosas que ciegan tanto que ya no puedes verlas.

LEO

Estábamos en la playa, como cada mañana, cuando Guille comentó que esa noche había lluvia de estrellas; se llamaba la Noche de Sant Llorenç, y era mágica: el cielo se llenaba de estrellas fugaces y los deseos de todos los que las vieran volaban con ellas. Tatiana propuso ir aquella noche a la Platja del Golfet a montar la paradita y ver la magia en directo y todos nos animamos rápidamente.

Quedamos a las nueve de la noche para ir caminando hasta el Golfet, desplegar nuestros sacos de dormir, encender una hoguera, untarnos con antimosquitos, cenar pizzas y beber y jugar hasta que la oscuridad nos envolviera.

—Selene, esto parece tu fiesta de cumple —dijo Javi—, entre las pizzas, los sacos de dormir y los mosquitos, ¡estoy teniendo un *déjà vu*!

—Solo nos falta música —dijo Tatiana.

—¡Estoy en ello! —se quejó Guille, que intentaba conectar el móvil con el minialtavoz que había traído.

Sí que había algo en todo aquello que se parecía al día que celebramos el cumpleaños de Selene. Dos meses atrás, ella había cumplido diecisiete años y yo le había organizado una fiesta sorpresa: después de trabajar en un evento, la había llevado en moto hasta casa y allí se había encontrado con nuestros amigos esperándola. Íbamos todos bien preparados con comida, sábanas y altavoces, listos para poner rumbo a la casa rural que tenía la familia de Carlota y que nos había cedido para pasar la noche. Había sido una fiesta de cumpleaños perfecta y Selene parecía más feliz que nunca. Obviamente, Bruno no había venido porque tenía que estudiar (o eso me dijo, y eso quise creer), y supe que aquello había aliviado y entristecido a mi mejor amiga a partes iguales. Sea como fuere, lo pasamos en grande y dijimos que deberíamos repetir ese plan; había llegado el momento de hacerlo.

La música sonaba de fondo, la hoguera chispeaba y la comida se acababa. Incluso sin haber visto las estrellas, aquella noche ya pintaba muy bien. Empezaba a refrescar, pero el fuego y el efecto de

las cervezas mantenían el frío a raya. En un momento dado, Bruno y yo nos alejamos del grupo para hacer pis y mi amigo aprovechó el momento:

—Tío, no sé qué me está pasando con Selene, creo que me mola.

—¿Cómo que crees? —intenté sonar más calmado de lo que estaba, aquello me había pillado por sorpresa. Y no una de las agradables—. O te mola, o no te mola, pero no lo crees.

—Joder, no sé. El año pasado me parecía guapa, pero es que ahora hay algo más. Es como que cuando estamos todos y llega ella se me va toda la atención, ¿sabes?

—Sí, sé. —Y más de lo que admitía.

—Voy a intentarlo. Sí, decidido: esta noche es perfecta para probar suerte.

—Un momento. —No sabía si se lo decía a Bruno o si era yo quien necesitaba esos segundos para procesar—. ¿Estás seguro?

—Pues… supongo, ¿no? Tampoco tengo nada que perder.

—Tío, la liaste el año pasado. No cometas el mismo error si no estás seguro. Ella se lo merece todo.

—Vaya, cualquiera diría que eres tú el que está pillado por ella. —Mi silencio habló por mí—. No jodas, ¿estás pillado por ella?

—¡No! Claro que no. —Obviamente, no había sonado nada convincente y Bruno se había dado cuenta de ello. Pero decidió ignorarlo.

—Genial, pues, en ese caso…, ¡deséame suerte!

No tuve tiempo de decir nada más. Observé cómo mi amigo volvía con el resto del grupo y me giré hacia el horizonte; me encontraba solo frente a un mar negro que parecía decirme cosas al oído con cada ola que llegaba a mis pies. Podía escucharlo

hablándome, preguntándome lo mismo que me preguntaba yo en esos instantes: ¿Por qué no le había dicho nada a Bruno? De hecho, ¿había algo que decir? ¿Qué me pasaba con Selene? Me empeñaba en pensar que era una cuestión de quererla proteger, de cuidarla, de evitar que le hicieran daño. Al fin y al cabo, eso es lo que hacen los mejores amigos, ¿no? Pero entonces ¿por qué, además de quererla proteger, quería abrazarla… e incluso besarla? ¿Eso también lo hacen los mejores amigos?

De repente, una estrella fugaz cruzó el cielo. Cerré los ojos con fuerza y pedí un deseo. Y, como comprenderéis, no voy a revelar mi secreto. Aunque creo que os lo podéis imaginar.

La noche avanzaba y todos estábamos tumbados bocarriba, contando las estrellas fugaces que veíamos.

—¡Esa te la has inventado! —gritó Guille, que era muy competitivo y no podía soportar haber pillado menos estrellas que Carlota.

—¡Te juro que la he visto! —se quejó ella.

—Oye, pues yo no sé cuántas llevo ya, pero ¿cambiamos de juego un rato? —intervino Javi.

—¿Qué propones? —preguntó Guille, animado por la idea de poder ganar a otro juego.

—¿Qué tal si jugamos a la botella?

Tatiana se incorporó al segundo. Y, casi al instante, también lo hizo Bruno. A pesar de que a Carlota y a Selene no les encantaba ese juego, entre todos nos fuimos animando y llegamos a la conclusión de que, si no nos queríamos besar con nadie en la boca, podíamos escoger otra parte del cuerpo. Así, el juego empezó.

—¡Tatiana y Guille! —gritó Bruno.

Tatiana se puso de pie para comprobar dónde señalaba la botella.

—Está entre Guille y Javi, más tirando para Javi…

—Chicos, si queréis besaros, lo decís y ya. —Ese fui yo. No tenía pelos en la boca.

—Pues oye, sí —dijo Tatiana, que seguía de pie en medio del círculo—: quiero darle un beso a Javi.

Todos empezaron a silbar y a aplaudir con gritos de ánimo, hasta que Javi también se levantó y, efectivamente, se besaron. Fue un beso corto, pero apasionado, y los dos parecieron satisfechos cuando se despegaron. Se volvieron a sentar uno al lado del otro y el juego siguió, ahora con más ánimos que antes.

—Venga, Selene, eres la siguiente —la animó Tatiana mientras le pasaba la botella—. ¡Dale!

Selene empujó la botella para que empezara a dar vueltas y, al verle la cara, supe que en su cabeza solo se repetía un nombre:

—¡Bruno! —gritó su amiga.

Joder.

SELENE

Me olvidé de respirar por unos segundos intentando procesar que estaba a punto de besar (después de un año) al chico que me hacía estallar el corazón. Y sí, me había prometido que no pasaría nada con él después de lo que me hizo. Pero eso era un juego y no contaba como algo real, ¿no?

No fue hasta que vi a Bruno en el centro del círculo que reaccioné: me puso en pie y me acerqué a él. Busqué a mi alrededor

alguna mirada que me ayudara a sostener ese momento y, cuando me crucé con los ojos de Leo, vi que no me correspondía; parecía en otro planeta y observaba la escena con una expresión indescifrable…, aunque tal y como apretaba la mandíbula habría dicho que estaba algo tenso. Bruno me sacó de mis pensamientos en cuanto sentí su mano acariciando mi cintura y agarrándome de ella. Lentamente, puso la otra mano en mi mejilla, como si fuera el protagonista de una película de Hollywood y estuviera a punto de dar ese beso tan esperado por el público. Acercó lentamente sus labios a los míos y yo fui cerrando los ojos mientras intentaba encajar en mi mente aquella escena artificial en la que me había visto envuelta. Intenté dejarme llevar *(¿Qué te pasa? ¿No era esto lo que llevabas esperando todo el año?)*, pero con todo el mundo mirándonos no era fácil. Cuando al fin sentí el beso de Bruno, pude cerrar los ojos por completo; noté como mi cuerpo se activaba al instante y ya no fui capaz reprimirme, así que le devolví el beso con ganas. Olvidé el tiempo, olvidé el lugar, olvidé todo cuanto había a nuestro alrededor. Me estaba besando con el chico que me traía loca y, por lo que parecía, él también estaba un poco loco por mí. ¿Había llegado nuestro momento? ¿Estábamos hechos el uno para el otro y al fin todo se había alineado para que estuviéramos juntos?

Dicen que no existe aquello de «la persona correcta, en el momento incorrecto»: si no es el momento, es que tampoco es la persona. Con los años entendería que somos muchas versiones de nosotros mismos a lo largo de nuestra vida, y las personas con las que nos cruzamos son solo una versión de ellas en su camino. Si os encontráis en una época en la que vuestras versiones encajan, todo fluye; es entonces cuando se convierte en la persona adecuada, en

el momento adecuado, y por eso no había podido ser antes… o no había podido ser con aquella persona. Qué complicado empezaba a ser eso del amor.

Los silbidos y los gritos de nuestros amigos me devolvieron a la realidad y, en cuanto me di cuenta de que me había perdido en ese beso, me separé al instante de Bruno. *Qué vergüenza, Selene, por Dios.*

—¡Para que luego digan que solo yo tenía ganas de besar a alguien! —soltó Tatiana—. Venga, Leo, tu turno.

Me senté de nuevo, todavía un poco aturdida, y observé a mi mejor amigo girar la botella sin mucho entusiasmo. No pude creer lo que sucedió entonces: la botella dio dos vueltas y se paró hasta apuntar hacia mí. Y lo hacía claramente, no había lugar a dudas. Todos aplaudieron y se rieron y yo me puse ridículamente nerviosa. Teniendo en cuenta que éramos mejores amigos, no tenía por qué ser para tanto, ¿no? Pero había algo extraño en aquella situación. Para ser honestos, yo había llegado a preguntarme qué sentía realmente por Leo a lo largo del año; era una relación muy profunda y a veces dudaba de cuál era la línea que separaba la amistad del amor. Pero al final siempre decidía que no quería darle más vueltas al asunto, pues lo que teníamos era tan especial que no merecía la pena ponerlo en riesgo. Ahora tenía que afrontar un beso con mi mejor amigo y eso hizo que no pudiera ignorar, aunque fuera por un milisegundo, que alguna vez me había imaginado lo que habríamos podido llegar a ser.

Leo ya estaba en el centro y su mirada me tranquilizó. Me planté frente a mi amigo y tomé aire. Él me cogió de la mano con suavidad, entrelazando los dedos con los míos, y empezó a subir nuestras

manos agarradas hasta llegar a su boca. Entonces me besó el dorso con la misma dulzura que lo había hecho unos días atrás, en el coche. Solté el aire y sonreí.

—¡Eso no vale! —se quejó Guille.

—Tranqui, tío, que ¡aquí no puedes perder! —se burló Leo. Entonces me abrazó y me susurró al oído—: No esperabas que nuestro primer beso fuera por un juego, ¿no?

Luego se separó de mí y me dejó plantada ahí en medio, perdida entre las palabras que acababa de escuchar y tratando de entender qué había querido decir con eso. Un momento. ¡¿Qué había querido decir con eso?! Por si no hubiera tenido bastante con el beso de Bruno, ahora aquello había sido la guinda del pastel. Mi cabeza iba a explotar si la noche seguía así. Aunque parecía que el resto lo estaba pasando en grande, pues habían continuado con el juego, así que yo me volví a sentar de forma instintiva, sin ser capaz de prestar mucha atención a lo que sucedía a mi alrededor.

Era el turno de Carlota. Giró la botella tímidamente y no tardó en apuntar a Tatiana, que se levantó con alegría:

—¡Amiga! Ven aquí que te voy a dar el mejor beso de tu vida.

Pero Carlota no se levantaba.

—Tía, ¿qué pasa? —Tatiana siguió con la broma—: ¿Tienes miedo de enamorarte de mí? Normal, mira a Javi.

Todos rieron y Carlota se levantó. Acto seguido, se alejó del grupo y desapareció en la oscuridad, entre las rocas del Golfet.

—¿Qué he dicho? —Tatiana me miró preocupada.

—Vamos —fue lo único que respondí, y ambas fuimos a buscar a nuestra amiga mientras los chicos se miraban confundidos y decidían abrir otra cerveza.

Cuando dimos con ella, la vimos llorando en unas rocas que había cerca de la orilla.

—Carlota, siento mucho si he dicho algo que… —empezó a disculparse Tatiana.

—¿Se lo has contado? —Carlota se dirigió a mí, y yo negué con la cabeza. Entonces volvió a mirar a Tatiana, respiró hondo y dijo—: Soy lesbiana.

Era la primera vez que la escuchaba decirlo alto y claro. Me agaché para agarrar la mano de mi amiga y mirarla a los ojos, que seguían llenos de lágrimas. Carlota dibujó una media sonrisa. Y Tatiana se añadió a la fiesta tomando la otra mano de nuestra amiga.

—Pues yo soy imbécil —dijo.

—Lo eres, pero no por lo que ha pasado —aclaró Carlota entre risas y lágrimas—. Hace un par de días que estoy hablando con alguien. ¿Os acordáis de la chica que conocimos en la Platja del Castell?

—¿Que si me acuerdo? ¡Tenía el mejor culo de la Costa Brava! —Tatiana siempre tan sutil.

—Lo tiene. Pues me gusta, me gusta mucho, y creo que yo a ella también. Hemos quedado en vernos mañana en Palamós. Estoy nerviosa porque nunca he besado a una chica…, y ahora, con el juego, nos teníamos que besar y me ha entrado el pánico. ¿Y si lo hago fatal?

—Amor, ¡claro que te ha entrado el pánico! —la consolé—. Si a mí también me ha entrado pensando que tenía que besar…

—A Bruno, ya. —Carlota terminó la frase por mí, aunque yo no le dije que se había equivocado de nombre—. Supongo que es normal,

queremos hacerlo especial y eso nos pone aún más presión encima.

—Caris, el beso no va a ser más especial porque lo hagáis mejor o peor —empezó Tatiana—, va a ser especial porque lo estáis compartiendo con la persona que os gusta. Eso es todo lo que importa.

Por una vez, Tatiana decía algo con sentido y sensibilidad. Nos abrazamos con fuerza y nos quedamos unos segundos así, disfrutando de aquella sensación de familiaridad, y observamos el cielo estrellado, pidiendo deseos a cada cometa que se cruzaba por nuestro camino.

—Vamos a hacer una cosa —propuse—: mañana vamos contigo a Palamós. Cada una que vaya con su bici, te acompañamos y estamos pendientes de si necesitas algo. Así no te pones tan nerviosa y sabes que nos tienes al lado. ¿Qué te parece?

Tatiana asintió para apuntarse al plan y Carlota nos abrazó.

—Me parece que tengo a las mejores amigas del mundo.

—Has tardado en darte cuenta, amiga —dijo Tati para aliviar el ambiente, y todas nos reímos.

Nos fuimos a dormir casi al amanecer. Habíamos pasado la noche entre besos, juegos y confesiones, y las estrellas iban contando nuestros deseos en el cielo. Había sido una noche mágica, de aquellas que dan paz y, a la vez, remueven tu universo entero. Qué emocionante era el verano en Calella, ¿verdad?

Había llegado el momento en el que Carlota se vería con Andrea, la chica de la playa, y habíamos quedado con horas de antelación para prepararnos y calmar los nervios de nuestra amiga. Luego cogimos las bicis y pusimos rumbo a Palamós. El paseo que unía un pueblo

con el otro era precioso: un caminito de tierra seguía la carretera principal unos metros más allá, ajeno al barullo de los coches, en un mundo aparte, rodeado de arbustos y árboles de varios tonos de verde. De vez en cuando, los campos de flores iluminaban el paisaje con su intenso amarillo, y siempre había quien paraba para perderse en él.

Después de media hora en bici, llegamos a Palamós. Andrea había escrito a Carlota para decirle que ya salía de casa; se iban a ver en menos de diez minutos en una cafetería del pueblo. Tati y yo decidimos que era el momento de dejar a nuestra amiga sola, pues sabíamos que necesitaría ese espacio para tranquilizarse antes de ver a su cita. Le dimos un fuerte abrazo, la cubrimos a besos y nos despedimos con toda la emoción que nuestros corazones eran capaces de soportar. Era un gran momento para Carlota y solo deseaba que, fuera como fuese el encuentro, ella se sintiese cómoda en su piel. Me di la vuelta una última vez antes de girar por la esquina de la calle y me sentí extremadamente orgullosa de mi amiga; me emocionaba ver cómo al fin se había desecho de aquella capa que pensaba que la protegía. Nada más lejos de la realidad, pues ahora que se atrevía a ser ella, sin filtros, sin miedos, brillaba como nunca. Qué bonito era eso de ser fiel a una misma.

LEO

—Venga, ¡contadnos! —gritó Bruno al ver a las chicas llegar.

Nos habíamos reunido en el bar musical donde yo estaba trabajando ese verano, aprovechando que no se llenaría hasta

medianoche, y estábamos esperando a que las chicas volvieran de Palamós para que nos explicaran cómo había ido la cita de Carlota con Andrea. Al parecer, todo había sido perfecto: habían hablado sin parar, reído muchísimo y… también se habían besado. Mi amiga tenía un brillo especial en los ojos cuando lo relataba y supe que estaba pillada. De repente, un deje de tristeza cruzó su mirada.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Javi, que había reparado en lo mismo que yo.

—Andrea se va a vivir a Italia —respondió mi amiga—. No sabe cuánto tiempo, pero va a ser una buena temporada. Justo ahora que nos conocemos y que nos gustamos, nos tenemos que separar.

—Un clásico —afirmó Bruno—. Cuando menos te lo esperas, cuando menos lo buscas…, aparece el amor.

—Te habría quedado romántico, si no fuera porque te conozco —se burló Tatiana.

—Poca broma —añadió él—, ¿no os ha pasado nunca que os empieza a gustar alguien justo cuando queréis ser libres?

Nos quedamos sin decir nada para reflexionar y vi que mi amigo miraba directamente a Selene con unos ojos que lo decían todo. Era evidente que estaba hablando de él; de él con ella. Mi mejor amiga lo cazó al instante y sus mejillas se tornaron de ese tono rosado que la hacía increíblemente atractiva, y yo sentí una punzada de algo parecido a… ¿celos? Esa sensación empezaba a ser molesta… y demasiado frecuente. Al final fui yo quien rompió el silencio:

—Ser libre y estar con alguien deberían ser dos cosas compatibles —sentencié, y soné más rotundo de lo que pretendía.

—No te diré que no —rebatió mi amigo—, pero estar con alguien siempre implica compromiso. Y hay veces en las que comprometerse

da pereza.

—O miedo —Selene había lanzado un dardo envenenado a Bruno.

—Si te da pereza es que tanto no te gusta —dijo Tati.

—Entonces… entonces era miedo —concluyó mi amigo y, ahora sí, todos sentimos las chispas que saltaban entre él y Selene. Eso había sido una declaración de intenciones en toda regla.

Volví a la barra para seguir trabajando y en las pausas me sentaba con mis amigos a charlar a ratos. Hablábamos del amor, del verano, de la libertad y de todo lo que era posible. Animamos a Carlota y pensamos en un plan para que fuera a visitar a Andrea a Italia pronto; para empezar, hablé con el *manager* del bar donde trabajaba yo y aceptó contratar a Carlota en los días de más trabajo o cuando necesitara alguna sustitución. De vuelta a la ciudad, empezaríamos a correr la voz de sus clases particulares para que se sacara un dinero extra. Con todo eso, seguro que podría ir a ver a su amor más pronto de lo que pensaba, y aquello la dejó más tranquila. Hacerse mayor venía cargado de complicaciones, pero también de soluciones, y poder empezar a tener dinero nos daba un aire de independencia que sabía a libertad.

Un par de horas más tarde, el bar se había animado con reguetón, gente por doquier y un calor abrasador. Todo el mundo bailaba y disfrutaba de la noche y, en un momento dado, vi desde detrás de la barra cómo Tatiana rodeaba a Javi por la cintura y le plantaba un beso. El chico se lo devolvió al segundo y ya no hubo quien los despegara en toda la noche. Mucho habían tardado. Guille, Bruno y Selene bailaron y rieron durante horas, ajenos al resto del mundo, y yo me iba sumando a ratos, disfrutando de su compañía y

de un verano que lo estaba poniendo todo patas arriba. Como todos los veranos, vaya.

SELENE

Eran las tres de la madrugada cuando en el bar empezó a sonar *L'Empordà*, la mítica canción con la que se cerraban las fiestas en el pueblo. Todos cantamos a todo pulmón y desfilamos hacia la salida como muertos vivientes a quienes han encargado una misión: la de abandonar el local. Carlota, Tati y Javi habían desaparecido hacía un rato, pero confiaba en que estaban bien. Guille, Bruno y yo esperamos en la terraza del bar hasta que Leo cerrara el local y nos fuimos a casa entre risas y recuerdos de aquellas últimas horas. Bruno se ofreció a acompañarme hasta mi apartamento y sentí una chispa de ilusión incontenible. Me habría gustado hacerme la dura, pero me resultó imposible. ¿Cómo lo hacían las chicas de las pelis para mostrar indiferencia hacia el chico que les gustaba? No sé si era la única a la que le pasaba, pero si mi crush me proponía acompañarme a casa, negarme a ello no entraba dentro de las posibilidades. Había escuchado aquello de que, cuanto más te hacías la dura, más te perseguían los chicos. Pero ¿hasta qué punto hacer eso era un juego y hasta qué punto era tóxico? Tendría que descubrirlo, pero no aquella noche. Ese día me tocaba, al fin, disfrutar del amor.

Leo y Guille nos desearon buenas noches y se separaron por el camino. A los pocos metros, sentí como Bruno me cogía la mano y mil mariposas alzaron el vuelo en mi estómago. Sus dedos tenían un

tacto rasposo y un poco rudo, pero pronto me acomodé a él y dejé que me arrastrara. Vi que iba a decir algo cuando recibió una notificación: sacó el móvil del bolsillo y se me fue la vista. Era Leo. Y era un mensaje que me hizo sentir mil cosas a la vez, aunque no sabría describir ninguna de ellas. Solo sabía que la calma había inundado mi corazón con él.

Leo
Como no la trates como se merece, eres hombre muerto.

No tuve tiempo de procesar el mensaje, pues Bruno guardó el móvil rápidamente y dejó ir:

—Es Leo, que quiere saber a qué hora quedamos mañana. Qué pesado.

No entendí la mentira, y tampoco me dio tiempo a hacerlo. Bruno ya me había cogido por la cintura y me había atraído hacia él. Lo miré a los ojos antes de fundirnos de nuevo en un beso que, ahora sí, parecía real. No sabía si era por el cansancio o por la cantidad de ideas sin sentido que rondaban por mi cabeza, pero, en ese momento, conseguí al fin dejarme ir y no pensar en nada. Estaba bien, mis amigas estaban bien, todo iba como tenía que ir, y el verano olía a mar, a besos y a amor.

4

El verano en el que todo iba mal



LEO

En Calella ya estábamos todos, solo faltaban Selene y Bruno, que habían salido de Barcelona hacía una hora y cuarto y estarían al caer. Habíamos quedado en casa de Javi para cenar juntos y empezar el verano celebrando que, un año más, íbamos a pasarlo juntos. Había sido un curso un poco raro y el ambiente estaba algo cargado, pero lo importante era que nos manteníamos unidos. Aunque, en realidad, nuestra amistad estaba llena de grietas que nos esforzábamos por tapar.

—¿Creéis que van a llegar enfadados? —preguntó Javi.

—Si no lo están, lo estarán al final de la cena —respondió Guille.

—Qué desastre —sentenció Tatiana—. Hay que saber estar juntos; aporta o aparta, como dicen. ¿O no?

—Espero que no lo digas por mí. —Javi se hizo el ofendido.

—Amor, tú siempre aportas. Lo que pasa es que mejor como amigo. Ya vimos que como pareja éramos incompatibles.

Javi y Tatiana lo habían intentado, pero al poco tiempo de terminar las vacaciones se habían dado cuenta de que lo suyo era solo una amistad con la que habían querido experimentar. Todo lo que encajaban al ser amigos se hacía mil pedazos al intentar ser algo más, y estuvieron de acuerdo en ello un día que a los dos les apeteció más quedarse en el sofá viendo una peli que irse al cuarto a aprovechar que los padres de Javi se habían ido. Y no era que estuvieran cansados; era que la atracción que habían sentido durante el verano se había ido con la llegada del otoño; debían ser cosas del ambiente que se respiraba en Calella. Fuera como fuese, acabaron en buenos términos y de ello habían sacado una amistad todavía más fuerte.

El interfono sonó en ese momento.

—Ya están aquí. —Javi se levantó y fue a abrir. De camino a la entrada, gritó—: Hagan sus apuestas: ¿enfadados o enchochados?

Siendo honesto, me daba igual como llegaran, pues todo podía alterarse en cualquier momento: de estar besuqueándose por las esquinas a estar gritándose en medio de la fiesta y viceversa. Así había sido durante todo el año, y Calella no iba a hacer otra cosa que intensificar las emociones. Además, no es que fuera de mi incumbencia: Selene y yo nos habíamos distanciado un poco durante aquellos meses y lo que hiciera me traía sin cuidado. Al empezar con Bruno, parecía haberse quedado ciega de amor y olvidó que tenía amigos. Vale, igual me estaba pasando, pero me sentía ofendido y resentido. Ese curso no había sido fácil para mí; empezar la FP un poco más tarde que el resto e integrarme no había sido sencillo. A

pesar de que yo tenía don de gentes, la idea de ser el nuevo en un curso que no sabía ni si quería hacer me había desmotivado un poco. Al final encontré mi lugar, aunque lo había forzado un poco; algo dentro de mí me decía que no encajaba en un grupo de gente tan distinta a mi forma de ser, pero tampoco iba a ser el raro que no tiene amigos, ¿no? Y, para rematarlo, mi mejor amiga no me había hecho caso cuando más la necesitaba. Total, que yo estaba un poco perdido en la vida y más enfadado con Selene de lo que admitiría. Aunque a veces tuviera que forzarlo.

Cuando los tortolitos abrieron la puerta de la casa de Javi, todo parecía estar en orden. Nos saludaron a todos con entusiasmo y se sentaron a la mesa para ponerse al día con lo que había pasado aquella primera semana de agosto. Selene y Bruno se habían ido de escapada por el sur de Francia, mientras que nosotros llevábamos ya unos días por el pueblo.

Nos enseñaron fotos de su viaje, nos contaron alguna anécdota y nos relataron todos los detalles de la ruta que habían hecho. *Interesantísimo, vamos.*

—Selene, ¿has hecho algún dibujo por ahí? —preguntó Tatiana con ilusión—. ¡Quiero verlos!

—No he tenido tiempo —la cortó ella rápidamente, y todos nos dimos cuenta de cómo había querido desviar el tema. Pero Selene siguió hablando, fingiendo que no había notado que la habíamos calado—. Lo que sí que he hecho es comer. Madre mía, cómo estaba todo. Chicos, el mejor queso de vuestra vida. —Todos la observábamos, pero yo no era capaz de escuchar muy bien lo que estaba diciendo; mi atención se había diluido tratando de encontrar a la Selene que tanto conocía. A lo largo del año había ido perdiendo

ese brillo en los ojos que tanto la caracterizaba, y ahora, al contar algo que con palabras sonaba tan idílico, su expresión no conseguía transmitir ni una pizca de aquella ilusión hablada.

—Y la bebida también increíble, chavales —soltó Bruno, ajeno a mis pensamientos, y dejó en medio de la mesa dos botellas de pastís, el licor típico de Marsella. Abrimos una para probarlo y quedamos en tomarnos el resto uno de esos días, acompañado de una buena comida en casa de alguno de nosotros. Y por buena comida me refiero a los pollos asados con patatas fritas del Cou-Cou.

SELENE

Después de cenar todos en casa de Javi, lo cual había servido para volver a la normalidad de siempre (o, más bien, a la nueva normalidad), decidimos ir a la Jijonenca a por un helado y un rato de charleta en la playa, bajo la luna creciente y acompañados por la banda sonora que ofrecían las olas. Qué gusto daba el primer día que las escuchabas.

Por algún motivo que no entendía muy bien, estaba nerviosa. Era como si estar con los amigos activara mi estado más vulnerable y cayeran todos los muros. Yo no acababa de estar bien, pero tampoco sabía el porqué, así que trataba de ignorarlo. En general me funcionaba, pero frente a ellos había cosas que no podía disimular. Tenía la esperanza de que esos días en Calella relajaran mi sistema nervioso y ordenaran un poco mis pensamientos. Tampoco es que tuviera muy claro cuáles eran, la verdad.

Leo estaba sentado a mi lado y aún no habíamos hablado mucho. Ese año nos había distanciado un poco y tenerlo cerca ahora me resultaba incómodo y relajante a partes iguales. Aunque seguíamos queriéndonos como el primer día, era innegable que un abismo nos separaba; nos habíamos perdido muchas cosas del uno y del otro y, por primera vez desde que nos conocíamos, un verano parecía que no bastaba para recuperar el tiempo y los recuerdos perdidos. Pero tampoco iba a darme por vencida.

—Y tú ¿cómo estás? —intenté romper el hielo.

—Bien, superchill, la verdad —respondió él, aparentando indiferencia. Pero no engañaba a nadie, y menos a mí, su mejor amiga—. Alguna movida con el curso, pero lo superaré.

—¿Quieres contármelo?

—¿Ahora? No, gracias. Prefiero hacerme un piti y dejar que la brisa marina se lleve todas mis preocupaciones. —*Siempre tan poético*—. ¿Tienes fuego?

Me quedé parada ante su pregunta. *Fuego, ¡¿yo?!*

—Eh…, n-no…

—Bueno, voy a pedir a esas de ahí.

Y así fue como me di cuenta de que me había perdido mucho más de lo que creía durante ese año. Mi mejor amigo parecía otro y el miedo a que ya no estuviera más en mi vida me inundó. ¿Y si ya no quedaba nada del Leo que yo conocía? ¿Y si, sin darme cuenta, había matado nuestra relación por temor a perder la que tenía con Bruno? No es que ser amiga de uno y novia del otro fuera incompatible, pero Bruno no había sido sutil con algunos comentarios que me había lanzado respecto a mi relación con Leo. Estaba un poco celoso, y claramente la solución para ello era que me

distanciara de él. Qué poco sabíamos todos en aquella época, y cómo íbamos a aprender en los años que venían…

Sobre la una de la madrugada, empezamos a recoger para irnos a descansar. Leo se quiso quedar en la playa con el grupo de gente que había conocido mientras pedía fuego, y estábamos ya de camino a casa cuando Bruno me avisó de que se iba un rato con Sebas y Juan. Ese año, él había hecho nuevos amigos en la universidad y daba la casualidad de que dos de ellos también pasaban el verano en Calella.

—Entonces ¿no vienes a dormir a mi casa?

—Sé que habíamos dicho que pasaríamos la noche juntos y que ya has avisado a tus padres que dormía en vuestra casa, pero seguro que no les importa. Mañana sí, ¿vale?

—Vale. —Bruno me dio un beso fugaz y se fue en otra dirección.

—¿No vas con él? —preguntó Tatiana, que había escuchado la conversación y ahora veía cómo mi novio se perdía al final de la calle.

—Hoy no, ha quedado con sus amigos de la uni.

—¿No los conoces? —intervino Carlota.

—Sí, pero también está bien que tenga su espacio, ¿no?

Mi amiga respondió con un ruido que parecía asentir, aunque no fue muy convincente. Daba igual, no era el momento de ponerse a pensar en lo que había querido decir. Yo ya tenía bastante en la cabeza.

Al día siguiente, los primeros en llegar a la playa fuimos Javi, Guille, Carlota, Tati y yo. Tumbados en las toallas que habíamos amontonado como pudimos, Carlota iba pasando fotos de chicas en

Tinder. Mis amigos le habían abierto un perfil unos días antes para que se animara a salir con gente, pero ese tipo de aplicaciones no iba con ella y yo sabía que no se sentía muy cómoda exponiéndose de aquel modo. Hacía un par de meses que lo había dejado con Andrea y Carlota había pasado todas las fases del duelo semana tras semana. Aunque aún no lo había superado, el dolor ya no la comía por dentro y estaba preparada para, al menos, distraerse.

—¿Qué tal vas con los *matches*? —pregunté divertida, tratando de animarla.

—Fatal.

—¡Pero si tienes ya cincuenta y dos! —saltó Tatiana, que acababa de robarle el móvil de las manos. Me acerqué a ella para cotillear.

—Ya, si dar like no es complicado. Lo difícil es saber qué decir después.

—¡Pero si te pasas el día hablando con gente en la farmacia!

—Sí, vendiendo medicamentos y leyendo recetas, ¡pero no ligando!

—¡Déjame a mí! —Tatiana buscó entre la lista de chicas y eligió a una que, por su perfil, le pareció que encajaría con nuestra amiga. Abrió el chat y se puso a escribir.

—¡No te pases, que te conozco! —la advirtió Carlota, pero ya era tarde. Tatiana le había mandado un mensaje a la chica preguntándole si estaba por la Costa Brava. De ser así, habría que pensar alguna forma para que se encontraran—. Ay, qué nervios de repente, ¿no? ¡Estoy sudando!

—¡Pues para eso tenemos el mar a diez metros! —soltó Javi, que se acababa de levantar de la toalla y había cogido la máscara y el *snorkel*—. ¿Vamos?

—¡Vamos!

Nos fuimos al agua y eché en falta la presencia de uno de mis amigos entre el grupo.

—Oye, ¿y Leo?

—No sé —observó Guille—, supongo que se quedó hasta tarde con ese grupo y se habrá ido a dormir a las tantas.

—Eso, si lo que ha hecho es dormir —dijo Javi con media sonrisa traviesa en la cara.

—¿Creéis que acabó la noche con una? —Carlota también podía ser muy inocente.

—Con una, ¡y con dos! Al ritmo que va este verano… —le respondió Javi, y Guille le rio la gracia.

Pero a mí no me pareció divertido en absoluto. En cada nueva cosa que descubría de mi amigo, lo sentía un poco más lejos. Y, aunque no quisiera admitirlo, tenía curiosidad por saber quién (o quiénes) habrían sido las chicas. Curiosidad… ¿o celos? ¿Se valía meterlo todo en el mismo paquete? Tatiana me sacó de mis cavilaciones (y menos mal, porque ¿cómo iba a sentir celos yo si estaba enamorada de mi chico?).

—¿Y Bruno dónde está?

—Ha querido quedarse en casa. Dice que le duele la cabeza.

—¡No jodas! —saltó Guille—. Pero ¿el plan de esta tarde sigue en pie? Porque solo nos pueden llevar él y Leo, y ahora mismo los dos son bajas.

—No te preocupes, que yo le convenzo —dije, y guiñé un ojo. Todos rieron aliviados y yo agradecí que nadie me preguntara que a cuál de los dos iba a convencer. Ni cómo iba a hacerlo.

LEO

Aquella tarde íbamos al White Summer, un mercadillo de artesanías, *foodtrucks*, música y talleres del que nos habían hablado muy bien. Nos habíamos repartido entre el coche de Bruno y el mío (bueno, los de nuestros padres, pero ahora ya los conducíamos nosotros); Selene y Tatiana iban con mi amigo y Guille y Carlota me acompañaban a mí. El mercadillo se encontraba a media hora de Calella, y al llegar aparcamos los coches en aquella explanada de Pals que se había convertido, por un mes, en todo un festival.

Paseamos sin rumbo por el recinto, saltando de tienda en tienda y parándonos en todas las que nos apetecía inspeccionar. Había algo en mí que perseguía a Selene con la mirada, como si tratara de creer que era real que tenía unos días por delante con mi mejor amiga. O la que había sido mi mejor amiga, vaya. Ya no sabía lo que éramos.

Selene era una enamorada de la joyería y no podía contenerse en cuanto le ponían delante unos pendientes dorados o un collar con alguna piedrecita. Incluso había empezado a coger gusto por los anillos, a pesar de que siempre decía que tenía los dedos como morcillitas. Y los tenía, pero no pasaba nada. A mí me parecían adorables.

En una de esas tiendas llenas de cosas brillantes de oro y de plata, Selene y yo nos quedamos atrás. Yo me alejé unos metros y me dirigí a una tiendecita un poco apartada del resto. Mientras que yo rebuscaba entre cadenas de plata y anillos con sellos, mi amiga revisaba los pendientes de la otra tienda uno a uno, se los colocaba a la altura de la oreja y se miraba en el espejo, los dejaba y probaba con otros. Conociéndola, podría pasarse horas así. Cuando me

descubrió mirándola, me sonrió y se acercó al puestecito donde estaba yo. Un anillo dorado bastante tosco captó su atención. Era grueso, con un baño en oro y un sello sutil de una rosa. El típico anillo que yo me pondría. ¿Estaría pensando en comprarlo para Bruno?

—Tíos, os estamos esperando. —Como si lo hubiera llamado con el pensamiento, mi amigo acababa de aparecer por nuestra espalda y señalaba al resto del grupo, que estaba unas tiendas más allá haciendo cola para pedir una cerveza en un *foodtruck*. Se acercó al puesto y observó el anillo que Selene tenía en las manos—. ¿Te lo vas a comprar? Es bastante feo. —Ella lo dejó donde lo había encontrado sin decir nada y él reculó unos metros para ver si nuestros amigos habían avanzado algo en la cola. Yo lo seguí, pero Selene seguía sin moverse, perdida en sus pensamientos. Aquello pareció poner a prueba la paciencia de Bruno, que insistió—: ¿Vamos?

—Perdón, ya voy.

Selene miró el anillo una última vez, y corrió los metros que la separaban de nosotros, que ya caminábamos hacia el resto. Cuando llegamos, supimos que estaban hablando del plan para esa noche.

—Mañana puedo poner casa, pero hoy aún están mis padres —decía Carlota.

—Bruno, ¿en tu casa podemos? —preguntó Javi aprovechando nuestra llegada.

—Qué va, tío, hoy vienen los colegas de la uni. Me uniré a vosotros más tarde.

—¿No sales con nosotros? —Selene estaba igual de sorprendida que el resto. Y no era una cuestión de no poder hacer nada sin el

resto del grupo; era más un tema de sentir que no habíamos sido invitados a algo tan abierto como un copeo de verano.

—Nos vemos en la disco, tampoco hace falta que lloréis —dijo el aludido, viendo nuestras caras.

—Yo creo que mis padres tienen una cena. —Selene ignoró ese último comentario de su novio—. Quizá podemos hacer el copeo pronto y, cuando lleguen, nos vamos.

—¡Por mí bien! —solté más animado de lo que pretendía, y vi como el resto me miraba sorprendido. Los ignoré.

SELENE

Leo ¿emocionado? Desde que había llegado ese verano, mi amigo no se había mostrado tan optimista como en aquellos momentos. Y, conociéndolo, tenía claro el motivo de ese entusiasmo repentino: seguramente había visto cómo me había afectado el comentario de mi novio y quería hacerme sentir mejor. Lo miré con agradecimiento y no hizo falta que dijéramos nada más.

Media hora y dos cervezas más tarde, Bruno quería volver a Calella. Ya había tenido suficiente del mercadillo y había quedado pronto con sus amigos. Las chicas querían quedarse un rato más, así que Leo decidió alargar y Guille y Javi volvieron con el primer coche. Carlota y Tatiana fueron a por la tercera cerveza, y Leo y yo nos quedamos solos por primera vez ese verano. Corté el silencio con un susurro:

—Gracias por lo de antes.

—No he tenido que actuar.

Lo comprendí al momento. Y por fin pude reconocer a ese mejor amigo que tanto había echado de menos. Mucho más de lo que había sido consciente. Como si nos leyéramos la mente y él también quisiera recuperar el tiempo perdido, Leo hizo una propuesta:

—Tengo una idea. Un juego. Llámalo como quieras. Tú te vas por ahí, yo por el otro lado. Nos perdemos por el mercadillo un rato. Tú buscas algo para mí y yo algo para ti. Y dentro de exactamente quince minutos nos volvemos a encontrar aquí, en estos pilones, y nos intercambiamos los regalos.

Era una idea fantástica. Un juego maravilloso. Llamadlo como queráis. Pero yo estaba encantada y no pude contenerme cuando abracé a Leo y se me escapó una lagrimita. Me separé de él, lo miré a los ojos, me sequé la lagrimita, di media vuelta y empecé a caminar. Tenía muy claro dónde iba a ir.

—¡Empieza la cuenta atrás! —dije mientras me alejaba rápidamente. Él no tardó en reaccionar.

—Pero ¡¿adónde vais?! —gritó Tatiana que acababa de volver con Carlota. Ambas llevaban una cerveza en cada mano.

—¡Volvemos en quince minutos! —grité de vuelta, divertida.

—Pues amiga, dale al *drinking* —dijo Tatiana dirigiéndose a Carlota—, que parece que nos va a tocar bebernos esto solas.

—¡Por las amistades que nunca mueren!

Brindaron por ello y brindaron por diez cosas más. Y, mientras tanto, Leo y yo nos perdimos entre la gente que recorría sin prisa el mercadillo.

Quince minutos más tarde, nos reencontramos en el sitio donde habíamos hecho el pacto. Había llegado el momento de intercambiar regalos y no sabía si me hacía más ilusión recibir el mío o darle el

suyo. Era una extraña sensación que no recordaba haber sentido desde hacía años, y en la expresión de Leo vi la misma emoción. Le brillaban los ojos como a un niño pequeño en Navidad, y ahí supe que eso era amor: querer dar tanto que se te iluminara la mirada al pensar en la felicidad del otro.

Él fue el primero en abrir su regalo, y mi corazón se llenó de alegría al ver su cara de sorpresa. Se colocó el anillo con un sello de una rosa en el dedo anular y lo observó unos instantes con la mirada vidriosa. No se esperaba para nada un detalle tan bien pensado, tan precisamente escogido, y yo me sentí orgullosa de haber acertado con mi idea. Entonces llegó mi turno, y las manos me temblaron al coger ese paquetito que mi mejor amigo había elegido para mí. Deshice el nudo que encerraba el saquito y un destello reveló el contenido de su interior: Leo me había comprado esos aros de plata que tanto me habían gustado. No pude contener una lágrima al descubrirlos.

—Joder, ¿no te gustan? —Leo no entendía por qué lloraba.

—Me encantan.

Y eso bastó para que mi mejor amigo entendiera que lloraba de emoción y no de pena. Nos empezábamos a conocer tanto que podíamos hablar con la mirada; en realidad, nos comenzábamos a querer tanto que podíamos entender lo que decían nuestros corazones.

Pensé en que era la primera vez que alguien tenía un gesto tan bonito conmigo. No era el regalo en sí, sino el hecho de que se hubiera fijado en que aquellos aros eran los que me habían cautivado. Me había observado, había visto que me los probaba y

que me habían fascinado; y había vuelto a por ellos. ¿Desde cuándo era Leo así de detallista?

Mi amigo secó una lágrima indecisa que se había acomodado entre mis pestañas y me abrazó. No hizo falta decir nada más para agradecer el momento que acabábamos de vivir. Quererse bien era más fácil de lo que siempre había pensado.

Habían pasado quince minutos desde habíamos dejado a nuestras amigas brindando por la vida, así que era hora de unirse a ellas. Compramos dos cervezas y nos enganchamos a su fiesta; Leo con un anillo de un sello de rosa en el dedo anular y yo con unos nuevos y preciosos aros de plata.

LEO

Como de costumbre, las chicas ya estaban en casa de Selene cuando llegamos el resto. Bueno, menos Bruno, que hacía horas que estaba desaparecido en combate. Selene no dejaba de mirar la pantalla del móvil y, con cada nuevo mensaje que recibía, nos fijábamos en que lo cogía rápidamente para ver quién era el remitente. Pero nunca era su novio, así que volvía a dejar el móvil sobre la mesa e intentaba seguir la conversación que teníamos nosotros sin mucho éxito.

Los padres de Selene llegaron pasadas las doce de la noche y nos encontraron bebiendo y hablando a gritos, divertidos y sin demasiadas preocupaciones.

—Veo que os lo estáis pasando bien —dijo su madre, visiblemente contenta de tener a aquellos jóvenes en el

apartamento.

—¡Yo también quiero! —Se animó su padre—. ¿Puedo salir con vosotros?

Todos rieron ante tal ocurrencia.

—Si os animáis los dos —dije, mirando primero a él y luego a ella —, llamo a mis padres para que se vengan y montamos un fiestón.

—¡Va, sí! —A Selene le brillaron los ojos. Le brillaron de verdad.

Nos estábamos emocionando demasiado con la idea, así que la madre de Selene tuvo que frenarnos:

—Chicos, gracias por la invitación, pero creo que hoy nos quedaremos descansando.

Sonó un «Oooh» de decepción generalizada, y luego recogimos entre todos. Ya era hora de irse, mis amigos ya se habían marchado y yo estaba recogiendo la basura que teníamos que bajar mientras Selene iba a dar un beso a sus padres antes de salir por la puerta.

—Disfruta mucho, cariño —le dijo su madre.

—Ey, ¿dónde está Bruno? —De repente, su padre se había dado cuenta de que no estaba entre nosotros.

—Tenía otro compromiso —Selene sonó más tensa de lo que quería. Hacía un rato que parecía haber desconectado un poco de su novio y la pregunta de su padre le acababa de recordar que aún no tenía noticias de él.

—¿Va todo bien, hija?

Frené justo antes de desaparecer por la puerta y me dirigí a Selene, haciendo ver que no había escuchado nada y sintiendo el alivio de mi amiga al instante:

—Selene, ¿vamos? ¡Te están esperando todos!

—¡Ya voy, ya voy!

—Leo —la madre de Selene se acercó a mí y me miró con una expresión entre preocupada y confiada—, cuídamela.

No dudé en responder desde el fondo de mi corazón:

—Siempre.

Ella sonrió con ternura y dejamos el apartamento. Antes de que la puerta se cerrara del todo, escuchamos a su madre:

—Qué bien me cae este chico.

El orgullo me invadió el pecho y vi cómo en la cara de Selene se dibujaba una tímida sonrisa.

SELENE

Ya en la discoteca, todos bailábamos y cantábamos las canciones de siempre y aquellas que se habían hecho famosas durante el invierno. Intentaba relajarme, pero no podía dejar de buscar con la mirada a mi novio. ¿No había dicho que llegaría pronto?

Pasó todavía una hora más hasta que lo vi entrar por la puerta acompañado de Sebas, Juan y las dos novias de sus amigos. ¿Es que habían ido todos al copeo? Aquello ya era demasiado. Ni siquiera yo sabía cómo encontrar una excusa para eso. Bruno nos vio a lo lejos y se dirigió a nosotros tratando de esquivar a la gente que bailaba a su alrededor.

—Qué guapa estás —me susurró al oído. Y así de fácil hizo que se me olvidara el enfado. Pasó los dedos por mi pelo y me colocó un mechón detrás de la oreja. Entonces se fijó en mis pendientes—. Qué bonitos, ¿son nuevos?

Sabía que, si le contaba que eran un regalo de Leo, los celos invadirían a mi novio, así que opté por decir la verdad a medias:

—Sí, son del mercadillo.

Aunque hay quien dice que las verdades a medias son mentiras disfrazadas.

—Te quedan…Wow —dijo, e hizo un resoplido.

Miré de reojo a Leo, que observaba la escena con sonrisa burlona y ojos de decepción; sabía que era una decepción hacia mí y, siendo honesta, yo aún lo estaba más de mí misma. Sebas se acercó a Bruno para decirle algo y, haciendo una señal que no entendí, se metieron en el meollo en dirección a la terraza de la disco. Yo los seguí, dando por hecho que me había indicado que hiciera eso, pero, al toparme con ellos en la barra, Bruno arrugó la frente.

—¿Todo bien?

—Sí, ¿no? ¿Qué pasa?

—¿Por qué me has seguido?

Identifiqué al instante ese tono de voz en mi novio. Era el mismo que ponía cuando el alcohol le había subido y todo empezaba a parecerle mal.

—Amor —dije suavemente—, es que he entendido que me decías eso.

—Joder, ¿no te fías de mí? ¿Qué te crees que voy a hacer? ¿A liarme con otra?

—Amor —repetí tan serenamente como pude—, de verdad que pensaba que querías que os siguiera. Me vuelvo a la pista.

Di media vuelta, entré en la zona de baile y desaparecí entre la multitud. Nadie se dio cuenta de que un par de lágrimas resbalaban por mis mejillas. Cuando encontré a mis amigos, ya estaban secas y

recogidas. Esa noche había conseguido esquivar la pelea. Al menos, la primera.

Un par de días más tarde, Bruno había dicho que Rodri, su primo, podía llevarnos en barca a pasar la tarde. Estábamos emocionadísimos, pero todo se vino abajo cuando algunos amigos de Rodri se unieron al plan y este le dijo a Bruno que solo cabían tres personas más en el barco. Rodri dijo que no había más chicas en el plan y eso fue lo que acabó de decidir por nosotros: Tatiana, Carlota y yo nos quedaríamos en la playa y nos tomaríamos la tarde para nosotras.

El plan era relajarnos, mimarnos y cotillear. Pero ya lo primero era complicado para mí; sentía que en mis adentros habitaba la ansiedad, ocupando cada vez más espacio. Sabía que aquella tarde tampoco tendría más noticias de mi novio que lo que pudiera ver en redes sociales. Abrí Instagram y vi que Rodri ya había colgado una story; no pude controlar el movimiento rápido de mi dedo al abrirlo. En la pantalla del móvil aparecían los chicos, bebiendo una cerveza en la barca y hablando con… chicas. ¿Eran amigas de Rodri? Al mirar con atención, reconocí a una de ellas: era un exrollete de Bruno. El corazón me retumbaba cada vez más fuerte en los oídos, empezó a faltarme el aire y sentí como un cosquilleo adormecía mi nariz. ¿Qué me estaba pasando? Poco sabía que acababa de dar la bienvenida a mi vida a los ataques de ansiedad.

Un cuarto de hora más tarde, nos encontrábamos en el patio trasero de Tatiana. Yo ya estaba más calmada, aunque me sentía agotada y no podía dejar de llorar. ¿Por qué me había mentido? El recuerdo de aquella imagen con las chicas me volvió a azotar. Dejé

caer un par de lágrimas más e intenté recuperar la calma, y entonces Carlota aprovechó para preguntar:

—¿Quieres hablar de lo que te acaba de pasar?

—Mi novio me ha mentido a la cara. Eso ha pasado.

—Sí, pero esta reacción no es normal, Selene. —Ahora intervino Tatiana—. No sé, no te veo bien.

—Hace tiempo que no eres… tú —soltó al fin Carlota, lo más serena que pudo—. Desde que estás con Bruno, es como si te hubieras ido apagando.

—Como si hubieras perdido tu esencia. —Tatiana hizo una pausa —. Ya no eres Selene y él no es Bruno. Ahora sois la misma persona, y esa persona es alguien sin carácter ni decisiones propias. Una relación sana no debería ser así.

Yo, que solía enfadarme cuando escuchaba verdades que no quería oír, estallé de rabia:

—¿Y tú qué vas a saber de relaciones sanas? Si la relación más larga que has tenido en tu vida fue con un tío que te engañaba constantemente. —*Vaya, había caído muy bajo.* Y entonces me dirigí a Carlota—: ¿Y tú? ¿Qué me vas a decir tú de no ser yo misma? ¡Pero si tus padres no saben que eres lesbiana! —*Vale, ahora había tocado fondo.* Y fui consciente de ello, porque al segundo abrí los ojos como platos y me tapé la boca, como si ese gesto fuera a retirar todo lo que acababa de decir.

Sin saber qué hacer, me puse en pie y salí de la casa de mi amiga para dirigirme a la mía. Crucé la calle, abrí la puerta del edificio y, tal cual llegué a mi apartamento, me encerré en la habitación a llorar un poco más. Saqué el móvil y mandé un mensaje sin pensar:

Selene
Conque no había chicas, eh?

La respuesta no tardó en llegar, aunque a mí la espera se me hizo eterna.

Bruno
Ahora me controlas?

Estoy harto

Me estás agobiando

Aquellas palabras fueron como cuchillos directos a mi corazón. No había nada que me diera más miedo que ser abandonada. Y, por las palabras de mi novio, aquello podía pasar en cualquier momento. Lo llamé para hablar con él, arreglarlo y quedarme tranquila. Pero en esta ocasión él no lo cogió. Desesperada, volví a escribir un mensaje, esta vez a Leo:

Selene
Puedes hablar?

Pero tampoco obtuve respuesta. Aquella fue la tarde más larga y dolorosa que había vivido nunca.

Me desperté con la misma ropa que llevaba la tarde anterior. Me había quedado dormida por una mezcla de llanto y agotamiento que me había dejado sin energía, y ahora pagaba las consecuencias de ello: el maquillaje se me había escurrido por la cara y las tripas me rugían con fuerza. Me di una ducha rápida de agua fría para

despejarme y salí de la habitación arrastrando los pies. Mientras me preparaba el desayuno, alguien llamó al interfono. Mi madre corrió a responder y, acto seguido, sacó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Hija, es para ti —sonrió con travesura y desapareció.

Me dirigí a la puerta extrañada, pues no esperaba a nadie. Cuando abrí, tuve la sensación de que me invadía una tranquilidad tan absoluta que podía dejarme ir. Y lo hice, y lo hice tanto que perdí la fuerza de mis piernas en el momento en el que Leo me abrazó. Pasamos segundos así, inmóviles, sin decir nada y aferrada a aquella paz que brindaba la verdadera amistad. Cuando nos separamos, mis ojos delataron todo lo que había vivido la noche anterior.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, aunque ya conocía cuál iba a ser la respuesta.

—Ayer no tenía el móvil a mano y, cuando vi tu mensaje, te llamé, pero no contestaste. No has contestado ninguna de las probablemente veinte veces que te he llamado desde ayer.

—Perdón, me quedé dormida y ya no he vuelto a encender el móvil.

—Deberías. Las chicas están preocupadas por ti. —Aquello me sorprendió. Después de lo mal que les había hablado, ¿estaban preocupadas por mí? No me lo merecía, ni de coña—. Yo también lo estaba. ¿Quieres hablar ahora?

Lo dejé pasar y nos fuimos al balcón a hablar. Por primera vez en lo que llevaba de verano, fui capaz de ser honesta y de decir en voz alta que algo no iba bien en mi relación con Bruno. Le conté a mi mejor amigo mis inseguridades, todos aquellos pensamientos que me perturbaban y mis miedos más ocultos. Creía estar enamorada y,

sin embargo, sentía que me faltaba algo. ¿Era eso el amor? ¿Sentir tan intensamente que hasta perdías el juicio?

Leo escuchó todas y cada una de las palabras que yo compartía desordenadamente, asentía de vez en cuando y respondía cuando le hacía alguna pregunta. No se trataba de tener todas las respuestas, sino de comprender que el amor no entendía de razón y que, a veces, solo hacía falta una mano que te guiara por la oscuridad. Leo era aquella mano. Y Carlota y Tatiana. Y yo, a cambio, las había tratado como a una mierda. Tenía que ir a pedirles disculpas. Fui a buscar el móvil y las llaves y, al desbloquear la pantalla, me encontré con varias llamadas perdidas, algún mensaje del grupo y unos cuantos mensajes de Bruno. Los primeros eran de la tarde anterior:

Bruno
Te estás poniendo un poco pesada

Déjame disfrutar

Luego me había vuelto a escribir, ya por la noche:

Bruno
Lo siento bb

No quiero que nos enfademos

Te quiero

Había otro más que había mandado en la madrugada:

Bruno
Vas a pasar de mí?

Y el último lo había enviado hacía diez minutos.

Bruno
Buenos días, amor

Vienes a casa y hablamos?

La conversación con las chicas tendría que esperar.

LEO

Aquella noche, nos reunimos en la rotonda que conectaba los pueblos de Calella y Llafranc para dirigirnos al pueblo vecino. Habíamos quedado para ir al Rambo, una fiesta que se montaba cada año en Llafranc donde el dueño del hotel más típico del pueblo se disfrazaba del personaje de la peli y montaba un espectáculo para todo el mundo. En aquella fiesta nunca faltaban la espuma y el alcohol, y entonces no iba a ser distinto. Bruno y Selene parecían haber arreglado las cosas una vez más, y entre las chicas todo había vuelto a la normalidad. Selene me había contado que aquella misma tarde las había reunido en su lugar mágico de Calella, les había traído un dibujo a cada una hecho por ella con un texto intensito y les había pedido perdón de todas las formas en las que se le ocurría que era posible hacerlo. Les contó todo lo ocurrido durante las veinticuatro horas pasadas y, aunque el resultado había sido que seguía igual con Bruno, al menos ahora tenía la venda de los ojos un poco caída… Y eso era algo.

Estábamos sentados en círculo en la arena cuando el grupo con el que habíamos coincidido días atrás apareció por las escaleras que

bajaban a la playa. Al momento me reconocieron y se acercaron a mí para saludarme con efusividad. Hablamos un par de minutos y quedamos en vernos más tarde. Faltaban veinte minutos para que empezara el *show* y todos queríamos tener el mejor lugar para verlo de cerca.

Ya de madrugada, cuando las familias que habían ido para ver todo el teatro montado habían vuelto a casa y los turistas curiosos estaban durmiendo, la playa de Llafranc se había convertido en la pista de una gran fiesta. Los jóvenes de todos los pueblos cercanos nos habíamos reunido esa noche para bailar al ritmo de Rambo y, a medida que avanzaban lo minutos, la gente enloquecía más. Yo hacía rato que había perdido a mi grupo y estaba plantado en medio de la playa, buscando sin enfocar mucho, cuando una voz dulce de chica me sacó de mis pensamientos:

—¿Por qué estás triste?

—¿Me lo dices a mí? —Miré alrededor para asegurarme de que no me estaba confundiendo.

—¿Ves alguna otra persona con cara triste en esta fiesta?

La verdad es que todo el mundo parecía estar pasándolo en grande.

—Yo no estoy triste.

—Lo que tú digas.

Y, sin más, se dio media vuelta y desfiló hacia la muchedumbre.

—Eh, ¡espera! —La seguí—. ¿Me dices eso y te vas? ¿Qué clase de tía rara eres?

—No voy a perder el tiempo con alguien que niega cómo se siente cuando es evidente —hablaba casi tan rápido como caminaba,

y yo intentaba seguirle el paso.

—¿Eres psicóloga o algo?

—Pues sí.

La tomé por los hombros, hice que parara y la giré hacia mí. Cuando nos miramos a los ojos, algo en mí chispeó. Clavó su mirada en la mía y me desnudó con ella; era imposible mirar hacia otro lado, me tenía hipnotizado.

—¿Vas a decirme lo que te pasa o nos vamos a quedar así toda la noche? —Hizo una pausa esperando a que respondiera, pero no lo hice—. No es que me importe, pero tu silencio empieza a ser un poco *creepy*…

—Perdona —carraspeé—. No sé lo que… Yo…

—¿Tienes mechero?

Sin esperar siquiera respuesta, se sentó. Me acomodé a su lado, le dejé mi mechero tratando de seguir la rapidez de aquella chica y, sin saber muy bien de dónde me salió, solté:

—Quizá un poco triste sí que estoy.

—Reconocerlo es el primer paso. —Sonrió, pero sin un deje de condescendencia; era todo ternura y empatía, y eso me animó a seguir hablando.

Estaba triste porque me sentía perdido, como si la vida me pasara por delante y todo el mundo tomara decisiones por mí. Había elegido una FP que a ratos me encantaba, pero lo peor era que me había costado mucho hacer amigos y había llegado un punto en el que tuve que actuar un poco para adaptarme a la gente que iba conociendo. No era yo mismo, pero al menos tenía un grupo con el que ir, y eso era mejor que ser el marginado. O eso pensaba. En general, no había sido un año fácil y tampoco había tenido a mucha

gente en quien apoyarme; en especial, no había tenido a mi mejor amiga. Echaba de menos nuestras conversaciones, nuestras risas e incluso nuestras dudas. Mientras estuviéramos juntos, daba igual no tener la respuesta de algunas cosas; si nos teníamos, podíamos con todo. Y ahora no nos teníamos, y yo sentía que cada vez podía menos con nada.

Me quedé un rato charlando cerca de la orilla con aquella chica que parecía escucharme con mucha atención. Asentía de vez en cuando y me animaba a seguir. Estábamos un poco apartados del resto y eso nos permitía hablar como dos personas normales, sin tener que gritar o leernos los labios para entender algo. Cuando ella me explicó un poco de su vida, descubrí que era una chica curiosa, muy inteligente y con las ideas muy claras. Ari, que así se llamaba, me contó que estaba estudiando psicología porque siempre había tenido la sensación de leer a las personas, y no pude negárselo. Ella había visto en mi mirada la tristeza antes de que yo le diera espacio, y seguramente había sido consciente de ella antes de que yo la pudiera sentir. Aún no tenía claro cómo iba a gestionar lo que me pasaba, pero sin duda había algo que tenía que resolver si quería dejar de arrastrarme por la vida con cara de pena.

Sin darme cuenta, llevábamos una hora sentados en aquel rinconcito que habíamos hecho nuestro hablando de la vida. En un momento dado, nos quedamos en silencio y ella me miró fijamente a los ojos.

—Ya no estás tan triste —susurró.

—Ya no me siento tan triste —respondí, también en un susurro, y me acerqué unos milímetros a ella—. Gracias.

Entonces me besó. Y yo no la aparté. De hecho, le devolví el beso.

Nos quedamos en ese lugar unos minutos más, entre besos cortos y tiernos y roces de mano que hablaban más que nuestras palabras. De repente. Un grito a nuestras espaldas nos sacó de nuestro mundo… Y vaya si lo hizo.

Estaba a punto de meterme en una pelea.

Nadie sabía que no era la primera vez que pegaba a alguien.

SELENE

Estábamos bailando y pasándolo bien (todo lo bien que una se lo puede pasar cuando tu novio, que está en la misma fiesta que tú, no aparece durante horas), cuando escuchamos unos gritos cerca de la orilla y descubrimos un grupo que discutía acaloradamente. Nos acercamos instintivamente y, a medida que las figuras se volvían más nítidas, me pareció ver una cara familiar entre ellos.

Al principio no quise creerlo, pero pronto no pude negar que aquella silueta era la de mi mejor amigo. Sin pensarlo dos veces, corrí hacia el meollo y llegué justo en el momento en el que le propinaban un puñetazo a Leo, que cayó al suelo y fue golpeado con fuerza de nuevo. Me abalancé sobre el chico que le pegaba junto con otra chica que no conocía, pero que parecía igual de preocupada. Cuando pedimos ayuda, la gente se metió de por medio para separar a dos chicos más que se habían unido a la pelea y que habían seguido pegando a Leo. De repente, alguien gritó: «¡Policía!», y todos se escurrieron. Todos, menos yo. Me fijé en la

chica que antes me había ayudado con el matón, me miró con ojos de pena (¿y culpabilidad?) y me dijo:

—Dile a Leo que lo siento, por favor. Soy Ari.

Y, sin más, se fue. No entendí nada, pero no era momento de encajar ninguna pieza, pues mi amigo no estaba bien. Me quedé sentada sobre mis rodillas, justo al lado de Leo, acariciándole la cara y hablándole para que no cerrara los ojos. Parecía confuso, como si no terminara de entender dónde estaba exactamente ni qué había ocurrido, y trataba de enfocar la vista. Su mirada perdida se encontró con la mía, que le suplicaba que hiciera el esfuerzo para mantenerse despierto. No me gustaba nada el aspecto que tenía y estaba empezando a preocuparme de que le pudiera pasar algo grave, que algún golpe hubiera sido demasiado fuerte.

—Selene… —empezó a hablar él—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Leo.

—No, no… —Se podía notar la dificultad que sentía al pronunciar cada palabra—. Te quiero… de verdad. De amor. De creo-que-estoy-enamorado.

¿Cómo? ¿Qué había dicho?

No sabía si había escuchado bien aquello último. Quise preguntárselo, pero nuestros amigos interrumpieron la escena justo en ese instante. Por lo visto, Bruno había vuelto a aparecer.

Muy oportuno.

—i¿Qué ha pasado?! —gritó Javi, más nervioso que nadie.

—Leo se ha metido en una pelea —expliqué, visiblemente confundida—. No sé ni cómo, ni por qué, ni casi con quién. Creo que estaban los de la playa, pero no he podido verlo bien.

—Joder, tío, eres un *liao* —soltó Guille mientras se arrodillaba para ayudar a levantar a Leo—. Vamos, agárrate a mi hombro.

Bruno se colocó al otro lado y, entre los dos, consiguieron ponerlo en pie y caminar hasta un lugar un poco más apartado. Poco a poco, Leo fue recuperando el aliento hasta que pudo andar solo. Decidimos que ya habíamos tenido bastante por aquella noche y que era hora de volver a casa. Yo no me separaba de Leo y Bruno se acercó a nosotros.

—Entonces ¿sabéis quiénes eran los que te han hecho esto? —preguntó.

—Creo que sí —dijo Leo, todavía algo aturdido—. Vi que llegaban hoy con el grupo del otro día. Pero no los vi en la playa la otra noche, eran nuevos. Y resulta que uno de ellos tiene novia. Y yo la estaba besando.

—Joooder, tío, ¡qué manía tienes con las que están ocupadas! —soltó Javi.

—¡No sabía que tenía novio! Habíamos conectado, tío.

Ouch.

¿Por qué ese pellizco nada agradable en el pecho? Y ¿por qué me preocupaba más que se hubiera besado con una chica que no el hecho de que se hubiera pegado con alguien?

—O sea, ¿que todo esto ha sido por una tía? —pregunté.

—Ahora no te pongas celosa —se rio Guille. Pero fue el único. Intentó arreglarlo como pudo—: Quiero decir, que mola que dos chicos se peleen por ti, ¿no? Dos hombres con un mismo destino, y tal.

Todos seguimos sin reírnos.

—Creo que ya sabe de qué va el tema. —Bruno se dirigía a Guille, pero en realidad me miraba a mí—. ¿Vamos?

Carlota y Guille empezaron a caminar y Bruno se unió a ellos. Yo iba detrás con el resto. Leo me miró con unos ojos que no pude descifrar. Tampoco tenía energía para hacerlo. Desde luego, ese no estaba siendo el mejor verano de nuestras vidas.

5

El verano en el que cometimos los mismos errores



SELENE

Llegué a Calella unos días antes de que mis padres lo hicieran. Me quedaría en casa de Tatiana mientras tanto, y esa semana seríamos solo chicas: Guille, Javi, Bruno y Leo se habían ido de Interrail durante dos semanas y todavía iban por la mitad del viaje. Nosotras podríamos habernos unido al plan, pero Carlota no podía renunciar a trabajar en la farmacia unos días si quería costearse dignamente el verano, Tatiana acababa de volver de Menorca con el que se estaba convirtiendo en su novio y yo, que al principio me había ilusionado con la idea, tuve claro que era mejor no ir cuando la reacción de Bruno fue cara de susto seguida de… ¿asco? No sabría definirla, pero desde luego no había sido de felicidad.

Tatiana y Carlota me fueron a buscar a la estación de autocares y yo me moría de ganas de verlas, abrazarlas y ponernos al día con

todo. Mi corazón se aceleró cuando vi el nuevo Seat León rojo chillón de Tati aparecer por la calle que daba al parking de la estación; ese sería el vehículo por excelencia del verano. En el coche conversamos sobre cosas superficiales: que si Tatiana había tenido chinches en los campamentos donde había hecho de monitora, que si Carlota se había puesto enferma del ritmo frenético que había llevado el último trimestre, que si yo no estaba convencida de la carrera y solo pensaba en perderme por el mundo…

—¿Y qué te frena de hacerlo? —preguntó Tatiana, y no supe qué responder.

—Ni siquiera sé si eso es lo que quiero realmente o si es una forma de escapar de todo lo que tengo en Barcelona.

Ese comentario hizo saltar las alarmas de mis amigas, pero no hacía falta hablar de ello ahora. Teníamos todo el verano por delante.

Aquella noche cenamos las tres solas en el patio trasero de Tatiana. Era un lugar muy especial donde solíamos refugiarnos cuando queríamos hablar de nuestras cosas. El patio tenía dos niveles separados por un renglón; en el primero, que es donde nos sentábamos nosotras para comer y cotillear, había una mesa de plástico con sillas dispares y alguna que otra toalla colgada en ellas; a mano derecha estaba la cocina, con una ventana abierta desde la que Tatiana nos hablaba cuando ella cocinaba y nosotras tomábamos el aperitivo en el exterior. En el segundo nivel, una ducha al aire libre se enfrentaba al minibaño de la casa, y un largo tendedero cruzaba el patio hasta llegar al muro que daba a la calle, a la que podías salir por una puerta que parecía hecha para elfos. Era un lugar realmente encantador.

Aunque durante el día hacía un bochorno inaguantable, por las noches refrescaba. Además, cuando abríamos la puerta delantera de la casa y dejábamos la salida del patio sin cerrar, conseguíamos una corriente que simulaba la brisa del mar. En esos momentos, el pan tostado había eliminado cualquier resquicio de olor a mar salada, y las velas que habíamos encendido para ahuyentar a los mosquitos remataban el ambiente. Ahora hacía rato que rescatábamos migajas del *pa amb tomàquet* que quedaban por el plato y, de vez en cuando, una de nosotras cortaba un trocito más de queso para acompañar el vino que habíamos comprado. Ya hacía un rato que los platos estaban vacíos y, las copas, llenas hasta arriba. Íbamos por la tercera.

—A mí esto me está subiendo, ¿eh? —dije mientras buscaba el porcentaje de alcohol en la etiqueta de la botella.

—Esa es la intención, ¿no? —sonrió Tatiana.

—¡Que estamos de vacaciones! —gritó Carlota, seguramente más eufórica de lo normal por los efectos de ir con el puntillo.

Brindamos por un nuevo verano juntas, por los que dejábamos atrás y por los que estaban por venir.

—¿Dónde creéis que vamos a estar dentro de un año? —se aventuró a preguntar Tatiana.

—A este ritmo, con dos novias —respondió Carlota, y todas nos reímos—. O quizá con cero, si alguna se entera de que está la otra.

—¿Todavía no te has decidido por ninguna de las dos? —pregunté, entre divertida y sorprendida.

—¡Es que las dos son increíbles! —se quejó mi amiga, que hacía cuatro meses que se veía con dos chicas y sabía que pronto tendría que elegir. Optó por redirigir la atención—: ¿Tú cómo te ves, Tati?

—Siendo más honesta de lo que me gustaría… con Sergio.

Tatiana arrastraba el miedo a volver a sufrir por amor desde hacía cinco años, cuando su ex le había puesto los cuernos y sintió como su mundo se desmoronaba. Por primera vez desde entonces, parecía que alguien le gustaba lo suficiente como para empezar a arriesgar su corazón… Incluso con miedo. Se habían conocido en la biblioteca de la universidad, estudiando para los exámenes finales. Aunque ambos suspendieron un par de asignaturas, así que lo de estudiar debió de quedar relegado y simplemente se dedicaron a ligar.

—Tía, ¡me alegro mucho por ti! —la animé—. ¡Ya tocaba bajar la guardia!

—¡No tan deprisa! —me paró la aludida—. Pasito a pasito y vamos viendo. Pero no puedo engañaros: creo que me estoy pillando. —Los ojos se le iluminaron al decir eso—. Y tú, Selene, ¿qué crees que va a ser de tu vida? ¿Estarás en la otra punta del mundo?

—No sé si en la otra punta del mundo, pero lo que sí estaré es soltera. —Carlota se atragantó con el vino. Tatiana se llenó la copa hasta arriba. Ambas permanecieron en silencio. Y supe que tenía que seguir hablando—: No estamos bien, tías. Nos enfadamos constantemente, pero eso no es lo peor. Lo peor es que hacemos las cosas sin ganas, casi con pesadez. Como si pasáramos tiempo juntos por obligación, ¿sabéis?

—Joder, eso es fuerte. —Tatiana no pudo contenerse.

—No sé cómo va a terminar este verano… Pero lo veo todo muy negro.

—Eso es porque se ha apagado la vela —soltó Carlota, señalando la vela sin luz.

Nos miramos durante unos segundos ante el comentario oportuno de nuestra amiga y, sin poder evitarlo, estallamos a carcajadas. No sabríamos cómo sería aquel verano, pero desde luego teníamos clara una cosa: fuera lo que fuese lo que nos deparaban aquellos días, lo pasaríamos juntas.

Aquella primera semana con las chicas había sido fantástica. Habíamos ido a la playa sin horario, nos habíamos comido un helado (o más) al día y habíamos preparado cenas románticas para nosotras tres que nos habían unido más que nunca.

Los chicos acababan de llegar, justo aquella tarde, y yo había quedado con Bruno en su casa para darle la bienvenida. Lo raro era que no me sentía ilusionada, ni siquiera nerviosa. Lo estaba viviendo como un trámite que tenía que hacer por ser su novia. ¿En qué momento había perdido tanto el interés? A lo mejor no se trataba de encontrar una situación en concreto, sino un cúmulo de pequeñas cosas que habían ido desgastando la relación: los planes improvisados y la espontaneidad se habían vuelto casi inexistentes, las caricias ya no hablaban de nada y los besos eran distraídos, los mensajes de buenas noches caían en el olvido y, en general, discutíamos más de lo que queríamos admitir. Y yo, que me invadía la ansiedad al pensar que podía perderlo a él, terminé por perderme a mí. Trataba constantemente de arreglar algo lleno de grietas: organizaba planes para no caer en la rutina, lo besaba para recordarnos que seguíamos juntos y me enfadaba cuando no me mandaba un wasap antes de irse a dormir. ¿Quizá yo tenía parte de culpa forzando algo que no fluía? O quizá no había culpables en una relación que, simplemente, no tiene que ser. Fuera como fuese, me

había apagado intentando iluminarnos, y eso sí que tenía que darme pánico. Aunque todavía no lo había descubierto.

Me habían vendido el amor como algo fácil, algo que tenías que sentir con intensidad y dejar fluir, pero me estaba dando cuenta de que, a veces, hacía falta mucho más que quererse para que una relación tirara adelante. Había que esforzarse, había que sacrificar pequeñas cosas y trabajar otras más grandes, había que tomar la decisión cada día de seguir queriendo a esa persona a tu lado. Y, si algo era lo bastante gordo como para que hacer el esfuerzo no te compensara, había llegado el momento de replantearte las cosas. ¿Fácil? No, el amor no era fácil. El amor era complejo. Pero también era muchas otras cosas por las que merecía la pena vivir la complejidad. El problema era que yo ya no tenía claro que mi relación con Bruno fuera una de esas cosas.

LEO

Acabábamos de llegar del Interrail y, a pesar de que nos lo habíamos pasado increíble, ya tenía ganas de estar en Calella. Hacía bastante que no veía a Selene y me apetecía ponerme al día con mi mejor amiga. Además, ese año sería distinto: Ari, la chica a la que había besado el verano pasado y por la que me había metido en una buena pelea, estaría entre nosotros, y era la primera vez que alguien nuevo entraba en el grupo.

Después de la liada en la que me había metido, Ari me había encontrado por redes sociales y me había escrito para pedirme perdón. Me contó que lo había dejado con su novio y, al cabo de

poco, habíamos quedado ella y yo. Nos habíamos ido viendo durante el año y yo estaba guay.

Sí, «guay» era la palabra.

A ver qué tal iba el verano con ella por ahí.

Para empezar por todo lo alto, habíamos organizado un vivac en la Platja del Castell aquella misma noche. Llegamos con tres coches distintos (ahora, las chicas iban en el de Tatiana, los chicos en el de Bruno y Ari a solas conmigo) y a las ocho de la tarde ya lo teníamos todo listo para arrancar con el pícnic y los juegos. Habíamos traído patatas fritas, olivas, empanadas de atún, tortillas precocinadas, quesos y embutidos, pan por un tubo, fruta y pipas. Y cervezas, claro, muchas cervezas.

Primero jugamos al *Uno*, entre risas, piques y brindis; cuando la oscuridad no nos permitió continuar con las cartas, seguimos con el juego del *Lobo*; y, finalmente, llegó el momento del «¿Quién de los dos…?». Consistía en poner de espaldas a dos jugadores e ir haciéndoles preguntas donde la respuesta debía ser una de aquellas dos personas y, si uno creía que él era la respuesta, bebía. Si los dos bebían a la vez, perdían.

—Tati y Javi, ¡empezáis! —grité animado, pues me encantaba ese juego. Cuando ya estaban colocados, fui el primero en preguntar—: ¿Quién de los dos saca mejores notas?

—¡No me jodas, el tío es superdotado! —se quejó Tatiana.

—¡No puedes hablar! —le recordé—. Javi, bebe, anda.

—Pero esas preguntas son muy básicas, ¿no? —intervino Ari, y todos la miramos sorprendidos. Ella sonrió ante aquella atención y siguió el juego, ahora mucho más atrevido—: ¿Quién de los dos se liaría antes con el otro?

Todos gritamos con sorpresa y nos pusimos a reír al instante. Le conté a Ari que ya habían estado liados, así que la pregunta no era válida, pero que había sido un buen intento.

—Me gusta cómo piensa esta chica —dije, guiñándole el ojo—. Vamos a darle vidilla a esto.

Y así empezó un juego que nos fue aniquilando uno a uno con preguntas que hacían que nos lleváramos las manos a la cabeza. Ahora nos tocaba a Selene y a mí jugar juntos y, aunque me puse un poco nervioso al principio, lo bordamos. Nuestra química se podía palpar en el aire. A pesar de que algunas preguntas eran peliagudas, nos conocíamos lo suficiente como para entender las respuestas del otro sin necesidad de darnos explicaciones. Con esa complicidad, éramos imparables. Me fijé en que Ari nos miraba de una forma extraña y supe ver que su mente de psicóloga intentaba descifrar algo en toda aquella situación. Su siguiente pregunta fue directa al grano:

—¿Quién de los dos es mejor amigo?

Me quedé paralizado. Y supe, como si pudiera leerle la mente a mi amiga, que ella estaba igual. Poco a poco, empecé a subir el vaso que sostenía con las dos manos hacia mis labios. Iba a beber. A pesar de que Selene me había dado los mejores consejos y me había repetido constantemente que podía contar con ella para todo, la realidad era que no siempre había sido así. Y yo, al contrario, no había fallado nunca. Cada vez que me había necesitado, incluso en los momentos en los que nos habíamos distanciado un poco, yo había estado ahí. Así que sí, me tocaba beber. Y ella lo sabía.

—Bien —siguió Ari, interrumpiendo el silencio que se había hecho —. ¿Quién de los dos se podría enamorar antes del otro?

Ahora sí, la tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo. Todo el mundo se quedó parado ante la pregunta que Ari acababa de hacer, y parecía que los segundos no transcurrían. Una parte de mí quería parar el juego, pero eso habría sido peor. Así que tocaba seguir. Una vez más, tanto Selene como yo sabíamos quién de los dos debía beber, y casi pude escuchar el respingo de sorpresa de mis amigos cuando fui yo el que volvió a levantar la copa. Lo hice tan lentamente como pude, como si eso fuera a hacer que el gesto pasara desapercibido. Me fijé de reojo en Bruno y vi cómo empezaba a brillarle la mirada de rabia. Estaba a punto de levantarme cuando Ari volvió a atacar, como si aún no hubiera tenido bastante:

—Vale, a ver… ¿Quién de los dos ya se ha enamorado alguna vez del otro?

Corté el juego al instante. Pensé que eso evitaría dar una respuesta, pero, lejos de lo que pretendía, la di sin tener que beber. Mis amigos disimularon como pudieron, pues no querían generar aún más incomodidad, y Tatiana empezó a hablar en un intento de distraernos a todos.

SELENE

¿Qué acababa de pasar? Aquella ronda había sido muy intensa. No podía pensar con claridad y tampoco sabía cómo interpretar la reacción de Leo ante la última pregunta que había hecho Ari. ¿Había algo que interpretar?

—¡Bruno, siéntate, que te toca con tu novia! —Tatiana pensó que una nueva tanda de preguntas haría que nos olvidáramos de la

anterior.

Empezamos y la ronda se alargó más de lo que nadie había previsto. Los dos años de relación hacían evidente que nos conocíamos profundamente… Y también que algo no iba bien entre nosotros. La pregunta de Javi fue el jaque mate:

—¿Quién de los dos dejaría antes al otro?

Aquello me pilló por sorpresa. ¿En qué momento ese juego se había convertido en un maldito campo de minas sin piedad? Dudé unos segundos y luego, muy poco a poco, fui alzando el vaso para tomar un sorbo. Carlota no pudo reprimir un aliento de sorpresa y Bruno se giró hacia mí.

—¿Has bebido?

Mierda.

Lo miré a los ojos con una mezcla de miedo y arrepentimiento. Ya no había marcha atrás. Bruno se levantó y se dirigió con rabia hacia la orilla, lejos del grupo. Lo seguí.

—Bruno… —empecé.

—¡¿Qué?! —Y entonces ya no supe continuar—. Dime, Selene, ¡¿qué?! ¿Qué vienes a decirme? ¿Que me quieres dejar? Pues hazlo, ¡déjame!, y vete ya de una puta vez con tu mejor amigo, que se muere por tus huesos.

—Yo no… —Pero tampoco supe qué más decir.

—Tú no ¿qué? ¿No sabías que le gustabas? Venga ya, Selene, si lo sabemos todos. ¡Incluso a mí me lo contó! ¡A mí, que soy tu novio! —Aquella confesión me dejó de piedra. ¿Leo le había contado a Bruno que estaba pillado por mí? ¿Cuándo? Y ¿por qué? En medio de todas estas preguntas, mi novio siguió hablando—. Mira, creo que

tienes que aclarar muchas ideas. Y una de ellas es saber de quién estás enamorada realmente. Creo que lo mejor será que lo dejemos.

Una vez más, no supe reaccionar a eso. Era demasiada información en un espacio de tiempo muy pequeño. Si era cierto que mi mejor amigo sentía algo por mí, ¿cambiaba algo entre nosotros? ¿Tenía que decirle algo? Aunque ¿y si no era verdad? Al fin y al cabo, tampoco sabía cuándo había tenido esa conversación con Bruno. Pero ya estaba pensando otra vez. Y ahora no se trataba de pensar, sino de sentir. *¿Qué sientes, Selene?* Intenté escuchar a mi cuerpo. Me dolía el pecho, tanto que me obligaba a curvar la espalda; me costaba respirar y, a la vez, en mi estómago se había asentado un vacío liberador. Era como si mi corazón se hubiera roto a pedazos y, al mismo tiempo, se estuviera reconstruyendo a toda velocidad sabiendo que yo volvía a estar conmigo. Al dejarme llevar por esa vorágine de emociones, se me cerró la garganta. Alcé la vista para mirar a Bruno; aguantamos la mirada unos instantes, ambos con lágrimas contenidas, y nos abrazamos a la vez que las dejábamos ir. A la vez que nos dejábamos ir.

Terminamos sentados en la arena hablando de por qué habíamos acabado así y de cómo no había forma de arreglar lo nuestro (al menos, por el momento), y decidimos no decir nada al grupo hasta el día siguiente. No queríamos que el plan de aquella noche se convirtiera en un funeral por nuestra culpa, así que volvimos con todos como si hubiéramos tenido una conversación conciliadora. Y, a decir verdad, seguramente lo había sido mucho más que las últimas que habíamos compartido.

Los siguientes días fueron raros. Bruno hacía planes con los chicos y, cuando Guille y Javi iban conmigo, él hacía algo con Sebas y Juan, los de la uni. Leo estaba desaparecido en combate y el motivo siempre era aquella chica que lo tenía pillado. A veces, no podía evitar sentir cierto recelo cuando pensaba en Ari: ella había sido la incendiaria de todo, y parecía que le daba lo mismo. Incluso habiendo visto las reacciones de Leo a todas sus preguntas, ahora estaba con él y parecía que la cosa iba viento en popa.

Sabíamos que era un plan de verano diferente, pues el grupo estaba dividido por primera vez desde que nos habíamos conocido, pero de igual manera teníamos claro que era la forma más sana de poder gestionar lo sucedido. Además, sería una cosa temporal, hasta que Bruno y yo nos sintiéramos un poco mejor y pudiéramos tolerar sin mucho dolor de tripa la presencia del otro. Aunque no habíamos terminado en muy malos términos, tampoco había sido la ruptura más amistosa del mundo. Además, había una tercera persona implicada que, encima, era del mismo grupo de amigos… Pero eso no lo sabía nadie más aparte de nosotros.

A mitad de semana, Carlota bajó a Barcelona para ayudar en la farmacia de su familia hasta el domingo y Tatiana invitó a Sergio a pasar un par de días a su casa, aprovechando que sus padres y su hermana se habían ido unos días. Yo había escrito a Leo para quedar, pero parecía que siempre estaba ocupado. Guille y Javi quedaban conmigo cada día, pero solo a ratos; las tardes las pasaban siempre jugando a tenis o en la barca del primo de Bruno. Y, pasando así mis días, lejos de sentirme triste y angustiada, tomé esos momentos de soledad para estar conmigo y tratar de convertirme en mi mejor compañía. Le había pillado el gusto a

escribir cada día, y es que era algo que siempre me había ido genial para desahogarme cuando los secretos de mi corazón hablaban demasiado alto. Intentaba poner palabras a todo lo que iba sintiendo y escribir se convirtió en una actividad terapéutica para mí. También volví a sacar las acuarelas, que empezaban a acumular polvo, y comencé a pintar ilustración tras ilustración, inspirada por una ola de creatividad que parecía venir del mar, de la melancolía y de la combinación de ambos. En las caminatas por el bosque también encontré cierta paz: los árboles, los campos de girasoles y las tierras cultivadas me abrían los pulmones y recordaba lo que era respirar; llevaba años sin hacerlo así. Los días de reflexión intensificaron mis ganas de irme de viaje a algún lugar remoto, así que de vez en cuando me ponía a buscar destinos a los que podría viajar sola. Aunque la realidad era que nunca terminaba de dar el paso y la página de la reserva del vuelo siempre acababa caducando. De todos modos, encontré una alternativa que combinaba lo de viajar sola con hacerlo en grupo: la idea de hacer un voluntariado me había abierto un mundo de posibilidades y ya había aplicado a unos cuantos para tantear el terreno, pero aún no había tenido respuesta de ninguno. No importaba, yo me estaba moviendo y las cosas se irían colocando.

El domingo por la noche, Carlota volvió a Calella y Tatiana se despidió de su amorcito con las pilas sobrecargadas de azúcar. Era el momento de ponernos al día. Encendimos la vela, sacamos un nuevo vino de la nevera y nos dispusimos a contárnoslo todo. Yo les expliqué lo que había estado haciendo, aunque más o menos ya sabían cada minuto de mis últimos cuatro días porque habían

querido estar para mí incluso en la distancia. A Tatiana la había visto, pero siempre de manera fugaz o de formas tan empalagosas que era mejor no recordar, y Carlota nos había escrito para contarnos que había quedado con las dos chicas con la intención de hablar con ellas, pero no habíamos sabido nada más.

—Entonces ¿te has decidido ya? —preguntó Tatiana a la expectativa.

—Sí. Y las he dejado a las dos.

—¡¿Qué?! —respondimos Tati y yo al unísono.

—No creo que nadie se merezca ser el segundo plato, pero todavía menos ser el primero sin que tengas claro que eso era lo que te apetecía.

—Qué filosófica se nos ha puesto la amiga —soltó Tatiana—. Bien que eso no te ha impedido tener dos platos principales durante no sé cuántos meses.

—Lo sé, y lo he hecho fatal. ¡No sabía cómo gestionarlo!

Carlota se sentía realmente mal y Tatiana intentó arreglarlo:

—Perdona, tía, que a veces soy muy bruta. Está bien, has hecho lo correcto. Estoy muy orgullosa de ti.

Nuestra amiga la miró con un deje de remordimiento, pero rápidamente algo iluminó su sonrisa.

—Y más orgullosa que vas a estar. —Hizo una pausa dramática viendo la expectativa que había generado en nosotras—. Les he contado a mis padres que soy lesbiana.

—¡¡¡Carlota!!! —Tati y yo nos abalanzamos sobre nuestra amiga para abrazarla cono nunca y gritar eufóricas por su liberación.

Pasado el momento de explosión, Carlota nos contó cómo había sido la conversación y cómo había reaccionado su familia. Por lo

conservadores que eran, la respuesta no había sido lo peor, aunque había muchas cosas que mejorar. Pero ahora eso ya daba igual, porque Carlota por fin se había sacado ese peso de encima y podía ser, sin miedo. Ser de verdad. Ser, a secas.

Al cabo de un rato estábamos hablando de cómo Sergio había hecho recuperar la confianza en los hombres a Tatiana. Su atención y su cariño eran tan inherentes a él que no creía que pudiera hacerle daño nunca. Me alegré muchísimo por ella.

—Ahora tengo que ser una buena persona —concluyó Tatiana—. No veas lo que cuesta.

Nos reímos ante tal ocurrencia, pero la realidad era que, cuando encontrabas a alguien con quien te sentías seguro, no podías hacer otra cosa más que observarte a ti, porque lo que tenías delante no había que arreglarlo por ningún lugar. Y ese era el verdadero reto de estar con alguien: centrarte en ti y poder verte de verdad. Visto así, qué fácil era ir siempre a por el que no estaba disponible emocionalmente, ¿no? Tu única preocupación era ver qué estaba mal en él, y no qué había de roto en ti.

Aquellos días de reflexión también habían hecho que reconectara un poco con mis padres. Cuando me había encerrado en el cuarto a llorar, me habían cuidado como si fuera aquella niña pequeña que necesitaba ser acariciada, mimada y abrazada por ellos. Muchas veces había evitado llorar en frente de ellos, pues nunca habían llevado demasiado bien eso de verme mal. Querían que sonriera siempre, que cantara y bailara, que saltara de alegría; estar triste no era una opción, porque sabía que, a ellos, no poder hacer nada para ayudarme les partía el alma. No, mejor ahorrarles el disgusto y

aparentar que todo iba bien. Aunque eso significara pasar sola el dolor o, peor, huir de él. Con el tiempo aprendí que, al escapar, él me perseguía como una bola de nieve que se iba haciendo grande y cogiendo fuerza a cada paso. Cuando estallaba en mi cara, ya era demasiado tarde como para gestionarlo de forma sana; lo que venía siendo un ataque de ansiedad en toda regla, vamos.

A medida que me iba recuperando de mi ruptura, las conversaciones con mis padres empezaron a ser más abiertas y divertidas, y la dinámica de la familia volvía a la normalidad. Pero era una normalidad mejorada, porque, aunque todavía había tristeza en mis ojos, también se notaba ese brillo que parecía haber perdido hacía tiempo. Simplemente, había estado cubierto por el polvo del dolor.

Una de aquellas tardes, acompañé a mis padres a dar una vuelta por Peratallada. A papá le encantaba perderse entre aquellas calles encantadoras y mamá disfrutaba de caminar sin prisa y sin rumbo. Yo solía observarlos y pensar en todos los obstáculos por los que habrían tenido que pasar para llegar donde estaban ahora. ¿Cómo se hacía para estar con alguien tantos años y ser más fuertes que cualquier cosa o persona que quisiera separaros? Y así, entre pensamientos fugaces y reflexiones profundas, mi madre me cogió por los hombros y caminamos abrazadas unos metros.

—¿Qué tal le va a Leo con la novia? —preguntó.

—No es su novia —negué—. Ni siquiera él la llama así.

—Bueno, pues eso ya dice mucho.

—Supongo. Pero le va bien. Creo. Tampoco es que lo haya visto mucho, la verdad.

Mi madre asintió y emitió un suave ruido de aprobación. O de reproche. A veces, costaba distinguirlos.

—Siempre pensé que estaba coladito por ti.

Y, una vez más ese verano, me quedé sin palabras. ¿Mamá también lo pensaba? ¿Por qué nadie me había dicho nada antes? Aunque, bueno, ahora él estaba con Ari y parecían enamoradísimos, ¿no? Pero ¿y si era todo una farsa? En ese momento, una imagen fugaz del pasado agosto cruzó mi mente: la noche del Rambo, Leo se me había declarado. ¿Por qué había borrado ese recuerdo de mi mente? O más bien: ¿Por qué había querido hacerlo? ¿Pensaba que así evitaría cualquier problema con Bruno? Porque estaba claro que no había surtido efecto. Fuera como fuese, tenía que hablar con él.

—Mamá, ¿volvemos a Calella?

Mis padres me dejaron con el coche en el Prat Xirlo, donde vivían los chicos. Había bajado apresuradamente e iba con la directa puesta hacia la casa de Leo. La puerta de abajo estaba abierta, así que entré y empecé a subir las escaleras hacia el tercero casi corriendo. Antes de llamar al timbre, me paré un momento para tomar aire y arreglarme el pelo. A los pocos segundos, escuché unas risas que venían de dentro acercándose a la puerta y, al abrirse, Leo apareció con una expresión de felicidad que hacía mucho tiempo que no descubría en su cara. Ahí estaba mi Leo. Ahí estaba el Leo por el que quizá sentía más de lo que nunca había imaginado. Y si estar a su lado significaba tener aquella imagen de él cada día, todas las dudas se disipaban. Pero, al verme, todo en su lenguaje corporal cambió y la tensión pareció acomodarse en su cara.

—Hola.

—Selene. —Él seguía sin entender mucho la situación—. ¿Habíamos quedado?

—N-no, pero…

Una voz que venía de detrás de la espalda de Leo me interrumpió:

—Bebé, ¿quién es? —Ari apareció también bajo el umbral. No puedo negar que se me cayó el alma a los pies al escuchar cómo lo había llamado—. Ah, hola, Selene.

Intenté sonreír con todas mis fuerzas, pero podríamos decir que no lo conseguí.

—¿Quieres pasar? —Leo se dio cuenta al instante de lo absurdo que había sonado aquello—. O, si quieres, puedo salir…

Hizo ademán de hacerlo, pero lo paré al momento.

—No te preocupes, solo pasaba porque… —dudé. *Piensa, piensa, piensa.* Casi automáticamente, alargué el brazo y coloqué entre nosotros una bolsa de papel con una cajita de seis magdalenas de aquella tienda que tanto adoraba—. He ido a Peratallada y os he traído magdalenas. —En realidad, mis padres las habían comprado para comérnoslas en casa aquellos días, pero ya me preocuparía más tarde de buscar una excusa para eso. Prioridades.

—Vaya, gracias. —Leo cogió la bolsa, visiblemente extrañado. Para empezar, me conocía y era obvio que le estaba ocultando algo. Para acabar, yo lo conocía a él y sabía que no le gustaba el dulce. Ni siquiera las magdalenas de Peratallada. Nada de aquello tenía sentido, pero ambos éramos conscientes de que estaba pasando algo y, sin duda, no era el momento para hablar.

LEO

Habíamos quedado en la bolera de Platja d'Aro y, en otras circunstancias, el plan me habría encantado. Pero ese día me sentía nervioso. La tarde pasada, Selene se había presentado a mi casa con seis magdalenas y un discurso de lo más raro. Ella estaba rara. Y aún no entendía por qué; esperaba descubrirlo entonces.

Mi amiga era patética jugando, pero se lo pasaba fenomenal. Me encantaba ver cómo sacaba a pasear a la niña que llevaba dentro y jugaba, jugaba a la vida, sin censura. Era ella, pura esencia, y había algo en aquella energía que atraía la atención de muchos de los que pasaban por su lado. Era el primer día que estábamos todos; y con «todos» me refiero a que Bruno y Selene volvían a estar en un mismo grupo, pues habían pasado ya un par de semanas desde su ruptura y poco a poco querían que todo volviera a la normalidad. O a la nueva normalidad, qué sabía yo. Mi amigo, que había reparado en la mirada que le echaban los chicos que había dispersos en la bolera, no pudo evitar marcar territorio y se sentó al lado de Selene con la excusa de normalizar la situación. Escuché un «qué tal» tímido, de esos que esconden mil preguntas que la cabeza no sabe ordenar… y el corazón opta por acallar.

—¿Soy la única que ve la química entre ellos? —nos preguntó Ari a Tatiana y a mí sin quitar la vista de mi mejor amiga y su exnovio. El resto estaba debatiendo algo de física al otro lado del sofá.

—A ver, han sido pareja durante mucho tiempo, es obvio que hay mucha complicidad, pero de ahí a química… —comentó Tatiana.

—¿No es lo mismo?

Me levanté en un impulso repentino, casi ajeno a la conversación, y fui a la barra para pedir unas patatas chips. Selene, que ya había lanzado (y, por supuesto, no había tirado ni un bolo), me siguió.

—Una bolsa de patatas y una cerveza, por favor.

—Para mí un agua, gracias. —Selene se acababa de colocar a mi lado mientras esperaba que me sirvieran la caña.

Me esperaba algún atisbo de nerviosismo, después de lo del día anterior, pero no mostró nada. Quise provocarla, ver si reaccionaba.

—¿Me estás persiguiendo? —bromeé, y ella se acercó peligrosamente a mi cara. Hice ver que no se me tensaba el cuerpo entero y procuré disimular—: ¿Estás obsesionada conmigo o algo?

—Más te gustaría. —Selene no se movió ni un milímetro.

En ese momento, el señor que había detrás de la barra nos sirvió y los dos nos separamos de forma instintiva.

—Yo invito —dije.

—Solo con la condición de que a la próxima invite yo.

—Y ¿cuándo será la próxima?

—Cuando quieras. ¡Eres tú el que está todo el día ocupado!

Uy. ¿Aquello había sido un reproche? Sabía que Selene lo decía con buena intención, pero también sabía que lo que decía era verdad.

—Tienes razón —asumí—. Montemos una cena. Unas horas para los dos, para ponernos al día y recordar viejos tiempos. ¿Qué me dices?

—Pero un momento… —Selene pausó e intenté disimular mi cara de preocupación; no quería que hubiese ningún problema en cuanto a ese plan, que, de repente, me pareció el mejor que podría existir

—. La cena la pagamos a pachas, ¿eh? A lo que yo te invito es a una bebida.

Ah, era eso. Alivio instantáneo. Le di un golpecito en el hombro a mi amiga por aquella pequeña burla, quedamos en vernos al día siguiente y volvimos con el grupo. Aún sentada en el sofá, Ari nos observaba con una expresión inquisitiva. De hecho, no había dejado de mirarnos así desde que Selene me había seguido a la barra.

—¿Me explicas de qué hablabais a un centímetro del otro? —me preguntó cuando me senté a su lado—. ¿Tenía algo en el ojo?

—Estábamos bromeando, Ari.

—¿Me vas a decir de qué hablabais o no?

—Hemos dicho de cenar mañana.

—¿Solos?

Aquello me molestó.

—No, contigo y con Bruno. Es una cita doble. —*Hola, ironía.*

—Sé que lo dices de broma —empezó ella—, pero ¡es una idea increíble, Leo! Es el plan perfecto para que se reencuentren y, ¿quién sabe? Quizá sí estaban hechos para estar juntos…

—Ari…

Pero Ari, que no había entendido la ironía y no aceptaba un «no» por respuesta, ya no escuchaba. Se había levantado y ya estaba hablando con Selene en la pista. Esta se giró de golpe para mirarme con unos ojos asesinos y, al volverse a dirigir a mi medio novia, fingió su mejor sonrisa. Aún más cuando apareció Bruno por detrás y Ari lo puso al día de la cena. Por lo visto, estaba decidido: al día siguiente, iríamos de cita doble.

SELENE

—¿Qué se supone que te debes poner en una cita doble con tu ex?

Tenía toda la ropa desperdigada por la cama y mis amigas, Carlota y Tatiana, rebuscaban entre ese montón de colores y formas para encontrar algo que gritara: «Sé que estoy increíble, pero soy lo que te has perdido y no quiero volver contigo». ¿En qué momento había aceptado eso? Valoraba seriamente decir que me había puesto enferma, pero mis chicos me habrían calado al instante y no estaba dispuesta a parecer una cagona (Dios, qué mal sonaba eso de «mis chicos»). En el fondo, había algo dentro de mí que se emocionaba con la idea de volver a ver a Bruno. Pero ahora también estaba Leo por medio, y la emoción se dispersaba en cuanto recordaba que mi mejor amigo había sentido algo por mí. Y, bueno, siendo honestas, yo tampoco tenía claro qué sentía por él. Ni por Bruno. Vamos, que no sabía cómo me sentía en general.

—¿Este vestido? —propuso Carlota, sacándome de mis cavilaciones.

—Demasiado formal.

—¿Este *crop* top? —sugirió Tatiana.

—La idea no es salir de fiesta después.

—Nunca se sabe… —respondió ella con la boca medio cerrada.

—¿Qué tal esto? —Cogí un top asimétrico y unos pantalones fluidos que, conjuntados, se acercaban bastante al objetivo. Mis amigas asintieron convencidas.

—Pero ¿por qué estás tan nerviosa? Si los conoces a todos. —Carlota y su tendencia racional.

—¡Precisamente porque los conozco demasiado! Carlota, estamos hablando de una cita doble con mi exnovio. Es raro de cojones.

—Y no nos olvidemos de que el otro integrante estaba enamorado de ti y que su novia te quiere muerta. —Tatiana siempre sabía qué decir.

—Gracias, titi, cómo ayudas.

Después de vestirme y maquillarme, invité a una copa de vino a mis amigas. Más bien, necesitaba una para mí y, como beber sola tampoco era el plan, las había puesto de excusa.

—Distraedme, chicas —supliqué—. Contadme cosas de vosotras.

—Pues yo estoy muy feliz con Sergio —empezó Tatiana—. Ahora que él va a empezar con las opos vamos a tener menos tiempo para vernos, pero creo que lo vamos a llevar bien.

—Yo tengo ganas de dar besitos tontos—confesó mi amiga, y todas estallamos en una risotada porque siempre decía lo mismo.

—Normal, hija, ¿cuánto hace que no tienes una cita? —preguntó Tatiana.

—Si me pongo a contar, lloro.

El interfono no tardó en sonar y nos despedimos. Como un reloj, Bruno se había presentado a las nueve de la noche en mi casa. Y estaba guapísimo. *Mierda, la idea era que él se desviviera por mí, no al revés. Enfócate, Selene.*

Nos dirigimos al restaurante, donde Leo y Ari nos esperaban cogidos de la mano. Y, sin entender muy bien por qué, sentí una punzada de rabia.

La cena empezó con un monólogo de Ari, que parecía ser la única presente que se sentía cómoda con la situación. Pero Bruno había accedido a todo aquello, por lo que algún motivo tendría para estar

ahí. A medida que las copas de vino fueron fluyendo, la conversación se relajó, y en algún punto de la noche hasta nos olvidamos de que estábamos en una cita doble y pudimos vivir aquella cena como un reencuentro entre amigos. Seguía siendo raro, pero aquella rareza empezaba a formar parte de la nueva normalidad.

Ya estábamos por el postre cuando recibí un mensaje de WhatsApp:

Tatiana
Y bien???

Tan horrible como pensabas?

Selene
Sigo aquí, luego os cuento

Carlota
Todavía?

Eso es que mal no ha ido

Tatiana
O que no puede escapar

Necesitas refuerzos???

Se me escapó una risa al leer el mensaje de mi amiga. Los otros me miraron raro, pero los ignoré.

—Hay cosas que nunca cambian, ¿eh? —soltó mi ex. Mi ex, que ahora estaba de cita conmigo. *Well*.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sin entender muy bien a qué se refería.

—Nada, déjalo. —Miró el móvil que yo sujetaba en un instante fugaz, pero lo pillé al segundo.

—¿Te molesta que esté con el móvil?

—A ver, estamos con gente —repuso él—. No es de muy buena educación, que digamos.

¿Desde cuándo se preocupaba Bruno por mi educación?

—Sí, no mola nada, tía. —Ari había decidido que era un buen momento para comentar sobre mi educación.

Pero vamos a ver, ¿desde cuándo le importaba a la novia de mi mejor amigo lo educada que fuera la mejor amiga de su novio?

En un acto de absurda impulsividad (y también de rabia, no os lo voy a negar), tomé una enorme cucharada del *coulant* a medio comer que había en el centro de la mesa y me la puse en la boca con toda la poca elegancia que pude. Me manché el contorno de los labios a propósito y me aseguré de tener los dientes negros de chocolate antes de sonreír.

—¿Y qué tal esto? —Miré a Ari y a Bruno sin dejar de enseñar mis dientes de Gollum y con unos ojos que casi se me salían de las órbitas—. ¿Esto es de buena educación, cariño? —Ahora me dirigía a Bruno.

Se hizo un silencio incómodo que solo cortó la risa de Leo. Lo miré con descaro mientras intentaba masticar un bocado que, sin duda, había sido demasiado para mi mandíbula. En sus ojos vi una complicidad que relajó mi cuerpo al instante, y su sonrisa delataba que le había hecho gracia mi arrebato. Bueno, al menos, alguien me entendía. ¿Quiénes se habían creído que eran Ari y Bruno para opinar sobre cómo debía comportarme en una cena que, os recuerdo, habían organizado a traición? Lo que más me molestaba

de todo era que, en parte, tenían razón. Yo era de aquellas personas que siempre se quejaba de la gente que no sabía estar en un sitio sin dejar el móvil a un lado. Pero, en mi defensa, diré que esta vez era distinto: no era cuestión de educación, era cuestión de necesidad vital. Tenía que saber de mis amigas para sentirme segura en aquella cena que había sido más rara que un elefante rosa.

Aparté la mirada de mi mejor amigo y busqué la servilleta que había colocado en mi regazo para intentar limpiar los restos de chocolate que había por mi cara. Al ver que ese trozo de papel no bastaba para deshacerme de toda la porquería que se me había extendido por las mejillas, me excusé y me dirigí al servicio.

Mientras me limpiaba frente al espejo y me arrepentía de lo que acababa de hacer, la puerta del baño se abrió con delicadeza.

—¿Se… se puede? —Ari titubeó desde la entrada, sin atreverse a pasar del todo.

Verla así, tan tímida y vulnerable, sabiendo que ella no tenía pelos en la lengua, me hizo bajar la guardia. Suspiré.

—Claro, pasa.

La novia de mi mejor amigo cogió un par de servilletas, las mojó y me ayudó a acabar de limpiarme. No sabía cómo, pero había conseguido que el chocolate llegara a mi top.

—Gracias —dije con un hilo de voz.

—Perdóname —respondió ella—. A veces no pienso mucho antes de hablar y digo lo primero que se me pasa por la cabeza. Especialmente cuando me siento insegura.

¿Se sentía insegura? ¿Desde cuándo? Esa información me había pillado por sorpresa, pero no me atreví a indagar en ella. Ari lo había dejado ir como si nada, pero su forma de fijar su atención a la

última mancha que nos quedaba por limpiar me dejó claro que no quería hablar más del tema.

—No te preocupes. —Es todo lo que pude decir.

Sonreí levemente. Ella tiró las servilletas a la papelera y me abrazó. Luego me miró a los ojos con una mezcla de vergüenza y esperanza y dijo:

—¿Amigas?

Esperé antes de responder.

—Amigas.

Pero al decirlo sentí una punzada en el pecho. No me lo había creído. No podía ser amiga suya. Me sentía mal por motivos que aún no conseguía ordenar, y tampoco era el momento de hacerlo. Ella no lo notó, claro, y salimos del baño dispuestas a retomar la sobremesa con nuestros chicos como si lo que había pasado hubiese sido una anécdota divertida. Espera, ¿los considerábamos ya así? *¿Nuestros* chicos? Por la forma en la que me besó la mano Bruno al volver, diría que sí. Con ese beso habíamos sellado la paz, y ya no íbamos a hablar más del tema. Al final, había sido una tontería…, ¿no?

La vibración del móvil me volvió a sacar de mis pensamientos.

Tatiana
Tía, ya vamos

15 min

Respondí rápidamente para no volver a encender el fuego.

Selene
Todo ok

No vengáis

Osq

Guardé el móvil en el bolso con un visible gesto, como si aquello fuera a demostrar que había aprendido mi lección. Al día siguiente ya les contaría todo a mis amigas. Habíamos quedado con el grupo entero para ir a navegar con la barca de la familia de Bruno, así que habría tiempo de sobra para cotillear.

Pagamos la cuenta entre los cuatro y nos fuimos a casa. Me dejaron en mi calle y quise irme sola, así que hice ademán de cerrar la puerta en cuanto salí del coche. Si bien era cierto que la cena había terminado bien y que las cosas entre Bruno y yo estaban fluyendo, no quería forzar nada. Nos despedimos con besos en el aire, llegué al apartamento, me lavé los dientes y la cara y me puse el pijama. Nada más tumbarme a la cama, apagué el móvil y me dormí. Por aquella noche ya había tenido bastantes emociones.

Al día siguiente, me levanté con una leve resaca y una mezcla de ideas y emociones que no sabía muy bien cómo colocar. Aunque tampoco había prisa para hacerlo. Desayuné, me preparé un táper para comer en la barca, bajé a buscar a las chicas y juntas nos dirigimos a la playa donde habíamos quedado con el resto para salir a navegar.

Cuando ya habíamos guardado todas las bolsas en los compartimentos, encendimos motores. El sol picaba y el mar lo reflejaba con infinitos destellos que se perdían en el horizonte. Era un plan perfecto. Anclamos cerca de Cala Pedrosa y la fiesta empezó: enchufamos los altavoces, nos tiramos al mar y cantamos

desde el agua sin temor al qué dirían. Viendo la escena, parecíamos aquel grupo de adolescentes que se había conocido cinco años atrás en el Canadell, sin miedo a nada y con ganas de todo.

Vi que Bruno me buscaba para pasarme una máscara de buceo y me llevó a un fondo marino en el que te perdías cada vez que lo observabas. Los tonos rosados y anaranjados de las rocas y los corales contrastaban con el azul intenso del fondo y los rayos de sol se filtraban a través de la superficie como si fuera magia que alumbraba el escenario. Vimos algún coral, peces extraños e incluso un pulpo. Bruno era buenísimo bajo el agua y hacía gala de sus dotes. Y, por mucho que me resistiera a que aquello me tentara, me encantaba verlo disfrutar así.

LEO

Llevábamos una hora en el agua y mis manos parecían pasas gigantescas, así que era el momento de volver a subir a la barca. Javi y Guille abrieron las patatas y las olivas y, al ver que empezaba el picoteo, todos se animaron; todos, menos Bruno y Selene, que seguían buscando pulpos entre las rocas. Como desde ahí no podían escucharnos, aprovechamos para comentar la jugada:

—¿Creéis que esto saldrá bien? —preguntó Guille con escepticismo.

—Segundas partes nunca fueron buenas —lo respaldó Javi.

—Pues a mí me parece que son monísimos —intervino Ari, y su comentario me puso un poco nervioso. No era la primera vez que

me pasaba y no sabía en qué momento debía empezar a preocuparme porque su voz me pareciera molesta.

Me fijé en que Tatiana y Carlota no sabían qué decir. Por una parte, querían ver a su amiga feliz y estaba claro que, después de la cita, se le había despertado la ilusión de nuevo; por otra, la habían visto sufrir mucho y renacer poco a poco de las cenizas como un ave fénix. ¿Y si se volvía a hacer daño?

Y luego estaba yo, que tampoco quería posicionarme. Más allá de lo que pudiera sentir por Selene, lo cual no tenía nada claro, compartía las preocupaciones de nuestras amigas y me daba miedo que se perdiera de nuevo; que se perdiera ella, y que nos perdiéramos nosotros por el camino. Ya había vivido lo de estar distanciados y, ahora que volvíamos a acercarnos, no quería que nada nos separara.

En resumen, que la única que parecía estar contenta con la situación era Ari. Y qué menos, si había sido ella quien había montado todo el plan.

Después de comer y dormir la siesta más agradable de nuestras vidas con el vaivén de la barca flotando en ese mar cristalino, nos pegamos otro chapuzón que nos despertó de golpe. Pusimos la música otra vez y, ahora sí, toda la calma de aquella mañana quedó relevada por una minifiesta en la barca. Las latas de cerveza vacías se amontonaban en la bolsa de plástico que utilizábamos de basura, el sol estaba cada vez más bajo y nuestras voces cantaban con más fuerza a cada minuto que pasaba. En medio de aquella maravillosa escena contemplamos uno de los mejores atardeceres de nuestras vidas y, cuando el sol hubo desaparecido por completo y el cielo se

empezaba a pintar de colores rosados y violetas, la barca puso rumbo de vuelta al pueblo.

Esa noche, nadie salió de casa. El plan de la barca nos había destrozado y necesitábamos descansar. O quizá simplemente nos estábamos haciendo mayores y nuestros cuerpos ya no aguantaban tanta marcha. Convertirse en adulto tenía esas cosas.

Tres días más tarde, estábamos todos muy emocionados con la fiesta sorpresa que le habíamos montado a Guille para su despedida. Se iba a Boston para hacer un intercambio en una semana, pero antes tendría que bajar a Barcelona a acabar de prepararlo todo, así que aquella era su última noche en Calella. Él se pensaba que íbamos a mi casa a jugar a la Play, pero lo que se encontró cuando entró por la puerta fue un panorama totalmente distinto: entre todos, le habíamos preparado una fiesta de pijamas y el apartamento estaba decorado con banderitas, carteles de despedida y comida y bebida. Nos quedaríamos todos a dormir en mi casa, pero antes Guille tenía que superar una serie de pruebas si no quería terminar con ropa en la piscina, con harina en la cara o con huevos en la cabeza.

Aquella noche solo iba de Guille. Intentamos aparcar los dramas que habíamos vivido ese verano para que nuestro amigo fuera el verdadero protagonista de la fiesta y le hicimos bailar, responder a preguntas, beber e incluso desnudarse. Todos reíamos con fuerza cada vez que Guille era sometido a algún tipo de prueba; su espíritu competidor no tenía límites y lo daba todo en cada una de ellas. Unas horas y unas cuantas cervezas más tarde, decidimos bajar a la piscina comunitaria para darnos un chapuzón. Lo que había

empezado siendo el castigo de Guille se había convertido en la diversión de la noche y todos nos bañamos con la ropa puesta, jugando a castillos humanos y bailando dentro del agua al ritmo de la música que sonaba por los minialtavoces.

Pasadas las dos de la madrugada, los ánimos empezaron a decaer. Llevábamos horas sin parar y el juego nos había dejado KO. Estábamos tumbados en la hierba, unos apoyando las cabezas en las barrigas de otros, acariciándonos el pelo o haciéndonos cosquillas en la piel… Y otros estaban a punto de besarse. Bruno y Selene se habían estirado en la misma toalla y se encontraban de cara, a pocos centímetros y conteniendo la respiración. Él estaba contando entre susurros algo que a ella la hizo reír con timidez y, estaba seguro, ruborizarse. La noche era oscura, pero la conocía lo suficientemente bien como para saber cuándo mi mejor amiga se ponía roja como un tomate. Y qué pinchazo en el pecho.

Ari, que estaba atenta a la escena, quiso avisarme para que mirara…, cuando se dio cuenta de que yo ya estaba metido de lleno en la trama: mis ojos brillaban de impotencia y casi no podía tragar saliva. Ella, lejos de ignorarlo, me clavó un codazo para que la mirara y entonces ya no hubo duda de que me estaba aguantando las ganas de llorar. No sabía en qué momento habían subido las lágrimas a mis ojos, pero ahora ya no había forma de disimularlas. Acto seguido, Ari se levantó y nos dijo que se iba a dormir. Algunos decidimos subir con ella (a ver, no es que yo tuviera mucha opción después de lo sucedido) y Bruno, Selene, Tatiana y Guille se quisieron quedar un rato más. Ni Ari ni yo abrimos la boca hasta que llegamos a la habitación y nos encerramos en ella.

—¿Quieres hablar? —Sabía que tenía que ser el primero en decir algo.

—No sé, ¿quieres contarme algo? —Ella iba directa al grano. Al ver que yo no respondía, siguió—. Leo, ¿tú estás enamorado de mí?

—A ver, ¿qué significa estar enamorado? Claro que me gustas y te quiero, pero no me muero si no te veo un día o si no estamos las veinticuatro horas del día juntos.

Ari suspiró con incredulidad.

—Eso no es estar enamorado; no te creas todo lo que te venden en las pelis. Amar es elegir a una persona día tras día, conocer sus virtudes y sus defectos y aceptarla por todo lo que es; es saber que podrías vivir sin ella, pero que el simple hecho de que exista ya hace tu vida cien veces mejor. ¿Tú sientes eso por mí?

Al escuchar aquello, una verdad arrolladora llegó a mi mente como un huracán: me di cuenta de que sí que sentía eso. Pero no por ella.

No por ella.

Necesitaba aire. Abrí el balconcito de mi habitación y salí a respirar. Al mirar hacia la piscina, de lejos los vi: Tatiana y Guille, hablando en el borde con los pies zambullidos en el agua… y Selene y Bruno, besándose en la toalla donde los habíamos dejado un rato antes. Algo en mí se partió y los ojos se me humedecieron de nuevo. Inhalé profundamente, me sequé la única lágrima que había asomado, recuperé la compostura y entré de nuevo en la habitación, donde Ari me esperaba sentada en la cama. Algo en su expresión había cambiado, como si del enfado hubiera pasado a la tristeza; se levantó para abrazarme y me dio un beso suave en los labios. Me dejé sentirlo. Quizá no estaba enamorado locamente de ella, pero

estaba dispuesto a intentarlo. Sabía que el amor no se podía forzar, pero pensé que, si me centraba en todo lo bueno que me daba y dejaba de dar vueltas a todo lo que no había podido ser con mi mejor amiga, podríamos construir un amor sano y real. Al fin y al cabo, si estaba con Ari era porque había despertado algo en mí. Quizá había llegado la hora de indagar más en ese algo, dejar atrás lo que no podía ser y mirar hacia delante.

—No me gusta que discutamos —dijo mi novia—. Yo te quiero y tú me quieres. Y eso es suficiente.

Y nos quedamos de pie, abrazados, entre unas paredes que no nos dejaban escapar y un silencio que gritaba verdades.

6

El verano en el que aprendimos el sabor a libertad



SELENE

No había mejor forma de empezar el verano que yendo a un concierto. En Sant Feliu de Guíxols habían montado un festival y esa noche tocaba un grupo que se había hecho famosillo en el último año. En medio de una explanada habían montado el escenario y las gradas estaban tan lejos que la pista siempre era la mejor opción para disfrutar del grupo. En el lateral del escenario habían montado una barra donde servían bebidas y algún *snack*, y en esa misma zona habían instalado unos baños portátiles, por lo que pronto se llenaría de colas quilométricas de gente que se intentaría colar para no perderse un minuto del concierto. Un poco más allá había una entrada en arco que daba paso a un espacio abierto lleno de *foodtrucks* y zonas para tomar algo tranquilamente antes de que empezaran a tocar.

Y ahí nos encontrábamos nosotros, con nuestros outfits más festivaleros y con más ganas que nunca de comernos el mundo. Los chicos iban con camisetas *oversize* y tejanos anchos largos; llevaban anillos y gafas de sol, a pesar de ser un concierto de noche; parecían haberse copiado el conjunto, aunque cada uno de ellos iba de un color: Bruno, de negro; Javi, de verde; Guille, de gris, y Leo, de blanco. Ari se había puesto un vestido ajustado de estampado animal; Tatiana llevaba un top ajustado negro con un hueco en el pecho, que le quedaba increíble, y unos *shorts* negros bien cortos; Carlota iba con una blusa blanca palabra de honor y unos tejanos largos, y yo me había puesto unos pantalones elásticos negros acampanados y los había combinado con un top de corte asimétrico que dejaba un hombro a la vista. Nos sentíamos todos guapísimos.

Habíamos llegado un par de horas antes de que diera comienzo el espectáculo, tomando algo en el *chillout* y emocionadísimos con el plan. Y también con vernos, al fin. Habíamos encontrado un buen sitio, a pesar de que el ambiente ya se estaba animando y la gente iba ocupando las últimas sillas vacías, ahora solo hacía falta perderse en el tiempo con conversaciones que nos ponían al día a todos.

—¿Qué tal lo de volver a vivir con tus padres? —le pregunté a Guille, que había vuelto de su año de intercambio en Boston hacía apenas un mes.

—No está tan mal —dijo mi amigo—, al menos no tengo que hacer yo la colada. No sabéis la pereza que me daba eso. —Se dirigió a mí otra vez—: ¿Tus padres cómo llevan lo de que te estés planteando irte?

Mi corazón dio un respingo. A lo largo del curso pasado, me había sentido perdida incontables veces y no tenía claro hacia dónde

dirigía mi vida. Pensaba en los posibles escenarios que se me presentarían al terminar la carrera y ninguno de ellos me emocionaba… Eso, claramente, no era un buen indicativo. Había llorado mucho sin tener claro el porqué, pero sabía que algo dentro de mí necesitaba saber más, conocer más, explorar más; y, si no lo hacía pronto, estallaría. Así que un día me lancé y decidí hacer mi primer viaje sola: me llamaron de uno de los voluntariados que había solicitado y pasé dos semanas lejos de casa. Al regresar, me di cuenta de que necesitaba volar; me sentía como un pájaro enjaulado al que le habían dicho siempre que la vida entre barrotes era todo lo que debía conocer y, en cuanto se habían dejado la ventanita abierta y había probado la libertad, ya no pudo olvidarla. Esa experiencia fue reveladora para mí y ahora solo podía pensar en desplegar las alas y ver mundo, aunque no tenía claro el rumbo. Solo sabía que quería irme. Y, obviamente, mis padres se echaban las manos a la cabeza cada vez que salía el tema. La solución había sido ignorar que yo tenía esta inquietud, y así se lo hice saber a mi amigo:

—No hablamos de ello. —Hice una pausa—. Aunque yo no dejo de pensar en largarme de aquí. De momento, el año que viene he solicitado varias plazas de erasmus.

Guille sonrió y me miró con compasión.

—Te entiendo, créeme.

Y lo creía. Y por eso sabía que, aunque lo de dejarnos volar fuera algo difícil para los padres en general, cada uno debía tomar las riendas de su vida. Ellos aprenderían a dejar ir, no tenían otra.

—¿Y Bruno qué dice? —Javi, que había escuchado la conversación, intervino en ese momento.

—¿Bruno qué tiene que decir? —me respaldó Guille.

—No sé, tío —repuso Javi—, pero las relaciones a distancia son lo peor.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —respondí, divertida, pues Asier, mi primer novio, era de San Sebastián, y sabía de lo que hablaba—. A Bruno no le encanta la idea, pero sabe que es lo que quiero. Y, si realmente estamos hechos para estar juntos, funcionará.

Incluso a mí me costó creerme esas palabras. Pero decidí ignorarlo. Ya tenía bastante en la cabeza como para tener que pensar en algo más. Parecía que aún no había aprendido que, cuanto más escondías lo que te pasaba, más luchaba por salir… Y muy pronto estallaría todo.

—Bueno —dijo Javi, sin más, y luego vació su vaso y se dirigió al grupo—: ¿Alguien quiere otra cerveza?

—¡¡¡Yo!!! —Ari se levantó del regazo de Leo, donde había estado sentada todo ese rato, y se giró para mirarlo—: ¿Quieres una, cari?

—Sí, voy con vosotros.

Solo era la primera noche y ya estaba un poco harta de lo acaramelados que se mostraban Ari y Leo constantemente. Ya no era una cuestión de celos, a esos los abandoné en la puerta de la casa de mi mejor amigo un año atrás; era un tema de saber estar en público. Cuando te dabas la vuelta se estaban comiendo la boca descaradamente y, cuando querías decirle algo a uno de ellos, tenías que esperar a que sus lenguas se desenredaran para que te hicieran caso. Era asqueroso. Y sí, además de todo eso, Leo había estado un poco desaparecido durante el año porque se pasaba el día con Ari; siempre que le proponía algún plan, estaba con ella, ocupado con otra cosa o estresado con los estudios. Intenté hablar con él para

decirle que lo echaba de menos, pero siempre que empezaba mi discurso él se ponía a hacer otras cosas o cambiaba de tema abruptamente. Estaba perdida en mis pensamientos cuando una voz familiar me devolvió a la realidad:

—Entonces ¿te vas seguro? —Era Bruno, que por lo visto había reparado en la conversación que había tenido hacía unos segundos con mis amigos.

—No lo sé, amor. Sigo igual de perdida.

—¿Y crees que huir es la solución? —casi sonó a reproche.

—No estoy huyendo.

Podría haberle dicho mucho más, contarle otra vez que no se trataba de huir, sino de perderse de verdad para encontrarse. Pero preferí cortar la conversación antes de que se convirtiera en una nueva discusión. Cada vez que hablábamos del tema, la tensión se palpaba en el ambiente; lo tratábamos siempre de pasada, como si fuera algo sin importancia, más o menos al nivel de decidir si queríamos pasta o pizza. No habíamos sabido gestionarlo mejor, y la pelota cada vez se hacía más grande y empezaba a ser difícil ignorarla.

Nos miramos durante lo que pareció una eternidad, capaces de decírnoslo todo con los ojos, hasta que nuestros amigos, que habían ido a por cerveza, llegaron con copas para todos.

—¡Sant Hilari, gente! —nos animó Javi mientras repartía los nuevos vasos.

Y cada uno se terminó la cerveza que tenía en las manos dando largos sorbos, solo para dar inicio a una nueva ronda de cañas. Y pronto comenzó el concierto. Había empezado un verano más.

LEO

El día siguiente al concierto todos nos levantamos con una resaca importante y lo peor de todo era que no podíamos bajar a la playa a relajarnos: nos habíamos apuntado al torneo de vóley en Pals. El plan se basaba en pasar el día en la playa de Pals, que se llenaba de canchas de vóleibol, música a todo volumen y muchos, muchos jóvenes. A medida que el día avanzaba, iban quedando solo los mejores equipos o los que iban menos perjudicados. Había un chiringuito en el que se servían las consumiciones que te entraban por participar en el torneo y, cuando no te quedaban más, las comprabas. El equipo de Selene, Carlota, Javi y Ari fue eliminado a la primera ronda, pero poco les importaba. Ellos estaban ahí por el ambiente y para ver a sus amigos (es decir, a nosotros) darlo todo en los partidos.

En ese momento teníamos una hora de descanso en la que aprovechamos para comer algo y tumbarnos en la arena. Selene se había traído las pinturas y estaba dibujando mientras el resto tomábamos el sol, dormíamos veinte minutos o nos refrescábamos en el agua.

—Cada vez lo haces mejor, tía —le dijo Javi a mi mejor amiga al asomarse por detrás de su hombro y observar con detenimiento el dibujo que estaba haciendo de la escena que tenía delante.

—¿Te gusta? —dudó Selene—. Al principio siempre tengo la sensación de que me está quedando bien, y a la que me toca empezar a hacer las caras de las personas la cago. ¡Se me da fatal!

—La práctica hace al maestro, ¿no?

Ella sonrió. A lo largo del pasado año, Selene se había dedicado cada vez más a sus dibujos y a sus escritos, y eso era lo único que la mantenía con la chispilla en los ojos. Sabía que no había sido su mejor año, pero algo en mí se resistía a estar tan presente en su vida. No sabía qué me pasaba exactamente, pero desde aquella noche a finales del verano anterior todo había cambiado… Y yo había decidido apostar por mi novia, con lo que tuve que distanciarme de mi mejor amiga si quería que las cosas salieran bien de verdad.

Por lo que sabía, Selene había sufrido una crisis existencial con la que se había replanteado su vida entera y, aunque ella decía que estaba perdida, yo tenía claro que siempre se encontraría. Era la chica más espabilada que había conocido jamás y su talento traspasaba universos; solo era cuestión de tiempo que el mundo lo viera.

—Gracias, Javi —dijo Selene—. Te debo un dibujo.

—¡Me lo tendrás que hacer antes de que me vaya!

A Javi le habían dado una beca para hacer un máster en Oxford. Al igual que Guille, que volvería a Boston sin fecha de vuelta, su plan era vivir en el extranjero por unos años. Me apenaba pensar que todo había cambiado tanto, que mis amigos se iban y que la vida estaba poniendo a prueba nuestra amistad. Pero si de alguna cosa estaba seguro era de luchar por ella, pasara lo que pasara. O eso me decía a mí mismo.

Sacudí el agua de mi cabello mientras salía del mar con pasos de gigante, dejando atrás cualquier pensamiento que pudiera distraerme de aquellos instantes de adrenalina. Acabábamos de terminar el partido que nos había situado en la final y estábamos

agotados, pero eufóricos a la vez. En mi equipo estaban Tatiana y Sebas, el amigo de la uni de Bruno con el que habíamos compartido algunos planes, y que había resultado ser bastante bueno. Me senté al lado de los otros miembros del equipo y brindamos por las rondas que habíamos superado. Los otros se sumaron para celebrar nuestra futura victoria.

Los nervios estaban a flor de piel. Las expresiones de Tatiana, Bruno y Sebas eran de concentración absoluta. La mía también. Sin saber muy bien cómo, estábamos allí y teníamos posibilidades de ganar. Nuestros amigos nos animaban con gritos exagerados y comentarios que hacían reír al resto de la gente. Carlota estaba especialmente divertida, no solo porque la cerveza ya había hecho efecto en ella, sino porque se sentía relajada. A mitad de curso, el estrés de la universidad y el trabajo en la farmacia habían podido con ella y había decidido parar y tomarse el resto del año para ella. De este modo, se había pasado el último medio año haciendo un curso de cocina que había despertado una nueva pasión en ella. Y justo así había conocido a Claudia, su actual novia, que era un poco mayor que nosotros y tenía las cosas muy claras. Carlota estaba más feliz que nunca y aquello era lo que decían todas sus células cada vez que gritaba para animar, especialmente a Tatiana.

—¡Reina, que eres una reina! Que lo escuche todo el mundo: cada vez que os crucéis con esta maravilla, espero ver cómo le hacéis la reverencia que se merece. ¡Venga arriba esa ola!

Todo el mundo la seguía y hacía la ola cuando Carlota la empezaba, entre risas y vítores. Selene y Javi no podían parar de reír, pues ninguno de nosotros había visto nunca a nuestra amiga así de desinhibida. Ari, que estaba con ellos, parecía no estar por la

labor; era como si su mente estuviera en otro lugar. Observaba el partido con atención y, de vez en cuando, su mirada se escapaba sin poderlo controlar hacia uno de los jugadores que tenía delante: por lo que pude deducir, Sebas le había parecido un chico increíblemente atractivo. ¿Qué significaba aquello para nuestra relación? ¿Implicaba algo en absoluto o era normal que le gustaran físicamente otras personas? ¿Eso la hacía estar menos enamorada de mí? Y, bueno, puestos a preguntarnos cosas: ¿estaba realmente enamorada de mí? Intenté sacarme aquellos pensamientos de la cabeza para centrarme en lo que realmente importaba en aquellos momentos: el vóley.

Quince minutos más tarde, el partido estaba a punto de decidirse. Fueron unos últimos instantes épicos y, cuando anoté el punto de victoria, todos corrieron para abrazarnos. Saltábamos llenos de alegría y la gente que teníamos alrededor se sumó a la celebración. El sol se acababa de poner y la fiesta no tenía intención de terminar aún, así que nos dirigimos al chiringuito a por nuestros cubatas de la victoria y nos unimos al grupo de gente que había bailado al ritmo del reguetón.

SELENE

Llevábamos todo el día de parranda y estaba agotada, pero la emoción del día me había mantenido a flote hasta entonces. El problema vino cuando el último cubata que me había tomado no me había sentado muy bien, así que le pedí a Tatiana que me acompañara al baño. Nos encerramos en uno de los lavabos y coloqué una mano en cada pared del cubículo. Tatiana se apoyó en

la puerta, lista para recogerme el pelo si hiciera falta. En ese preciso instante, una voz conocida entró al baño contiguo. Había alguien más con ella.

—Como siga así, voy a plantarle un beso —dijo Ari.

Tati y yo intercambiamos una mirada que lo gritaba todo.

—A ver, es que el tío te busca a fuego —respondió la chica que la acompañaba—. ¿Me explicas qué han sido todos esos comentarios?

—Nada, tía, lo ha hecho de coña.

—Joder, pues que me haga bromas a mí también, que yo me río mucho.

Ari soltó una carcajada.

—Es guapo, ¿verdad? —preguntó nuestra amiga.

—Madre mía, cómo está el Sebas. Si no le das ese beso tú, lo hago yo.

¡Hablaban de Sebas! No pude reprimir un ruido agitado y al instante me tapé la boca. Al otro lado del baño, las chicas se callaron unos segundos. Después, retomaron la conversación:

—Vale, sí. Voy a por él —decidió Ari—. Pero ¿qué hago con Leo? ¡No se despega del grupo!

—No sé por qué sigues con ese tío.

—Porque es guapo, majo y mayor. Y porque me lo paga todo.

—Nada que no pueda hacer Sebas.

—Primero tengo que hacer que se pille de mí. Dame dos días, amiga.

Y, sin más, se fueron del lavabo. Tatiana, que tenía los ojos como platos, se dispuso a abrir la puerta del baño en el que estábamos para seguir a las dos chicas, pero en un acto reflejo puse la mano en medio y la volví a cerrar. Acto seguido, empecé a vomitar.

Al día siguiente, me levanté con una resaca increíble. Me preparé un café y una tostada con aguacate para que me dieran fuerzas para afrontar el día, me tomé un ibuprofeno para calmar ese incesante martilleo en la cabeza y fui al piso de arriba para desayunar tranquilamente en el sofá-cama que había al fondo de la sala. Carlota y Tatiana no tardaron en llamar al timbre de mi apartamento y, aunque me quejé por tener que levantarme y bajar a abrirles la puerta, me alegraba que estuvieran ahí. Pasar una resaca sola no es lo mismo que pasarla acompañada. Volvimos al piso de arriba, abrimos el sofá para que se convirtiera en cama y se tumbaron a mi lado mientras picoteaban las migas que iba soltando mi tostada con aguacate. Sin rodeos, empezamos a comentar la jugada del día anterior. Carlota, que no se había enterado de nada de lo que había pasado, estaba alucinando con la historia que le contamos.

—¿Y luego? —preguntó interesadísima.

—Luego eché la gran pota.

—O sea, que no sabemos qué pasó entre ellos.

No teníamos la certeza de ello, pero estaba dispuesta a investigarlo hasta el fondo. Y, desde luego, tendría el ojo puesto sobre Ari. Sabía que tenía que hablar con mi mejor amigo, pero antes quería recuperarme del dolor de cabeza y poder prepararme un discurso con sentido. Al fin y al cabo, aunque no podía decir si Ari se había besado con Sebas o no, había escuchado una conversación que era suficiente motivo para cuestionarse las cosas.

Esa tarde habíamos quedado todos para tomar un helado y sería un buen momento para analizar cómo se comportaba Ari. Pero no se presentó. Según había dicho Leo, no se encontraba bien. Por el contrario, Sebas, que no venía nunca con nosotros, ahí estaba.

Bajamos a las rocas de la Platgeta con los helados y recordamos los grandes momentos de la noche anterior. Bruno subió una story a Instagram donde se veía el mar, el helado y el grupo de amigos. Cualquiera que lo viera lo envidiaría.

Un cuarto de hora más tarde, Ari apareció bajando las escaleras de la playa. Se dirigió a las rocas y se unió al corrillo.

—¿Ya te encuentras mejor? —preguntó Leo al verla.

—He visto el helado de Bruno en Insta y no he podido resistirme.

Vamos, que había visto el helado y a Sebas. Todo encajaba. Y ahí empezó mi labor de detective. A lo largo de la tarde, observé cada movimiento de Sebas, cada mirada de Ari, cada palabra de ambos. Sin duda, había algún tipo de tensión entre ellos. Aunque no estaba claro si era la clase de tensión de dos personas que se quieren liar y aún no lo han hecho o de dos que se han liado y ahora están jugando a quién da el siguiente paso. Habría que estar atenta.

De vuelta a casa, se lo conté todo a Bruno. Necesitaba descubrir si Sebas había hablado con él y si sabía algo más. Pero Bruno pareció molesto ante la información que le estaba dando. Y no precisamente porque se preocupara por nuestro amigo…, más bien por estar hablando de él. Era como si el simple hecho de mencionarlo lo enervara, como si hablar de él le diera un espacio a nuestra relación que no quería que ocupara. Teniendo en cuenta que mi amistad con Leo había sido un tema peliagudo en algún momento del pasado, podía comprender que no se sintiera a gusto metiéndose ahora en la relación de su amigo; después de intentar hacerle entender que era por el bien de Leo, mi novio me pidió que dejara estar el tema. Que lo ignorara. ¿Cómo iba a ignorarlo, si estaba en juego la felicidad de mi mejor amigo?

—¿Este verano vamos a ignorarlo todo? —Lo miré a los ojos, desafiante. Estaba claro que, con aquello, me refería a mucho más que la situación de Leo y Ari. Hablaba de nosotros.

—Me parece un buen plan —repuso él tranquilamente.

Resoplé y me dirigí a mi casa sin despedirme. Ese día ya había tenido bastante.

LEO

Las chicas habían venido en el coche de Tatiana y acababan de llegar a Santa Cristina d'Aro, donde habíamos quedado para visitar un mercadillo parecido al White Summer del que nos habían hablado muy bien. Este se llamaba La Santa, y era más pequeño que el primero, pero igual de acogedor. Constaba de varios tenderetes montados en un recinto de tierra que parecían conformar calles de un pueblecito. Los puestos de comida estaban en la zona circuncidante, con mesas y sillas desplegadas por doquier. En medio del mercado había un poste del que salían varios cables de lucecitas colgantes, formando así una especie de estrella sostenida en el aire. Era un ambiente mágico cargado de tranquilidad y elegancia.

Nuestro plan era pasear un rato y luego iríamos a un pequeño concierto que se montaba ahí dentro, encima de un escenario precario, pero con encanto. Nos perdimos entre las tiendas durante un buen rato, parábamos en aquellas que nos llamaban la atención, preguntando precios y comprando alguna que otra joyita. Bueno, esa era Selene. Tatiana se estaba probando un conjunto de fiesta con una sonrisa resplandeciente.

—Es caro, pero creo que me lo compro. Me lo merezco.

Y sí, se lo merecía. Se había pasado el año entero estudiando sin descanso y trabajando en una floristería en sus ratos libres. A pesar de que la carrera le gustaba y estaba haciendo esfuerzos inmensos para sacársela, también había valorado cambiar el rumbo de su profesión. En la tienda había descubierto su pasión por las plantas y las flores. Le encantaba cuidarlas, aprender sobre ellas, ayudar a los clientes con sus elecciones y montar los ramos más especiales del barrio. Pero un cambio tan radical requería de reflexión, y no tenía tiempo para ello. Decía que ya se dedicaría a pensar cuando terminara los estudios.

Me alejé un poco de las chicas y me quedé en una paradita que me llamó la atención. Tenían láminas y alguna que otra cosa de decoración que me interesaba, pues mis padres tenían un pisito en Barcelona que, según me habían dicho, me dejarían alquilar por un precio asequible en cuanto tuviera dinero para ello. Y yo ya me estaba montando la imagen de cómo lo decoraría en cuanto fuera mío.

Las chicas se acercaron a mí cuando terminaron con lo suyo y me ayudaron a elegir. Al final, me decanté por dos cuadros con formas abstractas que, colocados uno al lado del otro, daban la sensación de perseguirse. El resto del grupo se unió a nosotros mientras pagaba.

—Buena elección —me dijo Selene con una sonrisa.

—Sí, tienes buen gusto —respondí en tono burleta, teniendo en cuenta que mi mejor amiga era quien se había fijado primero en los cuadros—. También lo tuviste con el anillo que me compraste.

Vi en los ojos de Selene cómo recordaba ese verano en el que habíamos ido al White Summer y nos habíamos intercambiado regalos. ¿Qué estaría pensando?

—Sí, te gustó tanto que no te lo he visto puesto ni una vez —ironizó.

—Es que no quiero que se pierda —me excusé riéndome.

Selene me dio un golpe amistoso y, de repente, se le iluminó la cara.

—¡Tengo una idea! —Se dirigió al grupo—: ¡Vamos a jugar al amigo invisible!

A todos les pareció una gran idea, pues todavía faltaba una hora para el concierto y ya habíamos recorrido todo el mercadillo. Escribimos nuestros nombres en papelitos, los dejamos sobre la mesa y luego cogimos uno cada uno, al azar. Tras comprobar que nadie se tenía a sí mismo, el juego empezó. Quedamos en reencontrarnos en la zona de los *foodtrucks* en veinte minutos.

SELENE

Justo antes de separarme del grupo para ir en busca del regalo como amiga invisible, reparé en algo raro: Ari le hizo una especie de seña a Sebas. ¿Qué había sido eso? ¿Eran imaginaciones mías? Algo me decía que estaba a punto de pasar algo muy gordo. Tan gordo como para romper los esquemas del grupo ese verano. En un segundo me olvidé del juego y todo cuanto podía pensar era en seguir a esos dos. Sabía que tramaban algo y al fin podría pillarlos.

Veinte minutos más tarde, seguía pisándole los talones a Ari y lo único que había descubierto hasta entonces era que su amigo invisible era Javi, porque había comprado una camiseta que él se había probado un rato antes y había decidido volver a colgarla en la burra para no gastar. Menuda pérdida de tiempo. ¿Mi instinto estaba fallando? ¿Y si realmente no estaba pasando nada y todo eran imaginaciones mías?

Entre cavilaciones y sin apenas darme cuenta, ya estábamos de nuevo todos reunidos, cada uno con su regalo en la mano…, menos yo. Lo peor de todo fue cuando, llegado mi turno para entregar el detalle, no supe poner una excusa para justificar que no tuviera nada. Y Bruno sería el único que volvería a Calella sin un regalo.

Me disculpé mil veces durante el concierto y, aunque mi novio me repetía que no pasaba nada, había estado muy serio todo el rato. Quizá él pensaba que era una revancha por no haber querido discutir conmigo sobre lo que estaba pasando entre nosotros, pero tampoco se lo iba a decir; eso implicaría tener que hablar del tema.

Al día siguiente, un conocido de Tatiana abría un bar de cócteles en las afueras de Calella y nos invitó a todos para la fiesta de inauguración. Carlota había traído a Claudia, a la que por fin habíamos conocido, y Tatiana no dejaba de mirar hacia la puerta esperando que llegara Sergio, su novio, que era amigo del propietario del bar.

La fiesta estaba siendo un éxito: la gente bailaba, charlaba, se paseaba por el patio del bar con curiosidad y pedía una copa tras otra. La música sonaba fuerte y había un DJ pinchando que parecía gustar a todo el mundo.

En un momento dado, vi a Sebas dirigirse a los lavabos. Yo estaba en la barra, esperando a que me sirvieran, y lo había intentado saludar, pero él no me había visto. Un minuto más tarde, Ari pasó por el mismo lugar en dirección a los mismos lavabos. El corazón se me disparó y esta vez no intenté saludar a nadie, sino que di media vuelta para pasar desapercibida, pagué mi *gin-lemon* (era todo lo que mi paladar resistía aparte de la sangría) y esperé unos minutos a que alguno de los dos saliera de los baños. Pero no lo hacían. Así que finalmente decidí acercarme y resolver mis dudas. Fuera de los baños había una larga cola de gente esperando para entrar, y muchos pegaron un grito cuando vieron que me colaba y empezaba a mirar por debajo de cada puerta que estaba cerrada. Por fin los vi: eran las sandalias de Ari y las zapatillas de Sebas. Y, tal y como estaban colocados los pies de ambos, no había que echarle mucha imaginación para saber lo que estaba pasando ahí dentro.

Salí corriendo de ahí y fui a buscar a Leo; intentaba divisarlo por encima de las cabezas que había en la zona de baile, pero no lo veía por ningún lado. Me dirigí al patio y, a lo lejos, distinguí la espalda de mi amigo. Me acerqué a él rápidamente.

—¿Podemos hablar?

Seguramente no era el mejor momento para tener aquella conversación, pero no era capaz de pensar en nada más. Cuando Leo vio mi mirada de preocupación, no lo dudó ni un segundo. Nos apartamos un poco del ruido y se lo conté todo. Estaba muy alterada y quería encontrar las palabras adecuadas para no romperle el corazón a mi mejor amigo. Lo que le dije debió de ser un discurso inconexo y bastante caótico, aunque lo suficientemente claro como

para que Leo entendiera el significado de lo que quería decirle. Cuando terminé, él se quedó callado unos instantes y, en tono medio vacilón, preguntó:

—¿Has terminado?

¿Cómo? ¿Es que no había entendido nada de lo que le había explicado?

—Leo, no sé si me has…

—Te he entendido perfectamente. Lo que pasa es que no me lo creo. ¿Tú has visto algo con toda seguridad?

—Visto, visto… A ver, no. Pero con todo lo que te he contado no creo que haga falta.

—Pues no creas tanto.

No daba crédito a las respuestas de Leo.

—Entiendo que es algo difícil de escuchar, pero…

—No sé por qué le tienes tanta manía a Ari. Es bastante guay, cuando te dignas a conocerla. ¿Sabes qué pienso?

—¿Q-qué? —estaba muy confundida.

—Que estás celosa. —Hizo una pausa—. Estás celosa porque lo que tienes con Bruno es algo tóxico, aunque te empeñas en tapar-lo. Sabes que nunca podréis tener algo como lo que yo tengo con Ari. Y eso te mata por dentro.

Aquellas palabras, por más verdad que escondieran, fueron como un puñal. Y no tanto por lo que decían, sino por quién las decía. Mi mejor amigo no había confiado en mí y, encima, había usado mi mayor vulnerabilidad para restregármela por la cara. Leo no había pestañeado ni un segundo y en su mirada no se detectaba ningún tipo de sentimiento. No pude aguantar más y, sin pensarlo, me dirigí a la salida.

Selene
Nos podemos ir?

Tatiana
Dónde estás?

Selene
En el parking

Carlota
Vamos

En el viaje de vuelta, conté a mis amigas todo lo ocurrido, y ellas asentían, se sorprendían o soltaban un insulto cada vez que era necesario. Cuando terminé el relato, mi móvil emitió el sonido de una notificación y lo miré rápidamente con la esperanza de que Leo me quisiera pedir perdón. Pero no era Leo:

Bruno
Dónde os habéis metido?

Selene
Nos hemos ido a casa

Bruno
Sin avisar???

Parecía que las peleas aún no se habían terminado aquella noche.

En cuanto llegué a Calella, Bruno me llamó y quedamos para vernos en los bancos que había a mitad de camino entre nuestras casas. Lo esperé un rato, pues él había salido más tarde del club,

hasta que lo vi aparecer a lo lejos. Y aquella imagen, la de mi novio acercándose a mí por esa callejuela solitaria, se me quedaría grabada para siempre en mi retina representando el día en que nuestra historia se terminaba.

Nada más saludarnos, supimos cómo iba a acabar aquella conversación. Entonces nos fundimos en un largo abrazo que hablaba de todo lo que habíamos sido y se despedía de ello con amor. A pesar de todas las montañas rusas, las discusiones y los comportamientos tóxicos, nos habíamos querido muchísimo. Y por ello, de alguna forma u otra, siempre nos querríamos.

Hablamos durante horas para poner fin a nuestra relación de la manera que se merecía y nos despedimos con otro abrazo que, esta vez sí, puso punto y final a un amor que tanto nos había enseñado. A ambos se nos llenaron los ojos de lágrimas que contenían emociones tan contradictorias como lo era dejarlo con alguien a quien tanto habías querido. A quien tanto querías. Probablemente, ese último «te quiero» había sido el más sano desde que nuestra historia había comenzado.

Aquella noche solo dormí dos horas. Al despertarme y salir de la habitación, mis padres identificaron al instante que algo había ocurrido. Tampoco era muy difícil saberlo, pues mis ojos no podían estar más hinchados. Aún no le había dicho nada a mis amigas, pero cuando no bajé a la playa ni respondí a sus mensajes, ellas supieron que algo pasaba y se presentaron en casa. No hicieron falta palabras para saber qué había pasado. Se tumbaron en la cama conmigo y no se movieron de ahí durante las siguientes tres horas. A ratos, yo lloraba y ellas recogían mis lágrimas; en otros momentos, entre las

tres recordábamos anécdotas de nuestra amistad y nos reíamos con melancolía, y entonces yo lloraba de nuevo. A media tarde, el interfono sonó y mi madre entró con cautela por la puerta:

—Selene, cariño… Tienes visita.

LEO

La expresión de Selene era una mezcla entre sorpresa y agradecimiento. Yo estaba ahí, plantado en su puerta y con la cabeza un poco gacha. Era como si no me atreviese a entrar. Pero los ojos de mi amiga me suplicaron que lo hiciera y yo lo entendí enseguida. Nos abrazamos con fuerza y vi a las otras chicas. Las saludé y subimos todos al balcón. Selene, que ya estaba un poco más serena, nos contó cómo había sido la conversación y no se dejó ningún detalle.

—Encima había comprado vuelos para ir a París el mes que viene. Eran un regalo sorpresa, ahora íbamos a hacer un año desde que volvimos. Menuda mierda.

—Bueno, amor, eso es lo de menos ahora —la consoló Tatiana.

Pero Selene sabía que, a veces, cuando el dolor era tan grande que no lo podías sostener, te aferrabas a las tonterías que tu cerebro podía pensar para distraerse.

—Selene, vístete —ordené de repente. Acababa de tener una idea.

—¿Adónde vamos? —Carlota también quería saber qué estaba pasando.

—Sorpresa. Pero pillaos chaqueta por si refresca.

Tatiana y Carlota se fueron a sus casas para cambiarse y Selene se puso lo primero que encontró en el armario. Sabía que no tenía ganas de nada, pero salir le iría bien. Veinte minutos más tarde, ya estábamos todos en mi coche en dirección al Far de Sant Sebastià. Cuando llegabas al final del balcón que había por los alrededores, el mar se abría en una inmensidad que daba respeto. Entonces recordabas lo insignificante que eres en este mundo y todos tus problemas parecían hacerse un poquito más pequeños. Era un lugar realmente mágico. Selene respiró profundamente y cerró los ojos para empaparse de aquella sensación de paz. Carlota, Tatiana y yo tuvimos la misma idea y la envolvimos juntos por la cintura. Cuando nuestra amiga abrió los ojos y nos encontró abrazándola con esa delicadeza, sus ojos emanaban gratitud absoluta. Y, una vez más, sentí aquellas ganas incontenibles de querer cuidarla siempre, para siempre. A pesar de que las vistas me recordaban que no era nadie en este mundo, la presencia de mi mejor amiga en mi vida se convertía en mi universo entero.

Terminamos la noche cenando en el restaurante Nomo, al pie del faro, y Selene ya se sentía un poco más animada para entablar conversación. Entonces aproveché para ponerlas al día de lo que estaba pasando en mi vida: les conté a las chicas que había hablado con Ari y que, efectivamente, algo iba mal. No me había atrevido a confesarle que sabía lo de Sebas, pero no me hizo falta. Lo habíamos dejado.

—Y ¡¿cómo se te ocurre contárnoslo ahora, después de haberme pasado el día dándoos la lata con lo mío?! —Selene gritó, aunque no estaba enfadada.

—Porque estoy bien.

—¿Lo estás? —preguntó Tatiana alzando una ceja a modo de duda.

—Siento rabia, tristeza, enfado… Pero estoy bien. No tenía que ser.

—No tenía que ser —repitió Selene como reafirmación, más para ella que para mí.

Cuando acabamos de cenar, condujimos de vuelta a casa escuchando canciones que nos hicieran cantar a gritos y llorar a partes iguales; las dejé en su calle y me quedé esperando en el coche a que bajaran. Tatiana y Carlota ya habían salido, pero Selene se quedó un momento más. Nos dejaron solos, pues nuestras amigas sabían que teníamos alguna cosa por arreglar, y fue cuestión de dos minutos hacerlo: pronto ya estábamos riendo y abrazándonos. Le había pedido disculpas por mis palabras de la noche anterior y ella me había dado las gracias por haber ido a su casa a animarla.

—Por ti voy donde haga falta.

—¿Incluso a París? —bromeó ella, pero algo en mí se activó y de repente me puse serio. La misma idea se nos pasó por la mente a los dos de forma fugaz—. Leo, que era de coña.

—¿Por qué tiene que serlo? —Hice una pausa, como si lo meditara—. ¿Y si nos vamos?

—Pero… ¿solos?

—A ver, podemos invitar a Bruno y a Ari y vivir una doble cita 2.0, pero no sé si es lo mejor.

Ella se rio ante tal comentario y entonces no se nos ocurrió un mejor plan que ese. Y así fue como Selene y yo escapamos por

primera vez de Calella y nuestra amistad empezó a recorrer el mundo.

7

El verano en el que cayeron los muros



SELENE

Era noche de chicas. Los padres de Carlota aún no habían subido a Calella y habíamos aprovechado que teníamos la casa para nosotras para montar una cena romántica. Entre amigas. No había mejor cita que aquella en la que todas dábamos lo mejor de nosotras, cuidábamos los detalles con cariño y poníamos mucho mucho amor. Tatiana haría la mejor tortilla de patatas del mundo, yo prepararía una ensalada con mil ingredientes y traería pan y Carlota, además de la casa, ponía el vino. Habíamos arreglado la mesa con un mantel vichy de cuadros rojo y unas velas blancas sujetas en botellas de vino vacías; las copas y los platos eran todos distintos y aquello daba al ambiente un toque mágico, y de fondo sonaba una música suave que remataba el plan. Era la cita perfecta.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Tatiana, alzando la copa.

—Ya sé que siempre digo lo mismo —empecé—, pero no me canso de brindar por vosotras.

Y ese verano empezó con un elegante chinchín que celebraba, una vez más, aquella preciosa amistad que me había regalado poder ser yo, poder perderme y poder encontrarme una y mil veces. Yo estaba muy emocionada porque hacía apenas un mes y medio había conseguido que una tienda de Barcelona empezara a vender mis ilustraciones, y eso había sido todo un reto. Incluso si no vendía ni una, me sentiría satisfecha; había conseguido romper el hielo y empezar a mostrarme al mundo. Tatiana no estaba tan contenta: llevaba unos meses pensando en cómo sería presentarse a las oposiciones para ser profesora y, a pesar de que no le disgustaba la idea de enseñar a adolescentes, no tenía claro que fuera su pasión.

—¿Y tienes plan B? —preguntó Carlota.

—A ver, sí y no. Es decir, tengo una idea, pero creo que es una locura…

—¡Esas ideas son las que más nos gustan! —La animé con una sonrisa.

—Había pensado en empezar a estudiar algún curso de florista profesional.

Tatiana hablaba con la cabeza un poco gacha, como si le diera vergüenza decir aquello en voz alta por miedo a que sonara demasiado ridículo. Y precisamente por no mirarnos no se dio cuenta de que a nosotras se nos había iluminado la cara.

—Tati, ¡eso es genial! —empezó Carlota con visible entusiasmo—. Sin duda, me parece una mucho mejor idea que lo de sacarte las opos.

Yo la secundé:

—¡Eso por supuesto! ¡Vas a ser la florista más increíble de Barcelona!

—Para el carro, amiga —empezó Tatiana—, que solo lo estoy pensando. No me he mirado nada aún.

—Tú lo has dicho: aún.

Tatiana sonrió, satisfecha. Sabía que haber compartido aquello con nosotras le había sacado un peso de encima y, todavía más, le había hecho creer que quizá no estaba desvariando tanto como pensaba. Entonces, Carlota alzó la copa otra vez.

—¿Por qué brindamos ahora? —preguntó Selene.

—Por mi nueva vida… compartiendo piso con Claudia. ¡Nos vamos a vivir juntas!

Tatiana y yo gritamos de emoción y nos levantamos para abrazar a nuestra amiga. Ahora que estaba a punto de terminar la carrera y que ya trabajaba bastantes horas en la farmacia, había podido ahorrar algo de dinero y la decisión de irse a vivir con Claudia había ido fluyendo. Su novia se había independizado hacía un tiempo, tenía dos compañeras de piso que casi no pasaban por casa y Carlota aprovechaba muchas veces para ir a dormir o a pasar los fines de semana con ella. Habían comprobado que la convivencia les funcionaba, así que en realidad solo se trataba de un pequeño gran paso en el que buscarían un piso asequible en el que crear su nueva vida y, aunque nuestra amiga iría un poco justa de dinero, tenía claro que quería aprovechar el momento y disfrutar todos y cada uno de sus días al lado de su amor.

—Vivir sola es un gozo, ya lo verás —dije, recordando cómo habían sido aquellos meses en los que me había ido de erasmus ese

año y había experimentado ese tipo de independencia por primera vez.

—La verdad es que me muero de ganas.

Hablamos de pisos, miramos muebles y buscamos inspiración sobre decoración en Pinterest, como si de repente tuviéramos alguna idea de lo que era la vida adulta. Pero aquello era emocionante y motivador. Y luego hablamos de mil cosas más. La velada se alargó con todo lo que teníamos por contarnos y pronto nos dieron las dos de la madrugada. Decidimos dejarlo ahí e irnos a dormir, pues al día siguiente iba a ser intenso: Guille llegaba de Boston y le habíamos organizado una salida en barca donde iríamos hasta Palamós, comeríamos en un buen restaurante del puerto y volveríamos a Calella. Nos despedimos con aquellos abrazos de alguien que se ha echado de menos y cada una se fue a dormir a su casa.

A las once de la mañana del día siguiente, todo el grupo estaba listo para empezar la excursión marítima. Bruno iba dando alguna que otra orden para controlar la barca, pero en general se apañaba solo. Yo lo miraba de vez en cuando y recordaba todas aquellas veces en las que había subido a esa barca siendo la novia de Bruno y lo había visto así, de pie, controlando el timón con la mirada fija en el horizonte, y me lo había imaginado siendo un señor mayor y haciendo lo mismo. Por aquel entonces, todavía creía que quizá mi vida sería aquella. Cómo llegaban a cambiar las cosas.

Llegamos al puerto de Palamós sobre las dos, haciendo algunas paradas antes para darnos un chapuzón o, simplemente, descansar con una vista diferente cada vez. El restaurante era cálido y acogedor, y nos sentamos a una mesa al lado de un gran ventanal

que daba al mar. Cuando nos trajeron la comida, Guille empezó a devorarla.

—Hostia, Guille, ¿en Boston no te alimentan? —preguntó Leo.

Sus ojos me buscaron en el instante en que escuchó mi risa con tal comentario y tuve que desviar la mirada e intenté controlar, sin éxito, lo de ponerme roja. ¿Qué me acababa de pasar? ¿Me intimidaba la mirada de mi mejor amigo? Pero ¿desde cuándo? Creo que tenía una idea de ello…

—Sí —respondió nuestro amigo con la boca llena—, pero a base de comida basura. Es terrible, chicos, de verdad.

Aquello devolvió nuestra atención a Guille, que nos contó cómo era su día a día en esa ciudad de Estados Unidos, lo que más le gustaba y a lo que más le costaba adaptarse, incluso después de dos años allí. Y la comida, desde luego, era una de las cosas que más difíciles se le estaban haciendo. Pero en general estaba contento y eso era lo que importaba de momento. Había conocido a una chica, Marlene, con la que se le veía ilusionado. Todo iba bien. Javi, que también estaba viviendo fuera, les dio una gran noticia: a través del máster que estaba haciendo, le habían ofrecido un trabajo buenísimo de aeronáutica…, así que se iba a quedar en Oxford, por lo menos, dos o tres años más. Nos pareció bastante tiempo, pero era una gran oportunidad y tenía que cogerla. Bruno se estaba planteando hacer un máster en Finlandia y, aunque no dio grandes detalles, se ve que hacía un tiempo que había estado mirando cosas para gestionarlo. Leo, por su parte, seguía trabajando en el mismo sitio que el año anterior y lo acababan de promocionar con la intención de convertirlo en jefecillo al cabo de unos meses si cumplía con las expectativas. Todo iba bien.

La sobremesa de aquella comida se alargó hasta las seis de la tarde, entre anécdotas e historias que íbamos contando unos y otros. Leo y yo recordamos algunos de los momentos más divertidos de los viajes que habíamos hecho juntos ese año, y él tenía tanta gracia contándolos que nuestros amigos terminaron llorando de la risa. Yo también reía, aunque dentro de mí se había apoderado una especie de nostalgia que me había trasladado a todo lo que habíamos vivido ese curso. Después del viaje improvisado que hicimos a París, algo entre nosotros había cambiado y todos lo habían notado. Nuestra relación se había intensificado y la complicidad entre los dos podía detectarse a miles de kilómetros. Normal que, cuando le propusimos a Javi ir a verlo juntos y pasar unos días con él en Oxford, ese se convirtiera en uno de los mejores viajes de nuestras vidas. Explorar el mundo con tus mejores amigos era un plan sin igual. Más adelante, Leo y yo habíamos volado a Milán y, unos meses más tarde, él me había venido a visitar a Turín, donde yo había hecho el Erasmus. Y es que éramos jóvenes, teníamos dinero para hacerlo y habíamos descubierto ser una gran compañía para viajar. Era nuestro momento. El momento de los mejores amigos que se comen el mundo.

Cuando nos dimos por satisfechos entre charletas, restos de comida y últimos sorbos de café, todos pagamos, volvimos a la barca y pusimos rumbo de vuelta a Calella. Estábamos agotados y, mientras Bruno conducía con Javi sentado a su lado, el resto nos habíamos dispersado por la barca para encontrar el mejor sitio para tumbarnos y dejarnos llevar por el agradable movimiento de las olas. Leo se había acomodado a mi lado, y me iba haciendo cosquillas por la espalda de forma distraída mientras yo luchaba por mantener mis

ojos medio abiertos y mi sueño al límite. En uno de esos intentos, mis ojos repararon en los de Bruno, que nos observaban con muchas preguntas sin palabras. No sabía qué estaría pensando. O no quería saberlo.

Al llegar al pueblo, cada uno se fue directamente a su casa. El día nos había dejado hechos polvo y necesitábamos darnos una ducha, comer algo y echarnos a dormir.

LEO

Aquellos días estaba haciendo un tiempo raro en Calella: el sol se escondía a ratos durante la mañana y por las tardes solía llover. Llevábamos tres días así cuando decidimos poner remedio a las horas de juegos de mesa:

—¿Hacemos un *upgrade* y jugamos de verdad? —propuso Selene.

Yo ya estaba atento a su propuesta, pues la conocía y sabía que sería un planazo. Siempre tenía grandes ideas. O esa era mi opinión, vaya.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Carlota, hablando por el resto del grupo.

—¡Vámonos al casino!

Lo que decía: una gran idea. A todos nos encantó el plan y pusimos rumbo a nuestro centro comercial de confianza de Platja d'Aro, donde había un casino perfecto para pasar la tarde. Marcamos un tope de dinero para gastar cada uno de nosotros: con veinte euros era más que suficiente. Jugamos a la ruleta y apostamos en varias máquinas, pero por el momento solo Tatiana había

conseguido ganar algo de dinero. Luego nos dirigimos a la sala del Bingo, donde nos encontramos con otro grupo de jóvenes que había tenido la misma idea que nosotros, y el resto eran personas mayores que, por la de cartoncitos que tenían sobre la mesa y la rapidez con la que se desenvolvían, parecían curtidísimos en ese juego.

Jugamos unas cuantas rondas sin tregua. Lo estábamos pasando en grande, fuera aún llovía y la noche era joven. Cuando a Selene se le acabó el dinero, compartió cartoncito conmigo. Se sentó a mi lado y el olor dulzón de su colonia me dejó KO. Ella me dio un golpe con el codo que me devolvió a la realidad y empezamos a tachar números juntos. Los que podía, vamos, porque entre sus comentarios, nuestros piques y el roce de nuestras manos cuando nos intentábamos robar el boli me había puesto más nervioso de lo que me quería admitir, y no había forma de concentrarse. Por suerte, ella estaba a tope y parecía no perderse una palabra de las que sonaban por la sala. Solo habíamos tachado tres números cuando alguien gritó línea. Y, cuatro minutos más tarde, Carlota saltó de su silla sin poderse contener y gritó:

—¡¡¡Bingo!!!

Al momento se arrepintió de su euforia, pues todos los que había en la sala la observaban con una pizca de rabia en sus miradas. Nosotros no podíamos parar de reír, y ella se acurrucaba en la silla mientras le comprobaban los números. Tras asegurarse de que todo estaba correcto, le tendieron cien euros.

—¡Yo ya estoy por hoy! —dijo contentísima.

—Pero juega un poco más ahora que tienes dinero, ¿no? —Tatiana no quería irse aún.

—Hay que saber cuándo parar. Y, por probabilidad, no me va a volver a tocar. Así que hasta aquí.

A todos nos apetecía hacer alguna ronda más y aún no habíamos llegado a nuestro tope acordado, de modo que nos quedamos jugando mientras Carlota y Selene salían de ese ambiente oscuro y se iban a tomar algo a un bar. Las vi alejarse y desaparecer por aquella puerta que parecía dar a la luz del atardecer, y también a la tormenta que lo acompañaba, y mi mente no pudo evitar preguntarse si hablarían algo de mí. Aunque fuera un poco.

¿Qué me estaba pasando?

SELENE

Cuando nos trajeron las bebidas, Carlota dio un sorbo a su Cacaolat y me observó con mirada inquisitiva.

—¿Qué? —pregunté al darme cuenta de las chispas que echaban los ojos de mi amiga.

—Ya sabes qué.

Ahora fui yo quien tomó un sorbo de mi batido de mango. Uno más largo de lo habitual. Se estaba refiriendo a Leo, por supuesto, y a aquellas caricias y jueguecitos que nos traíamos entre manos de forma inocente. *Inocente, sí, Selene.* Seguí devorando el batido a falta de alguna respuesta con sentido.

—Está buenísimo, ¿quieres probarlo?

—No me cambies de tema —me cortó Carlota, entre divertida y tajante.

—Es que no hay tema.

—Porque no quieres. —Por mi mente empezó a formarse un remolino de pensamientos que mi amiga supo cómo parar a tiempo —: No digo que tenga que pasar nada. Solo quiero saber si te gusta, porque lo que está claro es que tú a él sí.

No supe qué responder. Ni siquiera sabía qué quería o qué sentía. Obviamente me había planteado más de una vez qué era aquello que me pasaba con mi mejor amigo. Cuando quería celebrar algo, era la primera persona a quien llamaba; si me probaba ropa y tenía dudas, le mandaba fotos para que opinara; el día que nos íbamos a ver, siempre me arreglaba un poco para que él me dijera que estaba preciosa. Pero ¿todo aquello no era lo que hacían los amigos? No, espera, ¿todo aquello no era lo que hacían los mejores amigos? ¿Cuál era la línea que dividía la amistad del amor? Además, habíamos tenido muchas oportunidades para empezar algo y, aunque era cierto que el viaje a París me había hecho replantear muchas cosas de verdad, siempre había algo que se interponía en el camino. Sería por algo, ¿no?

En ese momento, el grupo apareció por la puerta del casino y se dirigía a nosotras entre risas.

—Chicas —dijo Javi—, parece que el tiempo se arregla. Estábamos diciendo de ir al cine de verano a ver una de terror, es la que ponen esta noche. ¿Os animáis?

—¡Siempre! —intenté sonar natural y supe que, aunque el resto no hubiera notado que forzaba mi alegría, Carlota me tenía fichada.

LEO

La película empezaba a las diez de la noche y nos habíamos preparado con varios conos de palomitas y muchas bolsas de chuches, sudaderas y mantas y sillas plegables que se echaban para atrás. Por algún motivo que no conseguí entender, vi como Selene intentaba evitar sentarse a mi lado, pero por cuestiones del azar acabamos uno al lado del otro. Sonreí como si no me hubiera percatado de su amago, pero dentro de mí había sentido un pinchacito. ¿Por qué no querría sentarse conmigo? Ella me devolvió la sonrisa con una boca torcida que me pareció de lo más raro.

La película empezó. Intenté concentrarme en la historia, pero en mi mente seguía preguntándome qué había pasado hacía un rato. En el bingo parecíamos estar genial, ¿por qué ese cambio de actitud al ir al cine? Lo único que se me ocurría era que hubiese hablado de algo de mí con Carlota, y entonces maldije haberlo deseado en primer lugar. ¿Qué habrían podido decir? ¿Tan malo era como para que mi mejor amiga me rehuyera de esa forma tan rápidamente?

La película que habíamos elegido era de miedo y de vez en cuando alguien soltaba algún grito o nos hacíamos pequeños en los asientos. Miré a Selene de reojo y vi que intentaba concentrarse, pero la conocía lo suficiente como para saber que su cabeza estaba muy lejos de aquella pantalla en medio del descampado. Cuando estaba más en su mente que en el presente, sus ojos se abrían como platos y parecía hipnotizada; era como si entrara en un universo paralelo, muy lejos de nosotros, y divagara por él sin percatarse de nada de lo que había a nuestro alrededor. Esto fue hasta que, en un momento de especial tensión en la película, el susto la arrancó de sus pensamientos. Emitió un leve grito y yo, casi de forma instintiva, tomé su mano y la apreté. Su piel en mi piel

pareció desconocida por un segundo, lo cual me pareció extraño, pues solíamos darnos la mano o darnos muestras físicas de amor constantemente.

Aunque esta vez había tenido un efecto totalmente distinto en ambos, como si toda la química que compartíamos al rozarnos se hubiera cargado de repente de una fuerte tensión eléctrica… Una tensión que tendría que estallar en algún momento. Nos quedamos con los dedos entrelazados unos minutos que se hicieron eternos, aunque ninguno de los dos movía un dedo. A pesar de la calma que aparentábamos, mi corazón iba a mil. Igual que mi mente.

—Chicos, ¿os quedan palomitas? —La cabeza de Tatiana había asomado por nuestro lado izquierdo y vi cómo reparaba en nuestras manos, pero no decía nada. Muy sutil por su parte. Selene aprovechó ese momento para deshacerse de mí y recoger el cartoncito de palomitas que había dejado hacía un rato en el suelo, como si comprobara si nos quedaba algo.

—Lo siento, amor, nos las hemos acabado.

Evidentemente. Ir al cine con Selene significaba acabarte las palomitas antes de que empezaran incluso los anuncios. ¿De verdad creía que me había tragado esa excusa para desenredarse de mi mano? *Raro, muy raro.*

Cuando la peli terminó, todos recogimos nuestras sillas y las dejamos en la entrada del recinto, que también era la salida. Entre las palomitas, las chuches y algún bocadillo que habíamos compartido, nos dimos por cenados. Volvimos a Calella y quedamos, como siempre, en vernos a la mañana siguiente. Y entonces sería otro día. Otro día para preguntarme qué estaba pasando, para sentirme más pegado a mi mejor amiga y para seguir entendiendo

que entre los mejores amigos hay cosas que no pueden pasar nunca.

SELENE

¡Al fin un poco de sol! En cuanto subí la persiana y vi esos rayos de sol bailando al son del mar, salí pitando de la habitación, desayuné rápidamente un yogur con plátano y cereales y bajé a la playa en cuanto me puse el bikini.

Tati aún dormía, así que bajamos solo Carlota y yo. Para mi sorpresa, los chicos habían llegado antes que nosotras. Nos acomodamos a su lado y pronto estábamos comentando la película del día anterior y riéndonos de los gritos que había soltado Javi de manera inconsciente. Había sido realmente divertido; cuanto menos, había sido un plan distinto.

Empecé a untarme de crema solar cuando Leo se ofreció a ponérmela por la espalda:

—¿Te ayudo?

Antes de que respondiera, ya se estaba levantando. La noche anterior, al llegar a casa estaba tan cansada que no pensé más en el tema. *El tema.* Todo lo que había pasado en el bingo y en el cine con mi mejor amigo me había removido un poco. Lo curioso era que tampoco había pasado nada obvio; fue una serie de gestos, palabras y miradas que me habían dejado algo loca, y mil dudas sobre nuestra relación volvieron al acecho. Por si fuera poco, todo se disparó en ese momento, cuando sentí aquellos dedos tan familiares y a la vez tan desconocidos en mi piel y, por un segundo, su roce

despertó en mí una sensación chispeante, de esas que surgen en el pecho cuando sabes que se acerca algo emocionante. Intenté que mi expresión no delatara mis pensamientos e intenté buscar a mi alrededor algo que me distrajera, pero lo que me encontré fue aún peor: los ojos de Bruno estaban clavados en aquella escena donde no estaba pasando nada y, a la vez, estaba pasando de todo. No supe descifrar su mirada…, pero algo me decía que, fuera lo que fuese lo que estaba pensando, no estaba muy equivocado.

Aquella tarde desperté de la siesta con las mejillas un poco rojas; me había quemado. Me inspeccioné el cuerpo entero en busca de más quemaduras y, al darme la vuelta y verme la espalda, no pude reprimirme:

—¡La hostia!

Mi madre apareció corriendo por la puerta de la habitación con cara de preocupación.

—¡¿Qué te pasa?!

—Esto, me pasa.

Me giré para que mamá pudiera observarme la espalda y ella tampoco pudo contenerse:

—¡Virgen Santa, Selene! ¿No te has puesto crema?

—¡Sí, jolín! Lo que parece que me la he puesto como el culo.

—Qué fina eres, hija.

Le pedí una foto de la espalda a mi madre para poderme ver bien y, si cabe, aluciné todavía más. No dudé en enviársela a Leo.

Selene
(foto)

La próxima vez voy a pedirle a otro que me ponga crema

Leo
Jajajajajajaja

Pero cómo te has quemado tanto?

Selene
Dímelo tú! Eres el culpable

Tendrás que compensármelo

Leo
Pídeme lo que quieras

No te lo pienses mucho, o cambio de opinión

Selene
Jajajaj

Algo seguro que encuentro, tú dame tiempo

Leo
Más aún?

Selene
Pero si solo han pasado dos minutos!

Leo
Para mí han sido años

Selene
Exagerado

Leo
Bueno, cuánto hace ya de París?

Selene
Diez meses?

Leo
Vale, pues no han sido años, han sido meses

Eso es lo que llevo dándote tiempo

Vale, ahora sí que estaba pasando algo. No eran alucinaciones mías, ¿no? Leo estaba siendo claro con sus intenciones y ese mensaje mencionando París hablaba mucho más de lo que me atrevía a pensar. Acerqué el móvil a mi pecho, como si ese gesto pudiera calmar los latidos disparados de mi corazón.

Selene
Lo bueno se hace esperar, no?

Leo
Eso dicen. A ver si es verdad

Selene
A ver

Nos vemos luego, he quedado con las chicas

Leo
Te quiero!

Selene
Y yo a ti!

Dejé el móvil sobre la mesilla y me dirigí al baño para prepararme. Al verme en el espejo, me encontré con una sonrisa traviesa de la que no había sido consciente. ¿Qué acababa de pasar? ¿Qué había sido ese tonteo descarado con Leo? Teníamos un pacto de mejores amigos. Todo el mundo sabe que entre los mejores amigos no puede pasar nada. Y nosotros lo teníamos más claro que nadie. Pero ¿por qué, dentro de lo raro que había sido aquello, notaba que la conversación había sido tan natural?, ¿por qué me sentía extrañamente bien?

En un rato había quedado y ya llegaba tarde, pero sin duda era algo a lo que debería volver para comenzar a sacar conclusiones.

LEO

Habíamos decidido hacer un *remember* y salir al Costa Este. Ya nos dejaban pasar en la zona de +25 (con algún que otro trapicheo gracias a los hermanos mayores de algunos), y siempre hacíamos lo mismo: un par de copas en el parking y a bailar. Aquella noche el ambiente estaba cargado de una mezcla de euforia y nervios, aunque no sabrías describir exactamente por qué.

A ver, yo tenía una idea de mis motivos, pero tampoco quería hacerla más grande en mi cabeza. El día anterior había hablado con Selene de una forma totalmente nueva para nosotros: sí, habíamos tonteado de manera evidente. Aunque me moría de ganas de saber qué estaba pensando y qué estaba sintiendo mi amiga, hice ver que no había pasado nada. Y ella igual. Bueno, vale, ella había sido la primera en hablarme como si nuestra conversación hubiera sido

sobre lo que habíamos comido para cenar. Y yo le seguí el rollo, cómo no.

Estuvimos bebiendo y bailando como aquellos adolescentes que se habían conocido unos veranos atrás, aquellos niños que no tenían ni idea de lo que les depararía esa amistad. Qué de vueltas que daba la vida. Entramos a la discoteca pasadas las dos de la madrugada y la música invadía el espacio. Ya nos sabíamos casi todas las canciones de memoria (eran las mismas verano tras verano, con algún añadido que lo hubiera petado ese año) y las bailábamos como si nos pertenecieran. Ahí dentro, éramos libres y nos sentíamos vivos.

En un momento dado sonó la canción. *Nuestra canción.* Era la que Selene y yo habíamos bailado juntos cada vez que había sonado ese año. Con la primera nota ya nos dimos cuenta de lo que seguía, mientras que el resto todavía intentaba identificar cuál era aquella melodía. Fui directo a mi mejor amiga, me pegué a ella y empezamos a bailar. La miré a los ojos, buscando respuestas a todas las preguntas que no me atrevía a formular. Y yo sabía que ella las escuchaba con la mirada, aunque se negara a decirme nada. Compartimos una leve sonrisa que se fue agrandando a medida que llegaba el momento que nos pondría a saltar a todos. Y saltamos alto, y bailamos bajo, y cantamos fuerte y nos dedicamos profundamente aquella canción que tan felices nos hacía.

De repente, alguien pasó por su lado a toda prisa y, con un golpe de hombro, desestabilizó un poco a Selene e hizo que saliéramos de nuestra burbuja para volver a aquella pista abarrotada de gente. Nos giramos para ver quién había sido y, aunque fuera por poco,

pudimos ver la figura de Bruno desapareciendo entre la multitud en dirección a la terraza. ¿Qué le pasaba?

Selene lo siguió y se lo encontró al lado de la puerta de cristal, cerca de la zona de *chillout*. Iba a recriminarle lo del golpe, pero la cara pálida del chico la paró. Y yo me detuve a tan solo unos metros de ellos.

—¿Te encuentras bien?

Al levantar la vista y encontrarse con ella, Bruno emitió una especie de gruñido.

—Sí. Vete. Vuelve con tu novio.

—¿Qué dices? —Selene intentaba comprenderlo.

—¿Vas a tener la poca decencia de intentar disimular? —empezó él—. ¿No crees que ya habéis jugado bastante conmigo?

—Bruno, no sé de qué me estás hablando. —Y, aunque no lo sabía, empezaba a sospecharlo.

—¿Estás enamorada de él?

—¡¿De quién?! —Selene gritó más de lo que quería, estaba perdiendo la paciencia.

—¡De Leo, joder! ¿Estás enamorada de él?

—No, ¡claro que no!

—O sea, que solo tonteas con él para nada. —Bruno miró a Selene a los ojos y a ella se le desencajó la cara.

—Leo es mi mejor amigo, y si bailar con él es tontear, entonces sí, estoy tonteando a fuego. Pero no, no estoy enamorada. No podría estar nunca con alguien que no sabe lo que es amar. Por favor, ¡si estuvo con una tía durante años y ni siquiera la quería de verdad! Es ridículo.

—Guau, vale. —Aquello no había salido de la boca de Bruno; lo habían formulado mis labios de forma incontenible. Aquellas palabras habían sido como un dardo envenenado con objetivo directo a mi corazón. Lo peor era que no sabía si me había dolido más que mi amiga creyera que no era capaz de amar o el hecho de que nunca querría estar conmigo. Que sí, que era evidente que lo nuestro estaría destinado al fracaso (¿verdad?), pero algo en mí nunca había perdido la esperanza de que algún día terminaríamos juntos. *De ilusiones también se vive, supongo.*

Por su mirada, supe que a Selene se le caía el mundo encima al instante.

—Leo, yo…

Pero yo ya me había dado la vuelta y me dirigía a la salida.

Bruno volvió a entrar en la discoteca.

Selene se sentó en el sofá que había a su lado y se tapó la cara con las manos.

Y de fondo sonó *Marta, Sebas, Guille y los demás*, pero nadie la bailó.

SELENE

Eran las 4.31 a. m. cuando un número desconocido encendió la pantalla de mi móvil.

Era del hospital.

Leo había tenido un accidente de coche; un animal había cruzado la carretera de repente y Leo lo había intentado esquivar. Había chocado con un árbol del arcén.

Y ahora estaba inconsciente.

Alrededor de las seis de la mañana, ya estábamos todos en la sala de espera. Nadie decía nada, el único ruido que se podía escuchar era el del ajetreo de los trabajadores, y los minutos se hacían eternos. Los padres de Leo habían llegado los primeros, y mi padre había hecho un par de viajes para llevarnos a mí y a mis amigos sin que nadie más condujera esa noche.

Cuando el sol ya estaba alto y nosotros no podíamos aguantar nuestros cuerpos, la médica nos dio la noticia de que Leo estaba estabilizado. Mi amigo se había dado un golpe en la cabeza y lo querían mantener en observación por si había sufrido una conmoción. Pero todo estaba bien. Todos volvimos a casa para ducharnos, dormir y volver al hospital por la tarde. Intenté dormir un rato, pero fue imposible. Algo dentro de mí sentía una inmensa culpabilidad, creía que el accidente de Leo no habría tenido lugar si no hubiera escuchado lo que yo había dicho sobre él y se hubiese ido de aquel modo. Así que me vestí con lo primero que encontré y volví al hospital. Los padres de Leo seguían ahí, me pidieron que me quedara con su hijo mientras ellos salían a tomar el aire diez minutos y me senté en el sillón que había al lado de la camilla donde mi mejor amigo estaba tumbado y conectado a esas máquinas. Tomé su mano y una lágrima se asomó con cautela.

—Mira, ya estoy llorando —dije—. Ahora te estarías riendo de mí y me llamarías llorona otra vez, como a ti te gusta. Qué pesado eres con eso. —Dibujé una leve sonrisa que, al instante, se convirtió en llanto—. Lo siento, Leo. Joder, lo siento. No quería decir eso. Ni siquiera lo pienso. Pero ¡si tienes el corazón más grande que existe! ¿Cómo no vas a saber querer? —Hice una pausa, dudando de si mi

amigo me estaría escuchando. No pareció moverse, y saber que él no tendría respuesta para lo que estaba a punto de confesarle me alentó—. La verdad es que tengo miedo. Tengo miedo porque sé que, si es verdad que me quieres, vas a quererme demasiado bien. Y yo no sé si estoy a la altura de eso. Pero ya no me siento capaz de seguir negando que te quiero, más de lo que una mejor amiga quiere a un mejor amigo. Uf, qué bien sienta soltarlo. Te quiero. Mira, ya lo he dicho otra vez. Te quiero. ¡Ja! —lo dije cada vez más fuerte, como si dejarlo ir al fin hiciera que se disiparan los miedos.

Llevaba meses, años, con un nudo en el pecho y ni siquiera lo había sabido hasta ese momento. Esbocé una sonrisa que hablaba de alivio, de libertad y de amor. Y así, sumida en mis pensamientos, una voz —la voz que más deseaba escuchar en este mundo— rompió mi silencio.

—Yo también te quiero.

Pues al final resultó que sí que tenía respuesta, mira.

Alcé la cabeza para mirar a Leo a los ojos y nos vimos; por fin nos vimos. Después de unos segundos, que parecieron una vida entera, me incorporé lentamente para dar un beso suave en los labios de mi mejor amigo. Me separé de él cautelosa, con una extraña sensación de paz en el pecho. Mis pulmones se expandieron, las lágrimas invadieron mis ojos de nuevo y en un suspiro entrecortado solté todo el aire que llevaba dentro. Era como si con ello acabara de soltar mil confesiones que mi alma había guardado bajo llave; y al fin me di cuenta: todo lo que no decimos, lo habla nuestro cuerpo. Y mis lágrimas, mi respiración y los latidos incesantes de mi corazón estaban gritando que lo amaba. Con cada poro de mi piel, con cada átomo de mi ser. Él me miró de nuevo y

poco a poco acercó su mano a mi pelo alborotado; luego me acercó a él y me besó de nuevo. Y volvimos a vernos. Habían hecho falta ocho veranos y estar a punto de perdernos unas cuantas veces para que nos diéramos cuenta de que duelen más las palabras que callamos que los sentimientos que hablamos. Pero finalmente habíamos hablado.

LEO

Dicen que el tiempo lo pone todo en su lugar.

Y ahora empezaba a creerlo.

Porque si no nos hubiéramos conocido como amigos, si no hubiéramos sufrido el amor con personas que no nos correspondían, si no nos hubiéramos recompuesto el corazón con la compañía del otro, no habríamos llegado a ese momento.

Ese momento que lo cambió todo.

Sus labios habían besado los míos en un intento tímido de empezar algo que estaba destinado a ser. No había otra forma de entenderlo. La magia que sentimos era inexplicable, pero dentro de nosotros todo tenía sentido. Selene me amaba, y yo a ella, y al fin no había nada que se interpusiera en nuestro camino. Quizá nunca lo había habido, al fin y al cabo, habíamos sido nosotros mismos quienes habíamos construido los muros que durante años nos habían separado lo justo como para que nuestros corazones enterraran lo que sentían de verdad. Pero ya no había paredes, no había filtros, no había miedo.

Habían pasado dos semanas desde que me dieron en alta en el hospital y poco a poco todo se había ido colocando: Selene y yo hablamos con Bruno, quien, a pesar de su enfado inicial, entendió lo que sentíamos en cuanto vio cómo nos mirábamos mi mejor amiga y yo. Por encima de todo, era nuestro amigo, y lo queríamos tanto como él a nosotros. No queríamos hacerle daño. Lejos de distanciarnos, él había demostrado tener un buen corazón cuando antepuso nuestra felicidad a su orgullo.

A ver, también es verdad que había conocido a una chica belga que le había robado el corazón en cuestión de una semana, lo cual contribuyó a su buen humor y a su rápido cambio de chip. Pero eso no le quitaba mérito a su lucha contra el ego. Tatiana y Carlota nos habían abrazado con emoción cuando les contamos lo que había sucedido en el hospital, aunque no se mostraron especialmente sorprendidas; supongo que, a fin de cuentas, ya se lo esperaban. Quizá todos, menos Selene y yo, se lo esperaban, porque Javi y Guille también dieron por hecho que lo nuestro tenía que pasar algún día. Aún más: el verano en el que nos conocimos habían apostado diez euros a que íbamos a ser novios; Javi había dicho que pasaría al cabo de dos veranos, y Guille nos había dado un margen de un año. Ninguno de los dos había acertado en el tiempo, pero sí en la conclusión. Selene y yo, al fin, estábamos juntos.

Aquellas dos semanas fueron mágicas. Selene no se despegó de mí ni un segundo con la excusa de cuidarme, aunque sé que en el fondo lo hacía porque quería estar conmigo y aprovechar todo el tiempo perdido. No es que me quejara, pues a mí me encantaba tenerla a mi lado. Habíamos visto incontables comedias románticas con las que yo me había quedado dormido, y documentales del

océano que hacían que a ella se le cerraran los ojos a los dos minutos; habíamos bajado a la playa con nuestros amigos, y también habíamos desaparecido alguna mañana para bañarnos solos entre las rocas, escondidos del mundo y alejados del tiempo; habíamos probado restaurantes nuevos, desde los más elegantes al borde de un acantilado hasta los más cutres, de donde salíamos apestando a fritanga y lo solucionábamos con un baño nocturno en mi piscina; habíamos ido al cine solos, y al fin le había cogido la mano sin miedo en mitad de la película…, aunque algo no había cambiado: seguía sintiendo esas cosquillas que recorrían mi cuerpo con cada roce de sus dedos. Y nos habíamos besado. En el sofá, en la playa, entre las rocas, en los restaurantes, en la piscina y en el cine. Nos habíamos besado en el coche, por la calle y bajo el agua. Nos habíamos abrazado a cada oportunidad que habíamos tenido, y su cuerpo con el mío se había convertido en una casa que quería descubrir, sentir y habitar para siempre.

Era la última cena antes de que se terminara el verano y habíamos quedado en mi casa para comer, beber, hablar, jugar y reírnos hasta que la noche decidiera.

Estábamos en la terraza, con todo el picoteo preparado y las copas aún vacías. Descorchamos una de las botellas vino, servimos la primera ronda para cada uno y, coordinadísimos, todos miramos a Selene. Tatiana dijo lo que todo el mundo estaba pensando:

—Venga, Selene, te toca decir que brindamos por nosotros, por lo que somos, por lo que hemos sido y por lo que seremos.

Todos reímos, pues conocíamos demasiado bien a nuestra amiga. *Mejor amiga.*

—No me dejáis otra, esto ya es una tradición —dijo Selene—. Pero esta vez lo vamos a hacer un poco distinto: brindaremos por nosotros, sí, pero por cada uno de nosotros. Con esta primera botella, quien quiera dedicará un brindis a otra persona del grupo y tendrá que explicar por qué. Con la segunda, le tocará a la persona por quien hemos brindado. Y así hasta que hayamos bebido a la salud de todos.

—Siempre tan cursi —dije, y ella me lanzó una mirada que intentaba ser amenazadora, a lo que yo respondí—. Y me encanta, ya lo sabes.

—Y, como te encanta tanto, te toca empezar —sonrió ella.

Repasé las caras de mis amigos y, con un suspiro, empecé a hablar:

—Brindo por Guille. Porque tenemos el amigo más listo del mundo, que vive a tomar por culo y que se mueve entre empresas y gente top, y, sin embargo, aquí está, una vez más, con el grupo más normal que podría encontrar. Eres un tío leal. Te quiero, amigo.

Y todos brindamos.

Era verdad que, fueran cuales fuesen las circunstancias de su vida, Guille siempre encontraba un hueco para volver a Calella y estar con sus amigos. Los últimos años había estado viviendo en Boston y compaginar su nueva vida con la que había dejado en Barcelona (y en Calella) había sido un poco complicado, pero ahí estaba. Además, unos días atrás le habían ofrecido un puesto en una gran empresa ubicada en San Francisco y lo había aceptado. Tendría que terminar sus cosas en Boston y luego se mudaría.

—Guille, ¿y qué va a pasar con Marlene? ¿Habéis hablado de cómo gestionar lo de la relación a distancia? —preguntó Selene.

—Lo hemos hablado… Y vamos a intentarlo. No sé cómo va a ir.

Todos nos sorprendimos ante la noticia, pero entendimos sus motivos. Al fin y al cabo, por muy enamorado que estuviera, la oportunidad era de oro, y había que aprovecharla.

—Bueno, Guille, está bien intentarlo. Tienes una gran oportunidad laboral y no la puedes dejar escapar, pero no por ello hay que dejar escapar a una persona que te gusta tanto —dijo Selene—. ¿Cómo te sientes?

—A ratos, porque la voy a echar mucho de menos y no sé cómo va a ir… Pero confiemos.

—Pues claro —intervine—. A fluir con la vida, que siempre nos ha demostrado que tiene un plan para nosotros.

—Hostia, tío, hablas como Selene —se rio Javi, y todos le siguieron—. Va, Guille, te toca.

Fui a por una nueva botella de vino y, mientras servía las copas, Guille se lo pensó.

—Por Tatiana. Porque ha tomado una de las decisiones más difíciles de la vida: dejar la universidad para dedicarse a lo que realmente le llena. No va a ser un camino fácil, pero estoy convencido de que tu tienda va a triunfar. No podría estar más orgulloso de ti.

Y todos brindamos.

Tatiana finalmente había decidido apuntarse al curso de floristería y se estaba organizando para dejar la universidad y las clases particulares que daba a niños, en cuanto tuviera ahorros suficientes

para empezar su proyecto personal. En apenas unos meses abriría su propia tienda, y todos estábamos emocionadísimos con la idea.

—Gracias, chicos. —Tatiana dibujó una sonrisa cómplice—. Tengo un poco de miedo, pero creo que debo intentarlo.

—Es normal tener miedo, lo incierto nos asusta —dijo Carlota—. Pero la vida va de eso, de probar y de equivocarse. Sería genial que no te equivocaras, claro, pero en el peor de los casos, ¿qué? Tu vida no se acabaría ahí. Tienes otras mil opciones para tirar adelante, aunque ahora no hace falta valorarlas. Pasito a pasito.

—Suave-suavecito, como diría Fonsi —añadió Selene, y el resto nos unimos a ella y cantamos, algo desafinados y entre risas, aquella canción que tanto habíamos bailado en la discoteca años atrás.

—No sé qué haría sin vosotros —dijo Tatiana—. Ni sin Sergio. Él también me está apoyando mucho en todo lo del proyecto.

—A ver… —empezó Bruno, y al segundo le apareció esa sonrisa burleta—. No tiene que ser fácil aguantarte cuando las cosas no te salen como querías y te cabreas.

Tatiana le dio un golpe en el brazo, divertida, aunque no pudo llevarle la contraria:

—Realmente es un santo.

Sergio y ella estaban planteando irse a vivir juntos en un pisito en el barrio de Gràcia. Aún no habían decidido nada, pero todo apuntaba a que pronto podríamos montar ese tipo de cenas en un loft de Barcelona. A pesar de que su relación había tenido sus más y sus menos durante todo ese tiempo, nuestra amiga se veía más feliz que nunca. Algo en ella había sanado, y seguramente se debía a la capacidad que tiene una persona correspondida de enganchar los

pedazos rotos de nuestros corazones. Y también de que nosotros pongamos empeño a reparar lo que se rompió en nuestro interior, claro. Qué bien podían salir las cosas cuando estabas dispuesto a hacer un esfuerzo para que así fuera.

—Venga, Tatiana, ¡tu turno! —se animó Carlota, que, igual que los otros, empezaba a sentirse muy bien con aquella nueva forma de brindar y celebrar la amistad.

—Brindo por Javi, para que siga fluyendo en la vida. —Entonces se dirigió directamente a él—: No sé si eres consciente de ello, pero me inspiras mucho. La primera vez que te conocí quise matarte, te habías tirado de la roca del Canadell sin calcular y casi caes encima de mí; pero pronto entendí que tú no calculas nunca, sino que tienes claro lo que quieres y vas a por ello tomando las oportunidades que te da la vida, sin forzar nada. Mírate ahora. Querías encontrar un buen trabajo de lo tuyo y antes incluso de acabar este curso ya te habían hecho una oferta increíble en Oxford mismo. Que sí, que quizá preferirías volver a vivir a Barcelona, pero sabes que ahora tienes esta oportunidad en Inglaterra y te has dejado llevar por ello, porque sabes que, cuando toque, ya volverás. Todo el mundo debería ser un poco más como tú.

Y todos bebimos.

A Javi le quedaban dos días de vacaciones, y luego volaría hasta Londres para coger un tren que lo llevara a Oxford y seguir con su nueva vida en la ciudad. Aunque ya la conocía porque llevaba tiempo ahí, el nuevo trabajo le abría las puertas de una carrera profesional soñada, y eso hacía que lo viviera todo con la ilusión de la primera vez que se marchó.

—Espero que vengáis a verme —dijo Javi después de beber.

—¡Por supuesto! —Yo me animaba rápidamente a cualquier plan que implicara viajar, y el último recuerdo que tenía de esa ciudad era maravilloso—. ¿A mediados de octubre cómo lo ves? Todavía hará buen clima y me habrás dado tiempo suficiente para que te eche de menos.

—Genial, deja que hable con Sara primero, que también iba a venir por esas fechas.

—Uuuh, así que va en serio, ¿eh? —se burló Selene. Javi estaba conociendo a una chica en la ciudad inglesa y, por lo que habíamos podido comprobar ese verano, le gustaba de verdad. Esos días sin ella habían hecho que se echaran de menos y era la primera vez que veíamos a nuestro amigo comprometido con alguien. Al menos, con la disposición de hacerlo bien de verdad.

—Sí, de momento todo rueda —respondió él con cautela—, aunque quizá ella se tenga que ir pronto de Oxford. Y, bueno, lo de la distancia ya sería más difícil. A ver cómo va.

—Sencillo no va a ser —soltó Tatiana—, pero que estés dispuesto a intentarlo ya es un gran paso. Hace unos años no te atrevías ni con alguien de aquí, imagínate.

—Al menos no la tienes a seis horas y media de vuelo —intervino Guille, riéndose un poco de sí mismo y haciendo que el resto se riera con él.

—Ya os iré contando cómo avanza el tema. —Javi zanjó el asunto y se preparó para un nuevo brindis—. Ahora voy yo, ¿verdad?

Cuando todos tuvieron la copa llena otra vez, empezó:

—Brindo por Carlota, por la Carlota que tengo hoy delante y por todas las Carlotas que has sido antes de aceptarte y ser realmente feliz. Sé que ha sido un proceso duro para ti y confío en que las

nuevas generaciones se lo pongamos más fácil a nuestros hijos, pero no sabes lo orgulloso que me siento de haber podido ver cómo te ibas desprendiendo de todo lo que te apagaba e ibas encontrando tu verdad. Es un honor haber convivido con todas las versiones de ti que has sido; de cada una de ellas he aprendido un montón. Gracias por haberte permitido brillar, creo que siempre nos has guiado a todos un poco con tu luz.

Y todos bebimos. Y casi lloramos.

—Joder, Javi, pero ¿esto lo traías escrito? —Bruno estaba alucinado con aquellas palabras.

—Es el vino, que me inspira.

Carlota tenía los ojos vidriosos tras aquella dedicatoria y tomó la mano de Javi, que se sentaba a su lado, para apretarla con ternura. Se miraron con una sonrisa cómplice y Carlota consiguió hablar con la voz un poco rota:

—Gracias a vosotros por haberme dejado siempre ser. Fuisteis y seréis mi gran apoyo, os quiero mucho.

Todos nos levantamos para abrazarla y a los pocos segundos éramos una pelota humana con un centro llorón. Carlota se había emocionado con ese gesto mientras celebrábamos ese amor tan incondicional.

—Antes de que las lágrimas no me dejen ver ni hablar —retomó su discurso—, tengo algo que contaros. —Nadie había vuelto todavía a su sitio y la miramos expectantes, de pie a su alrededor. Ella hizo un gesto rápido por debajo de la mesa y, al levantar la mano, un brillante enmascaró la luz de la luna por unos segundos—. ¡Me caso! —Antes de que pudiéramos decir algo o ni siquiera reaccionar ante

tal declaración, ella añadió—: No va a haber boda hasta dentro de un par de años o tres, pero ¡nos hemos prometido! Estoy superfeliz.

Seis gritos distintos se solaparon en unos segundos cargados de felicidad, sorpresa y caos. Todos nos abalanzamos sobre Carlota, y luego entre unos y otros nos abrazábamos con fuerza y emoción. Selene y Tatiana se acercaron a su amiga para felicitarla y vivir con ella ese momento tan mágico. Todas tenían los ojos llorosos y, con la emoción, se dijeron algunas de las palabras más bonitas que habían compartido nunca. O quizá fueron palabras que dejaban bastante que desear, pero el alcohol era traidor y les había hecho creer que había sido muy especial. Daba igual, porque al final lo que importaba era lo que sentían… Y sus corazones estaban a punto de reventar de felicidad. Todavía más cuando Carlota soltó la pregunta:

—¿Seréis mis damas de honor?

De nuevo, unos gritos llenos de euforia inundaron el balcón en aquella noche en la que incluso las estrellas parecían sonreír.

Cuando todos nos hubimos relajado y vuelto a nuestros sitios, dedicamos un rato más a comentar los detalles de la pedida de mano. Claudia le había pedido matrimonio a Carlota dos días antes, en una escapadita que habían hecho juntas para acampar en una calita cerca de Calella. Se trataba de una cala resguardada por rocas grandes que envolvían la entrada del agua y parecían formar una especie de baño privado. Los árboles que recorrían la arena hacían de parasol natural durante el día y se convertían en cobijo por las noches. Si te bañabas en la oscuridad, el mar siempre estaba calmado y se podían ver más estrellas de lo que uno podía imaginar. En las ocasiones en las que la luna estaba llena, como ese día, la cala se iluminaba de forma natural y solo hacían falta un par de

farolillos para acompañar el ambiente. Claudia ya venía preparada con ellos. En unas escaleras que bajaban a la playa, Carlota se había distraído con las vistas y Claudia había aprovechado para apoyar con disimulo el móvil en un peldaño y así grabar el momento; luego volvió con su novia, se arrodilló como si fuera a colocarse bien algo de la zapatilla y, sin que la otra lo esperara, sacó el anillo del bolsillo. Carlota no dudó ni un segundo antes de arrodillarse frente a su ahora prometida y decirle el «sí». Había sido una escena preciosa, y ahora sus amigos podían corroborarlo. Aún no tenían fecha para la boda, ni tampoco prisa por encontrarla, pero ese acto de amor puro las había unido más que nunca y el futuro parecía sonreírles. Al menos, el presente lo hacía. Y con eso, de momento, bastaba.

—Bueno, dejemos de hablar de mí! —sentenció Carlota—. Quiero hacer mi brindis.

—A lo tonto, ya llevamos unas cuantas copas encima —dijo Javi —. Pero ¡sigamos, que estamos a tope!

Todos preparamos nuestras copas y Carlota comenzó a hablar:

—Por Bruno, que ha roto todos mis esquemas. Te conocí siendo un chulo… Y, vale, lo sigues siendo, pero ahora es parte de tu encanto, porque has crecido en muchos sentidos. En algún momento llegué a pensar que no cambiarías nunca y que huirías de las responsabilidades y del amor hasta dentro de mucho tiempo; quizá para siempre. Pero me has demostrado que estaba equivocada y no podría estar más contenta por ello. Cuando te den la plaza que has pedido en la Universidad de Bruselas, te vamos a echar de menos, pero sé que en esa ciudad te espera una de las mejores etapas de tu vida. Te vas a poner a prueba como nunca y estoy convencida de

que el hombre que tengo hoy delante nos va a sorprender con todas sus aventuras.

Y todos bebimos.

Bruno había decidido aplicar a una de las universidades de más prestigio de Bruselas para terminar sus estudios. Había elegido esa ciudad porque Camille, la chica de la que se había enamorado perdidamente en pocos días, era belga y él quería intentarlo de verdad con ella. Podía parecer rápido e incluso un poco loco, pero era el momento de hacerlo. Todos sabíamos que hacía tiempo que nuestro amigo quería dar el paso y vivir en otra ciudad europea, y si haber conocido a Camille era el empujoncito que necesitaba para lanzarse, que así fuera. El primer paso era que lo aceptaran, pero sabíamos que lo conseguiría; luego se mudaría a la ciudad y compartiría casa con tres chicos más, cerca del barrio donde vivía la chica. Y entonces ya se vería. Pero haber tomado la decisión era un primer paso gigante, teniendo en cuenta que el compromiso nunca había sido su mayor fuerte.

—¿Te planteas ir a vivir con ella? —Tatiana tenía curiosidad.

—De momento necesito que me den la plaza. —Todos abucheamos, pues sabíamos de sobra que la conseguiría. Nuestro amigo se rio y prosiguió—: Con Camille quiero ver si funciona viviendo en la misma ciudad y estudiando. Al final, la rutina que tenemos ahora es totalmente distinta de lo que va a ser si me mudo. Si todo va bien, quién sabe…

No era una respuesta muy definida, pero era lo máximo que podíamos esperar de nuestro amigo por el momento. Habría que ver cómo les iba y hasta dónde estaría dispuesto a llegar él por amor.

Mientras hablaban del tema, Selene había estado observando a Bruno y en sus ojos pude ver una mirada curiosa, como si acabara de descubrir una nueva imagen de la persona a la que tanto había querido. Era Bruno, pero ya no era su Bruno. Ahora era un hombre sensato, con comentarios fuera de lugar y todavía algún deje de inmadurez, pero un hombre, al fin y al cabo. Pensé en cómo habrían podido ser las cosas si ella y Bruno hubieran seguido juntos; ¿él se habría comprometido igual que hacía ahora con Camille? ¿Habrían conseguido sanar la relación en algún momento? Y lo más importante: ¿habrían llegado a ser felices de verdad? Nadie tenía respuesta para todas aquellas preguntas, pero de lo que estaba convencido era de que, si no había sido, era porque no tenía que ser. Y sabía que ella, igual que yo, por fin había encontrado la paz en eso.

Era el turno de Bruno para brindar. No dejó de mirar a Selene mientras alzaba la copa:

—Por Selene, que me enseñó lo que era el amor. Creo que hablo por todos los que estamos hoy en esta mesa cuando digo que verte querer sin miedo es inspirador, y lo fue todavía más cuando confiaste en mí para hacerlo. Fuiste mi primera novia y siempre te guardaré un rincón especial en mi corazón por ello. Porque, aunque lo nuestro no saliera bien, nos quisimos lo mejor que supimos. Y porque a veces hay que aprender a dejar ir para dar espacio a lo que sí tiene que ser. —Entonces buscó mis ojos y torció el labio con diversión—: Leo, cabrón, me robaste la novia. —Todos reímos—. Pero qué bien que lo hicieras tú, porque no me puedo imaginar a nadie mejor para ella. Os merecéis el amor que os dais.

Y todos brindamos.

Sé que aquellas palabras fueron sanadoras para Selene. Nunca había escuchado a Bruno hablar así de su relación y ese discurso había sido el punto final que ambos merecían. Atrás había quedado el sufrimiento y el rencor, por fin habían entendido que el amor no siempre lo podía todo, que el amor no tenía que doler. Que nunca serías demasiado (o demasiado poco) para la persona correcta, y que perderse a uno mismo no compensaba el ganar a otro.

Selene había dicho muchas veces que creía que su intensidad había matado la relación. Pero la realidad era que solo había matado su espíritu apasionado. Sí, vivía intensamente. Y sí, también quería intensamente. Y yo solo esperaba que conmigo entendiera que aquello no solo no alejaría a la persona que tuviera a su lado, sino que haría que la amara más. El entusiasmo de Selene podía llegar a ser el mismo por los pequeños detalles y por los grandes acontecimientos, y esa pasión era la que alimentaba su alma. Y la misma que enamoraba la mía.

—Gracias, Bruno —dijo al fin—. Ha sido muy bonito.

—Y no miente cuando dice que nos inspiras a todos con tu amor —quiso añadir Carlota, y Tatiana la siguió:

—¡Eres nuestra intensita preferida!

—¿Qué queréis que os diga? —rio Selene—. ¡No puedo evitar sentir tan fuertemente!

—¿Y por qué querrías evitarlo? —intervino Javi—. Mira adónde te ha llevado eso: ¡estás empezando a cobrar por hacer lo que te gusta! Tu arte es lo que te llenará los bolsillos, y esto lo has conseguido gracias a la pasión que pones en todo lo que haces.

—A ver, es verdad que los grandes artistas siempre han sido unos intensitos… Pero amor, ¡vas a hacernos ricos con tus ilustraciones! —

me reí con cariño, y Selene soltó un chasquido poniendo los ojos en blanco.

—¿Quién sabe? —respondió ella—. Quizá algún día lo seamos, entre las ilustraciones y un nuevo proyecto que tengo entre manos y que parece que va a salir…

Abrí mucho los ojos.

—¡¿Te han dicho que sí?!

—¡Sí! —respondió ella con una expresión radiante, y entonces volvíamos a estar en aquella burbuja en la que nos perdíamos en la mirada del otro.

—¡¿Alguien va a decirnos a qué te han dicho que sí?!

Selene los miró con los ojos brillantes de entusiasmo y dijo:

—He hablado con una editorial muy importante para presentar una idea de libro que he tenido… ¡y les ha interesado! ¡Tengo una reunión con ellos a la vuelta de las vacaciones y empezaré a escribir mi libro!

Todos guardaron silencio unos instantes, procesando lo que nuestra amiga acababa de decir y haciendo rápidos cálculos mentales para asegurarse de que lo habían entendido bien. Sabían que Selene había estado escribiendo toda su vida, pero no que ya hubiera movido los hilos para que sus textos llegaran algún día a las librerías. En cuanto entendieron la magnitud del asunto, todos saltaron de sus sillas para abrazarla y felicitarla entre miradas de asombro, alegría y orgullo. Y yo no podía dejar de contemplar la escena, pensando en lo afortunado que me sentía por tener una mejor amiga que tanto inspiraba, a quien tanto querían, que tanto nos daba. Una mejor amiga a la que al fin podía besar.

—¡Eres la jefa! —gritó Tatiana.

—¡La mejor! —se sumó Carlota.

—¿Cuándo sale a la venta? —preguntó Javi—. ¡Vamos a agotarlos en todos los sitios!

Todos reímos y celebramos la noticia. Entonces me acerqué a mi chica, la abracé con ternura y le dije al oído:

—Estoy tan orgulloso de ti.

—Gracias, amor. —Selene se separó un poco para mirarme a los ojos y me dio un beso cargado de ilusión. Se lo devolví y nos perdimos en esa sensación de paz que nos envolvía cada vez que posaba sus labios en los míos. Quería celebrar todos y cada uno de los éxitos que teníamos por delante junto a ella. Salí de mi ensoñación una vez más cuando Selene volvió a girarse hacia el grupo y empezó a hablar:

—Me toca hacer el último brindis, ¿no?

—Venga, dale —la animó Tatiana.

—Brindo por Leo. Porque desde el momento en el que lo conocí supe que sería mi persona favorita. Y lo fue. Lo fue la primera noche que bailamos y lo sigue siendo ahora. —Mi mejor amiga me dirigió la mirada—: No pude tener más suerte cuando viste algo en mí tan fuerte como para quererlo cuidar cada día, y no puedo creer lo afortunada que soy hoy por poder compartir contigo todos nuestros miedos, nuestras alegrías, nuestras derrotas y nuestros éxitos. Arriesgarme por ti ha sido la mejor decisión que he tomado nunca. No podría haber elegido un mejor compañero de vida que mi mejor amigo.

Y todos bebimos.

Me giré y le di un beso más bajo ese cielo estrellado que, con sus luces chispeantes, parecía que había estado brindando con nosotros.

Entonces fue cuando, casi de forma instintiva, solté:

—Selene, ¿te vienes a vivir conmigo?

Selene escupió el vino por la nariz.

—¿Qué? —Mientras se secaba con una servilleta, sus ojos se iban abriendo cada vez más, al ritmo que su boca iba dibujando una sonrisa que abarcaba la mitad de su cara.

—Eso: ¡¿qué?! —Tatiana se añadió a la conversación.

—O sea, no hace falta que te mudes. Podemos empezar con dos o tres noches a la semana y ya buscar algo juntos para cuando acabes la universidad. Pero, eso, ¿te vienes a vivir conmigo? —repetí, ahora con una sonrisa muy ancha—. No me parece tan loco, ¿no? Vivo en un piso que mis padres me alquilan a un precio más que asequible, tengo una habitación y una cama bastante grandes para mí solo, no me gano mal la vida, tú estás a punto de acabar la carrera, nos lo pasamos genial juntos y ya hemos convivido más de una vez… Es como compartir piso con tu mejor amiga, pero despertándonos cada mañana juntos. Es que no se me ocurre mejor plan. ¿Qué me dices?

Todos rieron y Selene no dudó antes de gritar:

—¡Te digo que sí!

—¿Te vienes a vivir conmigo? —pregunté por tercera vez, ahora con un tono de sorpresa que parecía estar asimilando que mi mejor amiga había aceptado.

—Que sí, ¡claro que sí!

Selene se abalanzó sobre mí y me abrazó con todas sus fuerzas, y los dos sentimos la ilusión recorriéndonos las venas. Era una sensación eufórica compartida a la que pronto se añadieron el resto de nuestros amigos.

SELENE

Aquella noche había estado llena de confesiones, emociones y celebraciones. Ahora descansábamos en las sillas de la terraza de Leo, perdidos en nuestros pensamientos. El cielo negro había ido desapareciendo con la última botella que abrimos y la primera luz del día nos recordó que llevábamos horas hablando. Bruno fue el primero en cortar ese silencio cargado de ilusiones:

—Tengo una propuesta.

—Miedo me das —dijo Guille.

—¿Vamos a ver el amanecer desde el mar? Podemos bajar a por la barca, ir un poco mar adentro y ver cómo sale el sol.

La idea de Bruno nos animó a todos de golpe. No tardamos ni diez minutos en bajar al pueblo y pronto estábamos navegando en dirección al horizonte.

Y ahí estaba, dejándome mecer por el vaivén de las olas; observaba el paisaje y sonreía para mis adentros con una calma que nunca había sentido. Ver la inmensidad del océano me recordó una vez más lo insignificantes que éramos todos en el mundo. Y, sin embargo, en esos instantes mi mundo se reducía a esas seis personas maravillosas que había en aquella barca. Quién se habría podido imaginar, ocho años atrás, que nuestra amistad viviría aún con tanta intensidad. No entendía cómo habíamos llegado hasta ahí, pero sabía que, a veces, no hacía falta entenderlo todo para que tuviera sentido. Quizá, al fin y al cabo, aprender a vivir era simplemente cuestión de confiar en la magia de cada día.

EPÍLOGO

El otoño en el que pasó



Unos meses antes…

SELENE

Selene
Ya estoy!

Te espero en la rotonda

Leo
Ok

Llego en 5

Selene
No estés con el móvil mientras conduces

Leo
Estoy en semáforo

Selene
Basta!!!

Leo
😘

Lo esperaba entre los coches aparcados al borde de la rotonda, pendiente de si aparecía la moto de mi mejor amigo. Lo vi a lo lejos y me dispuse a subirme rápidamente de paquete sin que él apagara el motor. Estábamos ya dando la vuelta y dispuestos a adentrarnos en la carretera principal cuando estallé en carcajadas y, al hablar, Leo no entendía nada de lo que decía:

—No… ¡El casco! ¡Leo!

Leo echó la cabeza para atrás sin girarse para escucharme bien.

—¡¿Qué dices?!

—¡Que no llevo el casco!

En ese momento, se dio la vuelta rápidamente y me vio con el pelo al aire, volando sin sentido por el viento que nos azotaba yendo a 30 kilómetros por hora. Maniobró para colocarse al borde de la calle y paró la moto sin poder contener un ataque de risa. La emoción del momento había hecho que nos olvidáramos de algo tan básico como ponerme el casco, pero ¿quién iba a culparnos? ¡Nos íbamos París!

El otoño había llegado disimuladamente, como lo hacía todos los años en Barcelona y, aunque eso nos recordaba que el frío se acercaba, también significaba que había llegado el día del muy esperado viaje. En verano, tanto Leo como yo habíamos terminado nuestras relaciones y la proyección de pasar esos tres días juntos

perdidos por la capital francesa nos había mantenido distraídos mientras pasábamos por todas las fases del duelo sin orden aparente. Había días en los que llorábamos, otros en los que estábamos muy enfadados, algunos en los que empezábamos a aceptar…, y, cuando parecía que ya casi estaba al final del camino, volvía a empezar. Solo que, en realidad, el punto de comienzo era otro. Y así, poco a poco y dejándome sentir, había ido sanando. Y lo había hecho al lado de Leo: sabíamos que nos teníamos el uno al otro y, dentro de lo malo de la situación, aquello nos había unido más que nunca.

Habíamos pasado el último mes planeando todos los detalles del viaje y por fin había llegado el momento de partir.

Leo me vino a recoger a la salida de la universidad y nos fuimos directamente al aeropuerto con una mochila cada uno. Pasamos el control sin obstáculos y pronto nos encontrábamos en la cola para embarcar.

—No me vas a dejar dormir en el vuelo, ¿verdad? —preguntó él.

—No.

—Vale.

Sonreí. Estaba extrañamente emocionada, teniendo en cuenta que en esos momentos debería haber estado con mi novio a punto de entrar en un avión, haciendo el viaje más romántico de nuestras vidas. Pero había algo en cómo había sucedido todo que había despertado en mí una ilusión a la que no sabía poner palabras.

Ya entre las nubes, iba mirando por la ventanilla para observar los colores del cielo y las casitas que, dispuestas entre campos y carreteras, parecían miniaturas. Al cabo de un ahora y cuarenta y

cinco minutos, una enorme ciudad iluminaba la tierra y, en medio de ella, una Torre Eiffel cubierta de luces se levantaba elegantemente. Me giré emocionada para avisar a mi mejor amigo y que no se perdiera aquel espectáculo, pero algo me sacudió por dentro cuando lo encontré dormido. «Qué mono», pensé. Y, por más raro que me pareciera ese comentario en mi cabeza, no le di mayor importancia. No era el momento de pensar.

LEO

El avión aterrizó suavemente y pronto nos metimos en el bus que nos llevaría a nuestro apartamento. Era un loft de pocos metros cuadrados, con una habitación-comedor-cocina y un baño. Al dejar las maletas, caímos en la cuenta de que solo había una cama para dormir.

—Puedo dormir en el sillón, si quieres —me ofrecí. Por un momento, me invadió el miedo de que mi mejor amiga se sintiera incómoda si teníamos que compartir cama.

—No digas tonterías. Dormimos los dos en la cama, que hay confianza. Será que no me has visto ya de todas las formas posibles.

Selene pareció serena al responder, pero la realidad es que la conocía, y en sus ojos vi un poco de agitación. «Qué tierna», pensé al ver cómo se le sonrojaban las mejillas e intentaba disimular su nerviosismo sin éxito.

Insistí un par de veces más hasta que me dejó claro que no le importaba compartir cama conmigo. Decidí creerla. Era verdad que habíamos dormido juntos en más de una ocasión: en casas rurales,

en la fiesta de despedida de Guille, en las acampadas que habíamos hecho con los amigos… Pero esta vez algo se sentía distinto. *No le daremos vueltas a eso ahora, Leo.* Sacudí la cabeza en un intento de dejar ir esos pensamientos y sonreí:

—¿Vamos a explorar la ciudad de las luces?

Mi mejor amiga agradeció el cambio de tema, pues noté como su cuerpo se relajaba al instante. Su cuello se destensó, su mirada se iluminó y por la boca dejó ir un suspiro casi imperceptible; solo que yo la conocía lo bastante bien como para escucharlo a quilómetros de distancia.

—Vamos.

Selene se puso unos vaqueros largos, un top negro ajustado y una cazadora *biker*, mientras que yo me vestí con unos pantalones chinos, una camiseta *oversize* y una chaqueta tejana.

Aquella noche paseamos por las calles del barrio latino, que es donde estábamos alojados, y yo le iba contando a mi amiga algunas curiosidades que había estado leyendo sobre la ciudad. Ella se mostró sorprendida ante la facilidad que parecía tener yo para recordar cosas.

Después de media hora dando vueltas y aprendiendo cosas nuevas, encontramos un sitio donde vendían trozos de pizza para llevar y nos pareció el plan perfecto para cenar. Luego buscamos un bar para tomar algo.

—*Excusez-moi, un bar pour danser?* —pregunté con un acento bastante bien conseguido.

—*Just straight ahead and then turn to the right.*

Joder, yo que me esforzaba por hablar en francés a todo el mundo y los parisinos respondiendo cada vez en inglés. Y, cuanto mayor era mi frustración, mayor era el ataque de risa de mi mejor amiga. Para mí, cada intento era un nuevo fracaso; para ella, una oportunidad para reírse aún más. Y cómo me gustaba verla así, después de lo mal que lo había pasado. «Qué bonita», pensé al fijarme en su sonrisa.

Encontramos un club bastante decente donde nos cobraron quince euros por copa, así que con dos tuvimos suficiente. Estábamos en París y empezábamos a trabajar, pero tampoco era que fuéramos ricos ni nada.

A medianoche decidimos volver al loft para descansar; había sido un día intenso y por la mañana tendríamos que levantarnos pronto para aprovechar el día. Primero se cambió ella en el baño y luego fui yo. Mientras me ponía el pijama, no podía evitar pensar en que había algo raro en aquella situación. Algo raro, pero en el buen sentido de la palabra; diferente, emocionante, intrigante. Habíamos pasado un día fantástico, pero la noche había traído consigo un deje de melancolía y confusión. Selene era mi mejor amiga, lo había sido durante seis años seguidos, pero algo dentro de mí sentía cada vez con más intensidad que lo de ser amigos se me estaba quedando pequeño. Viajar con ella y observarla descubrir mundo había aumentado mis ganas de verla sonreír, de querer enseñarle esos pequeños detalles que hacían que saltara de ilusión, de contarle anécdotas o curiosidades que iluminaban su mirada.

Ignoré todos y cada uno de mis pensamientos con la intención de no estropear nuestro fin de semana; seguir como amigos era lo más seguro. Pero al salir del baño y ver a Selene metida en la cama hizo

que el corazón me diera un vuelco. ¿Cómo podía ser tan preciosa? No estaba dormida, pero se había acomodado de lado, viendo una serie en su móvil. Al abrir la puerta, levantó la cabeza y me sonrió. Pero en sus ojos no vi la inocencia que tanto la caracterizaba; vi dudas. Vi miedo. Y vi… ¿amor? Me acerqué a ella lentamente y, sin hablar, nos dijimos cosas que nunca nos atreveríamos a confesar. Fui a acomodarme a su lado, ignorando aquellas palabras jamás pronunciadas. El silencio reinaba en la habitación, la tensión podía cortarse con un cuchillo y nuestros corazones se aceleraron; latían tan fuertes que casi podían escucharse. Al menos, el mío, y temía que eso delatara sin filtros todo lo que estaba pasando por mi mente en esos momentos.

SELENE

Leo y yo habíamos dormido juntos más de una vez en nuestras vidas, pero esa era distinta. Había algo en el ambiente, un nosequé inexplicable que me ponía los pelos de punta. Esperé tumbada en la cama mientras él se cambiaba en el baño, intentando en vano no pensar en ese hormigueo que me recorría el cuerpo entero. Me puse una serie para distraerme, pero no atendía a nada; mi mente estaba demasiado lejos de aquella *sitcom*, y demasiado cerca de algo que podía estallar en cualquier momento. ¿Qué me estaba pasando? Era verdad que alguna vez me había planteado cómo serían las cosas si Leo y yo estuviéramos juntos, pero me recordaba a mí misma que era mi mejor amigo y la idea siempre había huido de mi mente tan rápido como había llegado. No íbamos a estropear algo tan bonito

por un romance que podría terminar en cualquier momento. Y, sin embargo, ahí estaba, en una cama de París, a punto de dormir con él, mi mejor amigo, planteándome la vida entera y sintiendo algo tan extraño y confuso que no me atrevía ni a articularlo. Ya me sabía la teoría que decía que no se puede dejar espacio al sentimiento si lo estás buscando con la cabeza, pero a la hora de practicarlo era bastante complicado.

Leo salió del baño, levanté la mirada y noté como un escalofrío me recorría el cuerpo. «Qué guapo», me descubrí pensando al verlo. Sentí un arrebato de decirle todo lo que me pasaba por la mente, de confesarle que aquello de ser solo amigos no encajaba con todo lo que quería vivir con él. Pero ¿y si solo estaba confundida? ¿Y si lo que me pasaba era que quería cariño, un poco de amor después de que se me hubiera roto el corazón? Ya tenía bastante con mi drama como para hacer montar a la persona más increíble que conocía en mi montaña rusa. No, tenía que aguantarme las ganas; las ganas de no sabía exactamente qué, pero sin duda ganas de algo que los mejores amigos no hacían.

Cuando Leo se tumbó en la cama, me abrazó por detrás, se incorporó un poco para darme un beso en la frente y me deseó buenas noches. Recé para que no sintiera mi corazón a mil pulsaciones por hora, pues mis intenciones habrían sido evidentes. Dio media vuelta y se dispuso a dormir. Diez minutos más tarde, el cansancio pudo con nosotros, caímos rendidos y el silencio de la noche terminó de escribir nuestra historia.

A las cuatro de la madrugada, me desperté con una leve sensación de frío. Busqué una manta en el armario que había en la esquina del salón y me tapé con ella.

—¿Todo bien? —preguntó Leo con voz ronca cuando me volví a meter en la cama.

—Sí, solo tenía un poco de frío.

Entonces noté como mi amigo se acercaba a mí y me abrazaba por detrás. El roce de su cuerpo con el mío hizo que, una vez más, se me erizara la piel. Sin darle muchas vueltas, me dejé abrazar por aquella sensación cálida que me transmitía tanta protección y confianza. Leo era… casa. «Qué seguridad», sentí. Y, sin darme cuenta, ya había pasado de la cabeza al corazón.

LEO

A las nueve de la mañana sonó el despertador y escuché como Selene murmuraba algo, apagaba la alarma y se volvía a acomodar en la cama. Yo estaba en el salón preparando el desayuno y, en cuanto mi amiga detectó el olor a pan tostado y a tortilla francesa que reinaba en el apartamento, su cuerpo se activó y no tuvo más remedio que ponerse en pie. Salió de la habitación y su expresión entre soñolienta y sorprendida hizo que estallara en una carcajada.

—¡Buenos días, princesa! —dije, imitando la entonación del personaje de *La vida es bella*. Y luego seguí hablando con acento francés mientras dejaba los platos sobre la mesita que había en la sala—: ¿Le apeteze un poco de *pain* con *omelette* a la *señoguita?*

—¿Y esto? —preguntó ella con una sonrisa que no pudo contener.

—Me apetecía —respondí con ternura.

Y su mirada de incredulidad al tener ese detalle con ella me habló de todo lo que merecía y todo de lo que carecía. «Qué fácil», sentí

yo en esta ocasión. Y juntos empezamos a descubrir la tranquilidad que daba aquello de la simpleza, de decir sin tapujos y hacer sin miedo. La facilidad con la que todo rodaba entre nosotros nos llenaba de una calma nunca experimentada.

A las diez ya estábamos plantados en el punto de encuentro donde empezaría el Free Tour que habíamos reservado. Pasamos dos horas persiguiendo a un señor con un paraguas rojo en alto y Selene ya empezaba a perderse en su discurso; mantener la atención durante más de una hora y media seguida nunca había sido su fuerte. Por suerte, yo le contaba lo que ella no había conseguido escuchar y así llegamos hasta el final de la ruta con un hambre voraz. Buscamos un restaurante con buenas reseñas por la zona de Le Marais, que es donde nos encontrábamos, y a los veinte minutos ya estábamos sentados y comiendo. Selene había pedido unos espaguetis *frutti di mare* y yo unos raviolis con tomate. Al sorber los espaguetis, Selene se había manchado alrededor de la boca y una gota de aceite le resbalaba por la barbilla de la forma menos sexy posible. Me reí y le saqué una foto al instante.

—Directa a Instagram —dije orgulloso.

—¡Ni se te ocurra!

—¿A Mejores Amigos?

—Eso sí.

Y, después de subir la foto para mi gente de confianza, Selene se limpió y siguió comiendo. «Qué graciosa», había sentido ahora. Aquello de no tener que quedar bien constantemente delante de alguien era un descanso, y con mi mejor amiga no había filtros que nos apagaran. Simplemente éramos, hacíamos y vivíamos, sin

pensar mucho más allá, sin importar el qué dirán. Cuando estábamos juntos, éramos libres; libres de verdad.

SELENE

Por la tarde tomamos un crucero por el Sena. Era una forma de poder descansar y ver la ciudad a la vez. La parada final se encontraba cerca de la Torre Eiffel y, al verla de cerca, me emocioné. Volví a pensar en Bruno, en todos los proyectos que habíamos ideado y que nunca llegarían a cumplirse; recordé conversaciones donde nos habíamos prometido amor eterno y aquellas en las que a mí se me había roto el corazón; me entristecí por las veces que había tenido que llorar en silencio y me prometí no volver a abandonarme más. Una lágrima resbaló por mi mejilla y la suave caricia de Leo la recogió. Sin decir nada, me abrazó y yo apoyé la cabeza en su hombro. «Qué tranquilidad», me dejé sentir. Mi amigo siempre sabía cómo conseguir que me calmara.

Ya oscurecía cuando decidimos ir a hacer una ruta de vinos por Montmartre que se alargó más de lo que esperábamos. Íbamos de bar en bar y pedíamos una copa del vino que nos llamara la atención en la carta. En realidad, nos guiábamos por los nombres que nos hacían gracia, pues ninguno de los dos tenía demasiada idea sobre vinos. A pesar de llevar todo el día juntos, la conversación parecía no tener fin, y, con cada copa que se añadía a la cola, más gracioso lo encontrábamos todo.

La vuelta al apartamento fue toda una peripecia, pero reímos como nunca cuando descubrimos que nos habíamos perdido y nos

hicimos amigos de un grupo de ingleses que estaban igual o más despistados que nosotros. «Qué divertido», sentí con euforia, y así se llenaba ahora mi corazón de alegría.

—¿Tu novia? —preguntó con un acento característico uno de los chicos de ese nuevo grupo de amigos que habíamos hecho.

—N-no, no… —¿Leo se había puesto nervioso?

—¿Qué dices, amor? —salté, y entonces le cogí la mano y me dirigí al inglés—: Sí, sí, somos novios. Estamos muy enamorados. Nos acabamos de prometer.

—*Oh, congratulations!*

Leo me miró con desconcierto. Yo lo miré con diversión. El alcohol me había desinhibido y mis ojos brillaban con sed de libertad. Al despedirnos del grupo de ingleses, ni Leo ni yo nos dejamos ir de la mano. Éramos muy conscientes de ello, o al menos yo lo era, pero sentía que habíamos llegado a un acuerdo sin hablar y teníamos claro que llegaríamos al apartamento aún pegados el uno al otro.

Abrimos la puerta del loft y entramos lentamente sin decir nada. Algo en el ambiente de la noche había cambiado: las risas escandalosas se habían convertido en tímidos monosílabos que se morían por gritar.

—¿Vas tú? —preguntó Leo refiriéndose al baño.

Me encerré en él y me cambié. Me miré en el espejo y, al principio, me costó reconocer a la chica que vi en el reflejo. Poco a poco la fui observando y me di cuenta de que era yo, en mi esencia, libre de juicios, de imposiciones y, sobre todo, de miedos. Ese era el reflejo que quería ver para siempre. Salí del lavabo y me acerqué a Leo, que estaba plantado en medio del salón absorto en la tele

apagada. Al percatarse de mi presencia, alzó la cabeza y se recompuso. Me acerqué aún más a él. No tardó en darse cuenta de que mis ojos lo estaban buscando, aunque su expresión no varió.

—¿Pasa algo?

Y, sin decir más, di un último paso y le besé.

Y él me besó.

Y entonces nos separamos y en nuestras caras había una mezcla de temor y excitación.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó él.

—No lo sé —repuse—. Pero los mejores amigos no se besan.

Y entonces lo hicimos de nuevo.

Y nos separamos otra vez.

—Selene, yo… —empezó a balbucear Leo.

—Lo sé, lo sé —lo interrumpí—. Perdona, la noche me habrá confundido.

—No es eso, es que… no quiero hacerlo así —siguió él—. No quiero que hagas nada de lo que te puedas arrepentir mañana.

—Déjalo, Leo. Es mejor así. —Mis nervios traicioneros y mi sentido de la vergüenza no me dejaron escuchar nada de lo que intentaba decir mi amigo—. Olvidémoslo.

Solo que no íbamos a poder olvidarlo. Me dirigí a la cama tocándome los labios con las yemas de los dedos, tratando de asimilar el sabor de mi mejor amigo, y me tumbé. Unos segundos más tarde, él se estiraba a mi lado y me abrazaba. Antes de caer en un profundo sueño, sentí su beso dándome las buenas noches. Solo que, en vez de en la frente, esta vez lo noté en mis labios. «Los mejores amigos no se besan», recordé en el instante en el que me dormía.

A la mañana siguiente, desperté con el recuerdo de los labios de Leo sobre los míos. ¿Y si sí que podíamos ser algo más que amigos? ¿Y si estábamos destinados a acabar juntos? ¿Y si, en realidad, estábamos enamorados? Quizá habíamos necesitado ese viaje para darnos cuenta de que había llegado el momento de intentarlo.

Hice esfuerzos para abrir mis ojos, pues la luz que se colaba por la persiana y la resaca no me lo estaban poniendo nada fácil. Pero lo que encontré frente a mí hizo que olvidara cualquier daño: al ver a Leo tumbado a mi lado, mirándome con esos ojos que me adoraban, sentí una paz interior que no creía posible estando en brazos de alguien. Una vez más, mi mejor amigo me había demostrado que el amor no tenía que doler. Sí, quizá sí estaba enamorada.

—Hola —dijo con una sonrisa que me desarmó.

—Hola.

Le sonreí de vuelta y me estiré con calma, perezosa, feliz, relajada. ¿Era así, como empezaba mi nueva vida? Me giré para alcanzar el móvil y ver la hora que era, aunque Leo intentó pararme con un movimiento torpe de brazos y unas cosquillas que no acabaron de tener efecto; queríamos parar el tiempo, olvidarnos del mundo de afuera y vivir para siempre en aquella burbuja donde no importaban los minutos ni las horas. En uno de esos movimientos bruscos, el móvil cayó entre los dos y lo primero que vimos fue un mensaje de WhatsApp que iluminaba la pantalla:

Bruno
Qué tal por París?

El silencio ocupó el apartamento. Ese mensaje nos dio un golpe de realidad que nos tumbó al segundo. Todas las ideas con las que

había fantaseado un minuto antes acababan de ser arrolladas por un mensaje que nos devolvía a nuestras vidas reales. Por mucho que nos gustáramos, habíamos cortado con nuestras parejas hacía apenas unas semanas y había muchas cosas que reparar en nosotros antes de poder embarcarnos en lo que fuera que había entre los dos. Y es que, si queríamos apostar por algo tan grande, teníamos que asegurarnos de que iba a salir bien. Arriesgarnos a equivocarnos pondría en riesgo nuestra amistad y aquello era algo que no estábamos dispuestos a asumir.

Estábamos tumbados en la cama aceptando que no era nuestro momento cuando nos dimos cuenta de que debíamos empezar a espabilar si queríamos llegar al aeropuerto a tiempo. Ninguno de los dos quería levantarse, pues aquello significaría tener que poner fin a algo que ni siquiera había empezado. Pero la vida me había enseñado una cosa:

—Si tiene que ser, será.

Y cerramos el pacto con un último beso que hablaba de todo lo que habíamos sido, lo que éramos y lo que seríamos. Porque, cuando confías en la vida, sabes que siempre vas por buen camino. Solo hace falta creer en su magia.

AGRADECIMIENTOS

Cuando me dijeron que este libro sería una realidad, llamé a Bet, mi prima, el milagro de mi vida. Así que gracias por ser y por estar.

Gracias, también, a mis padres y a Nuk, a la iaia, a mis tíos Marta y Ricard, a mis primas Andrea, Maria y Carla, por haber confiado siempre en mí, incluso cuando yo no lo hacía.

Gracias al resto de mi familia, que, sin yo saberlo, se iba llamando para contarse lo que había conseguido. Y a los que ya no están: sé que me veis. Vuestro orgullo me hace muy feliz.

Gracias a mis amigas de la infancia: Cris, Laura, Elena, Blanca y Enric, por haber crecido juntas y haber hecho mejor cada una de las versiones de mí que habéis conocido.

Gracias a mis amigas de la adultez: Carlota, Ale, Ana, Alba, Júlia, Míriam, Marta, Oriol, Julià, Lourdes, Marco, Mariona, Ada, Indi, Berta, Clara, Maria, Íngrid, Gerard, Belén, Alba, Becky, Yamila, Alex, Elisa, Júlia, Nil, Pablo, Joan, Laura, Klaus, Héctor, Giorgio, Carlos, Ioanna, Karla, Patrícia, Vero, Tania, Lydia, Gerard, Àlex, Albert, Aitor, Ashley, Paty, por haber abrazado mi alma desde el momento en el que conoció a la vuestra.

Gracias a mis Rallats: Nacho, Montse, Maria, Ken, Marc; nuestros veranos me llenaron el corazón. Y a todos mis calellencs: Alba, Mini, Xavi, Rita, Anna, Albert, Andrea, Clàudia, Paula, Uri, Jordi, Ignasi,

Liria, Víctor, Marc; conoceros fue de lo mejor que me ha pasado nunca.

A mis editoras: Cristina, Majo, Sof e Isabel, que creyeron en mí cuando este manuscrito llegó a sus manos. Y a mis editoras técnicas, Noelia, Paloma y Nuria. Gracias a todas por dar tanto mimo a este libro; trabajar con vosotras es un verdadero placer. Y gracias, por supuesto, a Gemma, que me vio cuando yo aún no me reconocía.

Gracias a todas las personas alrededor del mundo que habéis celebrado la publicación de este libro con alegría genuina: gente de Koh Tao, compis de retiros, amigas de amigas, mis chicos de Casa Inés… Vuestra ilusión me ayuda a recordar quién soy.

Gracias a mis lectoras; quizá no lo sabéis aún, pero habéis hecho posible que yo cumpliera mi sueño.

Y a mi niña interior: gracias por haberme pedido sin cesar que escuchara la chispilla de mi corazón…, y por recordarme que vivo por ti. Ya no te olvidaré jamás.

Una rom-com juvenil para disfrutar leyendo en la playa.
¡El verano está a punto de empezar!



Selene y sus amigas se hicieron una promesa: cada verano sería mejor que el anterior. Y, cuando Bruno, Leo y su grupo entran en escena, el plan supera todas sus expectativas. Durante los ocho años siguientes, los veranos se llenan de tardes de aventuras, noches de fiesta y amaneceres frente al mar.

Bruno es carismático, con él todo es emoción. Y Leo… Leo es quien siempre está ahí, quien la entiende sin palabras: su mejor amigo. Pero si solo son amigos… entonces ¿por qué cada año le cuesta más convencerse de ello?

Entre risas y días que parecen infinitos, Selene pronto descubre que el amor es tan impredecible como las olas.

Una novela sobre crecer entre amigos, veranos inolvidables y el amor que se construye despacio, entre risas y recuerdos compartidos.

Nina Rovira (Barcelona, 1994) empezó a escribir y dibujar con siete años, cuando su madre le regaló una libreta y unos rotuladores que dieron rienda suelta a su imaginación. Estudió Comunicación Audiovisual y Traducción, Interpretación y Lenguas Aplicadas, aunque su corazón la llevó de vuelta a la creatividad. Ahora vive escribiendo, ilustrando y descubriendo nuevos lugares del mundo. A pesar de ser un culo inquieto, disfruta de los atardeceres frente al mar, las escapadas a la montaña, las meriendas en casa de la *iaia* y los cafés con amigas.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Nina Rovira (Sònia Rovira Obach)
© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Ilustraciones de los arranques de capítulo: iStockphoto

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Lourdes Bigorra
Ilustración de portada: © Ana Hard

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87517-10-6

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Los mejores amigos no se besan

Prólogo. El verano en el que nos encontramos

1. El verano en el que nos conocimos
2. El verano de todos nuestros «primeros»
3. El verano en el que empezamos a ser adultos
4. El verano en el que todo iba mal
5. El verano en el que cometimos los mismos errores
6. El verano en el que aprendimos el sabor a libertad
7. El verano en el que cayeron los muros

Epílogo. El otoño en el que pasó

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Nina Rovira

Créditos